

PLÁTICAS SOBRE EL SENDERO DEL OCULTISMO

TOMO II

LA VOZ DEL SILENCIO



ANNIE BESANT Y C.W. LEADBEATER

PLÁTICAS SOBRE EL SENDERO
DEL OCULTISMO

PLÁTICAS SOBRE EL SENDERO DEL OCULTISMO

Comentarios en tres volúmenes sobre
A LOS PIES DEL MAESTRO, LA VOZ DEL SILENCIO y
LUZ EN EL SENDERO

TOMO II

LA VOZ DEL SILENCIO

por

ANNIE BESANT

Y

C. W. LEADBEATER

EDITORIAL  TEOSÓFICA

ISBN: 84-86709-32-6

Depósito legal: B - 22122 - 2000

©Editorial Teosófica SCooC. Ltda.

Avgda. Vall d'Or, 87 - 08190 Valldoreix
(Barcelona)

Impreso en Romanyà-Valls, S.A.

Verdaguer, 1. -08786- Capellades (Barcelona)

Impreso en España

Printed in Spain

INDICE

SECCIÓN II

LA VOZ DEL SILENCIO

Parte VI

Fragmento I

LA VOZ DEL SILENCIO

AL LECTOR	457
CAPÍTULO XXX	
PREFACIO	459
CAPÍTULO XXXI	
LOS PODERES SUPERIORES Y LOS INFERIORES	481
CAPÍTULO XXXII	
EL DESTRUCTOR DE LO REAL	499
CAPÍTULO XXXIII	
LO REAL Y LO IRREAL	511
CAPÍTULO XXXIV	
LA VOZ QUE NOS PREVIENE	519
CAPÍTULO XXXV	
EL YO Y EL TODO-YO	533
CAPÍTULO XXXVI	
LOS TRES VESTÍBULOS	547
CAPÍTULO XXXVII	
“LA MADRE DEL MUNDO”	565

CAPÍTULO XXXVIII	
LOS SIETE SONIDOS	577
CAPÍTULO XXXIX	
CONVIÉRTETE EN EL SENDERO MISMO	591
CAPÍTULO XL	
LA VÍA ÚNICA	603
CAPÍTULO XLI	
LOS ÚLTIMOS PASOS	615
CAPÍTULO XLII	
LA META	627

PARTE VII

FRAGMENTO II

LOS DOS SENDEROS

CAPÍTULO XLIII	
LA VÍA LIBRE	635
CAPÍTULO XLIV	
EL CONOCIMIENTO CEREBRAL Y LA SABIDURÍA DEL ALMA	647
CAPÍTULO XLV	
LA VIDA DE ACCIÓN	659
CAPÍTULO XLVI	
EL SENDERO OCULTO	675
CAPÍTULO XLVII	
LA RUEDA DE LA VIDA	685
CAPÍTULO XLVIII	
LA SENDA DEL ARHAT	697

PARTE VIII
FRAGMENTO III
LOS SIETE PORTALES

CAPÍTULO XLIX	
LAS ALTURAS PARAMÍTICAS	715
CAPÍTULO L	
AFINANDO EL CORAZÓN	733
CAPÍTULO LI	
LAS TRES PRIMERAS PUERTAS	751
CAPÍTULO LII	
LA CUARTA PUERTA	763
CAPÍTULO LIII	
LA QUINTA Y LA SEXTA PUERTAS	785
CAPÍTULO LIV	
LA SÉPTIMA PUERTA	803
CAPÍTULO LV	
EL SENDERO ARYA	823
CAPÍTULO LVI	
LAS TRES VESTIDURAS	835

AL LECTOR

Este libro no es más que una recopilación de las pláticas que dimos, el señor C.W. Leadbeater y yo, sobre tres libros famosos: tres libros de tamaño pequeño, pero de gran contenido.

Esperamos que este libro resulte útil para los aspirantes y para algunos que hayan trascendido ya ese grado, puesto que los autores de estas pláticas eran de más edad que los oyentes, y tenían una mayor experiencia en la vida del discípulo.

Esas pláticas no se dieron en un único lugar; en diferentes ocasiones y lugares hablamos ante nuestros amigos, principalmente en Adyar, Londres y Sidney. Los oyentes tomaron muchas notas. Se recogieron y se arreglaron; su contenido se sintetizó eliminando todas las repeticiones.

Desgraciadamente, las anotaciones que se encontraron sobre *La Voz del Silencio*, fragmento I, fueron muy pocas, por lo cual utilizamos algunos apuntes que se hicieron en una clase dada por nuestro distinguido colega el señor Ernest Wood, en Sidney, y los incorporamos a las pláticas del señor Leadbeater en la sección correspondiente. De mis comentarios sobre ese libro no se encontraron anotaciones; aun cuando hablé mucho sobre él, de esas pláticas mías no se ha podido reconstruir nada.

Ninguna de esas pláticas se ha publicado con anterioridad, a excepción de algunas charlas de Monseñor Leadbeater ante un grupo escogido de estudiantes sobre el libro *A los Pies del Maestro*, con referencias incompletas de algunas de estas

pláticas. Este libro ya no volverá a editarse; lo que en él haya de substancial se encuentra ahora en su lugar correspondiente y aquí aparece cuidadosamente condensado y editado.

Que este libro sirva de ayuda a algunos de nuestros hermanos más jóvenes para que puedan entender mejor estas enseñanzas de valor inapreciable; cuanto más se estudien y se *vivan*, más será lo que en ellas se encuentre.

ANNIE BESANT

SECCIÓN II

LA VOZ DEL SILENCIO

Parte VI

Fragmento I

“LA VOZ DEL SILENCIO”

CAPÍTULO XXX

PREFACIO

C.W.L.— Incluso considerado desde un punto de vista superficial y puramente físico, LA VOZ DEL SILENCIO es uno de los libros más notables de nuestra literatura teosófica, bien atendiendo a su contenido, a su estilo o al desarrollo de su resultado, y cuando, lo examinamos más profundamente y nos servimos de nuestro poder de investigación clarividente, nuestra admiración no disminuye un ápice. Esto no significa que caigamos en el error de considerarlo una escritura sagrada, cuyas palabras tengan que aceptarse totalmente y sin reparos. En absoluto, porque, como pronto podremos ver, en él se han deslizado errores de poca importancia y en algunos puntos adolece de confusión; a pesar de ello el que por ese motivo considerase que este libro no merece su confianza o estime que ha sido escrito con descuido, caería en el lado opuesto, en un error todavía menos excusable.

La señora Blavatsky siempre estuvo dispuesta a admitir, y en ocasiones lo hizo constar insistentemente, que todos sus trabajos adolecían de inexactitudes; a ello se debió el que durante los primeros tiempos de nuestro movimiento, al toparnos con alguna de sus aserciones que parecía improbable, la dejáramos de lado con reverencia, pensando que se trataba tal vez de alguna de sus inexactitudes. Eran innumerables las veces en que un estudio posterior llegaba a poner de manifiesto que la señora Blavatsky estaba en lo cierto, lo cual servía para aleccionarnos sobre este punto y hacernos

mucho más cautelosos, al haber aprendido a confiar en la amplitud y minuciosidad de sus conocimientos sobre toda clase de disciplinas especiales. No hay que llegar al extremo de imaginar un significado oculto al tropezar con una errata de imprenta evidente, como han hecho algunos estudiantes demasiado crédulos y, por nuestra parte, no dudamos en reconocer que nuestra Fundadora, a pesar de sus profundos conocimientos, haya caído en el error al escribir alguna palabra tibetana, o incluso más, que haya podido equivocarse en algún término inglés. En el prefacio nos proporciona alguna información sobre el origen del libro: información que en principio fue causa de serias dificultades, pero que a la luz de investigaciones recientes ha llegado a ser mucho más comprensible. Mucho de lo escrito por ella se ha interpretado corrientemente en un sentido mucho más amplio que el que ella quiso darle, y así es como se ha hecho aparecer que en ocasiones expuso cosas extravagantes; pero el estudio de los hechos viene a demostrar que esos cargos no tienen fundamento.

Dice la autora: *Las siguientes páginas están tomadas de EL LIBRO DE LOS PRECEPTOS DE ORO, una de las obras que se ponen en manos de los estudiantes de misticismo en Oriente. Su conocimiento es obligatorio en esa escuela, cuyas enseñanzas son aceptadas por muchos teósofos. Por lo tanto, sabiendo yo de memoria muchos de esos preceptos, su traducción ha sido un trabajo relativamente fácil para mí. Y más adelante: La obra de la cual estoy ahora traduciendo forma parte de la misma serie de la que se tomaron las estrofas de EL LIBRO DE DZYAN, en el cual se basa LA DOCTRINA SECRETA. Dice también: EL LIBRO DE LOS PRECEPTOS DE ORO contiene cerca de noventa pequeños tratados.*

En nuestras primeras épocas dimos a estas palabras un significado más importante que el que su autora quiso impar-

tirles, al suponer que esta obra se ponía en manos de *todos* los estudiantes de misticismo de Oriente y que “la escuela en la cual su conocimiento es obligatorio” significa la escuela de la misma Gran Fraternidad Blanca. Como resultado de todo esto, cuando nos encontrábamos con ocultistas avanzados que no habían oído hablar de *EL LIBRO DE LOS PRECEPTOS DE ORO*, nos quedábamos sorprendidos y algo inclinados a mirarlos de soslayo, con algunas dudas sobre si habrían elegido el camino correcto; pero desde entonces hasta ahora hemos aprendido muchas cosas que han proporcionado una mayor amplitud a nuestra perspectiva original. Además, con el paso del tiempo se nos fue proporcionando mayor información sobre las estrofas de Dzyan, y cuanto más sabíamos de ellas y de su posición especial única, con más claridad comprendíamos que ni *La Voz del Silencio*, ni ningún otro libro pudo haber tenido, en un verdadero sentido, el mismo origen que ellas.

El original de *El Libro de Dzyan* está en manos del augusto Jefe de la Jerarquía Oculta y nadie lo ha visto jamás; nadie sabe de qué fecha data, pero se rumorea que su parte primitiva (que consta de las seis primeras estrofas) tiene un origen muy anterior a nuestro mundo, e incluso se ha llegado a decir que no es una historia, sino más bien una serie de orientaciones, unas normas para la creación y no una narración de la misma. En el museo de la Fraternidad se conserva una copia de ese libro y esa copia (seguramente el libro más antiguo que se ha producido en este planeta), es la que han visto Madame Blavatsky y varios de sus discípulos y que ella describe tan gráficamente en *La Doctrina Secreta*. Sin embargo, el libro tiene algunas peculiaridades que ella no menciona. Parece ser que está fuertemente magnetizado, porque tan pronto como alguien roza con sus manos una página, ve pasar ante sus ojos una visión de los hechos que se describen en el libro, al mismo tiempo que escucha una rítmica relación de los mis-

mos en su propia lengua y hasta donde ésta le permita servir de medio para transmitir esas ideas. En sus páginas no hay escrita ninguna palabra; sólo hay símbolos.

Cuando llegamos a comprender todo esto de un modo exhaustivo nos produjo cierta extrañeza saber que había otro libro que pretendía tener el mismo origen que las sagradas Estancias, y nuestro primer impulso fue imaginar que había existido un error peculiar. Esta notable discrepancia fue en realidad lo que nos impulsó a iniciar una investigación sobre el verdadero autor de *El Libro de los Preceptos de Oro*; y cuando estuvo lista nos proporcionó una explicación sumamente sencilla.

En las diversas biografías de Madame Blavatsky se explica que en una determinada ocasión pasó unos tres años en el Tibet y que, en otra, intentó sin éxito entrar en aquella tierra prohibida. En una u otra de esas visitas parece ser que permaneció durante un período considerable en un monasterio de los Himalayas, cuyo jefe, en aquel tiempo, era un discípulo del Maestro Morya. Según tengo entendido, ese lugar está más bien en el Nepal que en el Tibet, pero es difícil estar seguro sobre este punto. Allí ella estudió intensamente y consiguió además un desarrollo psíquico considerable y fue en ese período íde su vida cuando aprendió de memoria los diferentes tratados a los que alude en el prefacio. El aprendizaje de éstos es obligatorio para todos los estudiantes de dicho monasterio y el libro del cual proceden se considera allí como un libro de un valor y una santidad excepcionales.

Ese monasterio es muy antiguo. Fue fundado durante los primeros siglos de la era cristiana por el gran predicador y reformados del buddhismo conocido corrientemente con el nombre de Aryasanga. Según tengo entendido, algunos afirman que la edificación ya existía dos o tres siglos antes; pero, sea como fuere, y por lo que a nosotros respecta, su historia

empieza cuando él ocupa el monasterio. Aryasanga fue un hombre con un gran poder y muchos conocimientos, muy adelantado en el sendero de la santidad; en una de sus vidas anteriores y con el nombre de Dharmajyoti, había sido uno de los seguidores inmediatos del Señor Buddha y, posteriormente, con el nombre de Kleinias, uno de los discípulos más adelantados de nuestro Maestro Kuthumí, en su nacimiento como Pitágoras. Kleinias fundó una escuela para el estudio de su filosofía en Atenas —oportunidad que aprovecharon varios de los actuales miembros de la Sociedad Teosófica. Siglos después nació en Peshawar, llamada por aquel entonces Purshapura, con el nombre de Vasubandkju Kanushika. Cuando fue admitido en la orden de los Monjes tomó el nombre de Asanga (hombre sin defecto) y, posteriormente, en esa misma vida, sus entusiastas seguidores ampliaron su nombre hasta convertirlo en Aryasanga, con el cual se le conoce principalmente como autor y predicador. Se dice que vivió hasta una edad muy avanzada (alrededor de ciento cincuenta años, si la tradición es cierta) y que murió en Rajagriha.

Fue un escritor fecundo: el principal trabajo suyo del que tenemos noticia es el Yogacharya Bhumishastra. Fue el fundador de la escuela Yogacharya del buddhismo, que parece haberse iniciado con el intento de fundir con el buddhismo el gran sistema de filosofía yoga, o tal vez deberíamos decir para adoptar de este último lo que pudiera ser interpretado y utilizado por el buddhismo. Viajó mucho y fue una fuerza poderosa en la reforma del buddhismo. En efecto, su fama alcanzó tal altura que su nombre va unido a los de Nagarjuna y Aryadeva, habiendo sido llamados los tres, los soles del buddhismo, por su actividad para derramar sobre el mundo la luz de esta religión..El nacimiento de Aryasanga, un poco vagamente, se le sitúa mil años después que el del Señor Buddha; los eruditos europeos parecen no estar seguros de

la época de su vida; pero ninguno de ellos fija una fecha posterior al siglo séptimo de la era cristiana. Los miembros de la Sociedad Teosófica lo conocemos en esta vida con el nombre de Maestro Djwal Kool, instructor de una calidad muy especial, sensato y paciente, que para nosotros se halla situado en una posición única porque algunos de nosotros tuvieron el honor de conocerlo hace unos cuarenta años, cuando todavía no había dado el último paso de la evolución humana, que es la iniciación Aseka. Es por eso que, entre nuestros Maestros, él es el único al que conocimos en esta encarnación antes de que llegara al Adeptado, cuando todavía era el primer discípulo del Maestro Kuthumí. El hecho de que en su encarnación como Aryasanga haya introducido el buddhismo en el Tíbet puede ser la razón por la que haya elegido tomar para esta vida un cuerpo tibetano; puede que existieran algunas asociaciones o lazos kármicos de los que quisiera liberarse antes de llegar a su iniciación definitiva como Adepto.

Durante uno de sus largos viajes como misionero, en su vida como Aryasanga, llegó al monasterio de los Himalayas y vivió en él, permaneciendo allí alrededor de un año, enseñando a los monjes, organizando la religión de manera generalizada, en una gran zona del país y convirtiendo el monasterio en una especie de sede central de la religión reformada, habiendo dejado en aquel lugar una huella y una tradición que hoy todavía subsisten. Entre otras reliquias suyas se conserva un libro, objeto de la máxima reverencia; y este libro es la escritura a la que alude Madame Blavatsky cuando habla de *El Libro de los Preceptos de Oro*. Parece ser que Aryasanga empezó este libro con la idea de formar un compendio o extracto en el que quedara plasmado todo aquello que fuera de utilidad para sus discípulos, empezando con las *Estancias*, no en símbolos, como el original, sino en palabras escritas. Llevó a cabo muchos otros extractos, algunos de

ellos de las obras de Nagarjuna, como dice Madame Blavatsky. Después de su muerte sus discípulos añadieron a ese libro algunos informes (mejor diríamos algunos compendios), de sus conferencias o sermones, y éstos son los 'pequeños tratados a los que se refiere Madame Blavatsky.

En su última vida, le correspondió a Alcyone preparar y añadir a *El Libro de los Preceptos de Oro* la relación de los discursos de Aryasanga, tres de los cuales constituyen el tema del presente estudio. Y es por eso que estamos en deuda con él por este pequeño volumen de valor incalculable, debido a su celo en transmitir enseñanzas, así como también le debemos el disponer del exquisito volumen de *A los Pies del Maestro*, su compañero. Esa vida de Alcyone comenzó en el año 624 de nuestra era y transcurrió en la India del Norte. Alcyone ingresó en la orden de monjes budhistas a temprana edad, habiendo establecido una estrecha relación con Aryasanga, quien le llevó al monasterio de Nepal, dejándolo allí para que impulsara y dirigiera los estudios de la comunidad reorganizada; actividad de servicio que Alcyone llevó a cabo con un éxito muy notable durante dos años.

En este sentido, y sólo en este sentido, se afirma que *La Voz del Silencio* y las *Estancias de Dzyan* tienen el mismo origen; es decir, que ambas son copias del mismo libro. Tampoco hemos de olvidar que, aunque con toda seguridad, estos tratados nos transmiten mucho de las enseñanzas de Aryasanga, éstas no pueden haber escapado a la influencia de las opiniones de los que intervinieron para que llegaran hasta nosotros, y esto en grado considerable, y también es probable que, por lo menos en algunos pasajes, lo hayan mal interpretado y hayan fracasado en transmitir la idea precisa del autor. Al examinar el libro en detalle, encontramos, aquí y allá, algunas expresiones que exponen sentimientos que difícilmente pueden aceptarse como de Aryasanga y que demuestran una ignorancia que en modo alguno puede atribuírsele.

Hay que llamar la atención respecto al hecho de que Madame Blavatsky habla de traducir los preceptos; indicación que sugiere algunas preguntas interesantes; sabemos que ella no conocía ninguna lengua oriental, exceptuando el árabe. El libro está escrito en caracteres desconocidos para mí, lo mismo que el idioma que se utiliza; que puede ser el sánscrito o el pali o algún dialecto prakrítico o, posiblemente, el nepalés o el tibetano; pero los caracteres no pertenecen a ninguno de aquellos que normalmente se utilizan ahora para escribir esas lenguas. De cualquier modo, puede afirmarse razonablemente como cosa cierta, que en el plano físico Madame Blavatsky no pudo haber conocido ni los caracteres ni la lengua.

Para aquel que pueda actuar libremente en el cuerpo mental hay diferentes métodos completamente distintos al proceso ordinario de lectura, para comprender el significado de un libro. El método más sencillo es leerlo con la mente de alguien que lo haya estudiado; pero esto se presta a objetar que lo que se consiga no sea el verdadero significado del libro, sino el concepto que tenga el estudiante de ese significado, que puede que no sea, con mucho, la misma cosa. El segundo método consiste en examinar el aura del libro, frase que requiere algunas explicaciones para aquellos que no estén muy versados en el aspecto oculto de las cosas. Respecto a esto, un manuscrito antiguo está en una posición algo distinta a la de un libro moderno. Si no se trata del trabajo original del propio autor, ha tenido que ser copiado, palabra por palabra, por alguna persona de cierta educación y cultura conocedora del tema del libro y con opiniones propias sobre el mismo. Hay que recordar que el trabajo de copiar, que normalmente se realiza con un punzón, es casi tan lento y minucioso como el de grabado, por lo cual, el que hace la copia imprime inevitablemente la fuerza de su pensamiento en el manuscrito.

Por lo tanto, cualquier manuscrito, aunque sea nuevo, siempre tiene una especie de aura de pensamiento a su alrededor, impregnada de su significado y del color del mismo. Cada vez que alguien lee el libro el aura de pensamiento se incrementa y si se estudia con cuidado, lo añadido resulta naturalmente importante y valioso. Un libro que haya pasado por muchas manos generalmente tiene un aura mejor equilibrada, circundada y complementada por los puntos de vista divergentes de sus diversos lectores; por consiguiente, la psicometrización de ese libro, por lo general, aporta una mejor comprensión de su contenido, si bien con un margen considerable de opiniones no expuestas en el mismo, sino sustentadas por sus lectores.

Cuando se trata de un libro impreso, el caso es muy parecido, excepto que no hay un trabajo de copia, de tal manera que al empezar a leerse no lleva otra cosa que los fragmentos aislados de pensamientos del encuadernador y del librero. Sin embargo, en la actualidad son pocos los lectores que hagan un estudio tan exhaustivo y mesurado como el que hacían los antiguos, y por esta razón las formas de pensamientos conectadas con un libro moderno rara vez son tan precisas y claras como las que circundan los manuscritos del pasado.

Un tercer método que requiere poderes superiores consiste en ir tras el libro o manuscrito en su totalidad y penetrar en la mente del autor. Si el libro está escrito en alguna lengua extranjera, si su tema es completamente desconocido, y si no lo circunda ninguna aura que pueda dar alguna indicación útil, el único medio es averiguar su historia, determinar de dónde se ha copiado (o impreso, según el caso) e investigar así su origen, hasta llegar a su autor. Si el tema del libro es conocido, un método menos molesto es psicometrizarse ese tema; ponerse en relación con la corriente general de pensamiento sobre el mismo, y dar así con el autor en particular

que se está buscando para ver lo que piensa. En cierto sentido, puede decirse que todas las ideas relacionadas con un tema determinado son limitadas, es decir, están concentradas alrededor de algún punto del espacio, de modo que visitando mentalmente ese punto uno puede ponerse en contacto con todas las corrientes convergentes de pensamiento sobre ese punto, aunque, desde luego, todas esas corrientes están enlazadas por millones de líneas con todo tipo de temas distintos.

Suponiendo que Madame Blavatsky hubiera poseído los suficientes poderes de clarividencia en esa época, podría haber utilizado cualquiera de los tres métodos descritos para alcanzar el significado de los tratados procedentes de *El Libro de los Preceptos de Oro*, aunque podría crear confusión considerar todos esos tratados como traducciones, sin estimar bien esa afirmación. El resto de las posibilidades son algo remotas. Actualmente, en ese monasterio de los Himalayas no queda nadie que hable ninguna lengua europea, pero es probable que en los cuarenta años transcurridos desde la estancia de Madame Blavatsky en aquel lugar y hasta el presente, haya habido muchos cambios. Se explica que en ocasiones, aunque muy raras veces, algunos estudiantes hindúes han ido a beber de esa arcaica fuente de conocimiento, y si pudiéramos asegurar que la visita de alguno de ellos coincidiera con la de Madame Blavatsky, también podría ser que, alguno de éstos que conociera tanto la lengua inglesa como la del manuscrito, o por lo menos la lengua de otros huéspedes del monasterio, hubiera podido leer el manuscrito y traducírselo a ella.

Aunque pueda parecer extraordinario, también existe la posibilidad de que Madame Blavatsky haya recibido el significado del libro en su lengua nativa. En la Rusia europea, en las riberas del Volga, existen algunas zonas pobladas por tribus budhistas, probablemente de origen tártaro, y se dice

que algunos de estos pobladores, aunque muy lejos ya del Tibet respecto al plano físico, suelen considerarlo como su tierra sagrada y realizan peregrinaciones hasta ella. Estos peregrinos, a veces se quedan como discípulos durante años en los monasterios de Nepal o del Tibet, y como algunos de ellos puede que además de su dialecto mongólico hablara el ruso, ésa podía haber sido la manera en que Madame Blavatsky se comunicó con ellos. En cualquier caso, es evidente que no podemos esperar una reproducción verbal exacta de lo que Aryasanga dijo a sus discípulos. Ni siquiera en el mismo libro arcaico tenemos sus palabras, sino tan sólo el recuerdo de ellas hecho por sus discípulos; y lo que de ello ha llegado hasta nosotros no es otra cosa que la traducción de una traducción, o el relato de una impresión mental general de su significado. Desde luego, hubiera resultado fácil para cualquiera de nuestros Maestros o para el mismo autor, presentar una traducción inglesa exacta y directa; pero como sea que Madame Blavatsky, de una manera precisa, hace aparecer como suyo el trabajo de traducción, es evidente que éste no pudo ser el sistema adoptado.

Al mismo tiempo, la narración que tenemos por parte de un testigo presencial en cuanto a la rapidez con que escribió el libro, sugiere la idea de que le fue proporcionada alguna ayuda, aun cuando ella pudo haber sido inconsciente de ella. La Dra. Besant escribe sobre esto:

La mayor parte lo escribió en Fontainebleau, mientras yo estaba con ella en la misma habitación en que escribía. Sé muy bien que mientras lo escribía no consultó ningún libro, sino que lo hacía, invariablemente, hora tras hora, exactamente como si lo hiciera de memoria o como si leyera en algún libro inexistente. Por la tarde ya tenía listo el manuscrito que yo le había visto escribir sentada a su lado y nos

pidió a mí y a otras personas que lo corrigiéramos de inglés, diciendo que como lo había escrito tan aprisa estaba segura de que era defectuoso. No cambiamos más de algunas palabras y ahí está, como un ejemplo de maravillosa obra literaria.

También es posible que ella misma haya hecho de antemano la traducción al inglés, mientras permaneció en el monasterio, y que en Fontainebleau lo haya leído realmente a distancia, tal como le pareció a nuestra Presidenta. Con frecuencia la he visto hacer eso en otras ocasiones.

Las seis escuelas de filosofía hindú que se mencionan en el primer párrafo del prefacio son la *nyaya*, la *vaisheshica*, la *sankhya*, la *mimansa*, la *yoga* y la *vedanta*. Se afirma que todos y cada uno de los instructores hindúes tienen su sistema especial de enseñanza que normalmente guardan muy en secreto. Es natural que sea así, porque no quieren asumir la responsabilidad de las consecuencias que pudieran derivarse en el caso de que, al divulgarse esos sistemas, alguien incapacitado o irresponsable intentara ponerlos en práctica. En la India, ningún instructor que realmente lo sea, se responsabiliza de un discípulo, a menos de tenerlo bajo su vigilancia de tal manera que al prescribirle un determinado ejercicio pueda observar los efectos y corregirlo de inmediato si advierte que hay algo que no va bien. Esa ha sido la costumbre inmemorial en estas cuestiones ocultas, y es la única manera en que puede alcanzarse un verdadero progreso con rapidez y seguridad. La primera y más difícil tarea del discípulo es poner orden en el caos que él mismo tiene; eliminar la multitud de pequeños intereses y dominar los pensamientos erráticos, lo cual tendrá que conseguirlo me-

diante una firme fuerza de voluntad ejercida sobre todos sus vehículos durante un largo período de años.

El autor nos dice que si los sistemas de educación en las escuelas esotéricas difieren en este lado de los Himalayas; en el otro lado son todos iguales. Aquí hemos de remarcar la palabra esotérica, porque ya se sabe que en la religión exotérica la corrupción y las prácticas de magia negativa son peores en el lado norte de las montañas que en el sur. Tal vez la expresión 'más allá de los Himalayas' se pueda interpretar en un sentido más bien simbólico que no estrictamente geográfico, y muchos piensan que se trata de las escuelas que rinden homenaje a nuestros Maestros, aquellas cuyas enseñanzas no difieren unas de otras. Esto es perfectamente cierto en un sentido: en el más importante de todos, pero que puede confundir al lector si no se explica cuidadosamente. El sentido en el cual todas las enseñanzas son iguales es el de que todas reconocen que una vida virtuosa es el único sendero que conduce al desarrollo oculto, y el vencimiento del deseo el único camino para liberarse de él. Hay algunas escuelas de conocimiento oculto que afirman que la vida virtuosa impone ciertas limitaciones innecesarias. Estas escuelas proporcionan algunas enseñanzas sobre la forma de adquirir el desarrollo oculto, pero no se preocupan en absoluto del uso que los discípulos puedan hacer posteriormente de la información que reciben. Hay otras que sostienen que hay que dar la máxima satisfacción a cualquier deseo que se presente para que la saciedad pueda engendrar la indiferencia. Pero ninguna de las escuelas que profesan esas doctrinas está bajo la dirección de la Gran Fraternidad Blanca; todos los establecimientos, incluidos los que están remotamente conectados con esta última, prescriben como indispensables los requisitos de pureza de vida y nobleza de intenciones.

El párrafo siguiente del Prefacio contiene dos de las pequeñas inexactitudes a las que me he referido antes. El

autor menciona 'la gran obra mística llamada *Paramartha*, que se supone revelada a Nagarjuna por los Nagas'. El importante libro de Nagarjuna no lleva el nombre de *Paramartha*, sino el de *Prajna Paramita*, es decir, la sabiduría que conduce hacia la otra orilla; pero es bien sabido que el tema del que trata este libro es la paramartha satya, la conciencia del sabio que vence la ilusión. Nagarjuna, tal como hemos dicho, fue uno de los tres grandes instructores budhistas de los primeros siglos de la era cristiana, que se cree que murió en el año 180 de dicha era. Los teósofos lo conocen ahora con el nombre de Maestro Kuthumí. Los escritores exotéricos lo describen a veces como un rival de Aryasanga; pero, conociendo como conocemos su íntima relación en un anterior nacimiento en Grecia y ahora en la vida presente, vemos, desde luego, que semejante rivalidad no pudo existir. Es muy probable que después de su muerte, sus discípulos hayan tratado de presentar como antagónicas las enseñanzas de uno y de otro, tal como suelen hacer frecuentemente los discípulos sin discernimiento; pero que ellos estaban de perfecto acuerdo, queda demostrado en el hecho de que Aryasanga estimó como muy valioso el libro de *Nagarjuna*, al haber transcrito su libro de extractos para uso de sus discípulos.

Sin embargo, no es verdad que el *Prajna Paramita* haya sido obra de Nagarjuna, porque según la leyenda le fue entregado por los Nagas o serpientes. Madame Blavatsky interpreta esta palabra como el nombre dado a los antiguos iniciados, cosa que muy bien pudo ser, aunque exista otra posibilidad muy interesante. Por mi parte, he llegado a dilucidar que el nombre de Nagas o serpientes se aplicó por los arios a una de las grandes tribus o clanes de la subraza tolteca de los atlantes, porque en su vanguardia llevaba como úbandera, cuando iban a la guerra, una serpiente de oro enroscada en un báculo. Esto muy bien puede haber representado el tótem o símbolo de la tribu, o tal vez, simplemente, el escudo

de una gran familia. Esta familia o tribu debe haber tenido una parte muy importante en la colonización original de la India por parte de los atlantes, y de las tierras que entonces existían al sur de la misma. Se mencionan los nagas entre los habitantes aborígenes de Ceilán hallados por Vijaya y sus compañeros cuando desembarcaron allí. Por lo tanto, una interpretación posible de esta leyenda podría ser que Nagarjuna recibió este libro de una raza anterior; en otras palabras, que se trata de una escritura atlante. Y si, como se ha llegado a suponer, algunos de los Upanishads proceden de la misma fuente, no hay que extrañarse de esta identidad de las enseñanzas a la que se refiere Madame Blavatsky en la misma página.

El *Gnyaneshwari* (escrito *Dhyaneshwari* en la primera edición) no es un libro sánscrito, sino que se escribió en lengua maharati en el siglo trece de nuestra era.

En la página siguiente, nos encontramos con una referencia a la escuela Yogacharya (más exactamente Yogachara) de la Mahayana. Ya he hablado del intento que hizo Aryasangha, pero no estarán demás unas cuantas palabras con respecto a l molesto tema de las Yanas. La Iglesia Buddhista está dividida actualmente en dos grandes sectores: el del Norte y el del Sur. El primero incluye China, Japón y el Tibet; el segundo domina en Ceilán, Siam, Birmania y Cambodia. Frecuentemente se dice que la Iglesia del Norte adopta la Mahayana y la del Sur la Hinayana; pero la certeza con que se pueda afirmar esto depende del matiz del significado que demos a esta palabra tan discutida. Yana significa vehículo y se ha acordado que debe aplicarse al Dhamma o Ley como la embarcación que nos conduce a través del mar de la vida hasta el Nirvana, pero por lo menos son cinco las teorías que existen respecto al sentido exacto en que debe tomarse esta palabra.

I.— La que se refiere sencillamente a la lengua en la que está escrita la Ley; según esta hipótesis, el Gran Vehículo (o Mahayana) es la lengua sánscrita y el Vehículo Menor (o Himayana) la lengua pali; teoría que no me parece plausible.

II.— La de que Hina puede muy bien tomarse como el significado inferior o fácil, también como pequeño. Así, una interpretación considera la Hinayana como el camino inferior o más fácil hacia la liberación; como el mínimo de conocimiento y conducta que se requiere para alcanzarla, mientras que la Mahayana es la doctrina completa y más filosófica que incluye mucho conocimiento adicional sobre los reinos superiores de la naturaleza. Es inútil señalar que esta interpretación deriva de fuentes mahayánicas.

III.— La de que el Buddhismo, respetuoso por antonomasia con todas las demás religiones, las acepta todas como caminos de liberación, aunque considera el método prescrito por su Fundador como la vía más segura y más corta. Según este punto de vista, el buddhismo es la Mahayana; el Hinayana abarca el brahmanismo, el zoroastrismo, el jainismo, y todas las demás religiones que ya existían en el tiempo en que se formuló esta definición.

IV.— La de que las dos doctrinas son simplemente etapas de una misma doctrina, es decir, que el Hinayana es para los shravakas u oyentes, y el Mahayana para los estudiantes más adelantados.

V.— La de que la palabra Yana debe interpretarse no exactamente en su significado original de vehículo, sino más bien en un sentido secundario muy próximo al de la palabra inglesa *career*, carrera, curso, profesión. Según esta interpretación, la Mahayana indica al hombre la 'gran profesión' de convertirse en un Bodhisattva y dedicarse al beneficio del mundo, mientras que la Hinayana sólo le señala la 'pequeña

profesión', es decir, vivir de tal manera que pueda alcanzar el Nirvana en su propio beneficio.

Las iglesias budhistas del Norte y las del Sur tienen entre ellas una relación parecida a la de los católicos con los protestantes cristianos. La del Norte se parece a la Iglesia católica: ha hecho añadidos a las enseñanzas del Señor Buddha; por ejemplo, adoptó mucha parte de las formas originales de adoración que se practicaban en el país, como algunas ceremonias en honor de los espíritus de la naturaleza o de fuerzas naturales divinizadas. Cuando los misioneros cristianos se pusieron en contacto con los budhistas del Norte se encontraron con ceremonias tan similares a las suyas que las calificaron de plagios hechos por el demonio y cuando de manera concluyente se demostró que esas ceremonias se practicaban ya desde antes de la era cristiana, dijeron que eran 'plagios hechos con anticipación.' En las escrituras budhistas, como en todas las demás, hay afirmaciones contradictorias; y es por eso que la Iglesia del Sur ha buscado su fundamento en algunos textos, y con la intención de eludir superfluidades, prescinde de los otros o los califica de interpolaciones. Esto ha sido causa de que tenga una concepción de menos alcances que la Iglesia del Norte. Pongamos un ejemplo: el Señor Buddha predicó constantemente contra la idea —que con toda evidencia prevalecía en su tiempo— de la continuidad de la personalidad. Esta idea también es común entre los cristianos: la de que nuestra personalidad sobrevive eternamente. Sin embargo, aunque es verdad que Él enseñó que nada de lo que el hombre piensa en general que es el ser humano vive para siempre, hizo las más inequívocas afirmaciones sobre las vidas sucesivas del hombre. Dio ejemplos de vidas precedentes y cuando un rey le preguntó cómo sería la recuperación de la memoria de las vidas pasadas, él respondió que sería como cuando se recuerda lo que se ha hecho en el día de ayer o en los días anteriores

al visitar tal o cual pueblo. No obstante, la Iglesia del Sur sostiene ahora que sólo el karma persiste; no el Ego: de modo que, si un hombre generó en su vida una determinada cantidad de karma y luego murió, ya no quedará nada de él, sino que otra persona nacerá para pagar un karma que no ha creado.

No obstante, al mismo tiempo que los budhistas enseñan que sólo subsiste el karma, hablan de la consecución del nirvana. Si le preguntáis a un monje para qué lleva la túnica amarilla, os contestará que para alcanzar el nirvana, y si le preguntáis si ha de ser en esta vida, de inmediato os responderá: "Oh, no; esto requiere muchas vidas." Así también, después de que un monje ha predicado sus sermones, invariablemente, terminará con la bendición concebida en estas palabras: "Que os sea posible alcanzar el nirvana", y si entonces le preguntáis si esto puede lograrse en esta vida, os responderá: "No, esto necesita muchas vidas." De modo que persiste la creencia en las vidas continuas del individuo, a pesar de la enseñanza formal de lo contrario.

Madame Blavatsky dedica dos páginas a la cuestión de las diferentes formas de escritura que se emplean en los monasterios del Himalaya. El alfabeto latino está de tal modo difundido en Europa y América, es de un uso tan universal, que tal vez sea conveniente, en beneficio de los lectores occidentales, explicar que en Oriente prevalece sobre este tema una condición muy distinta. Cada una de las diferentes lenguas orientales (tamil, telegu, singalés, malahalam, hindi, gujaratí, catanés, bengalí, birmano, nepalés, tibetano, siamés y muchos otros) tiene su propio alfabeto y su propio método de escritura, y una persona, cuando escribe en una de ellas, al hacer una cita en lengua extranjera, expresa esa frase en los caracteres de la suya, de la misma manera que un escritor inglés, al tener que citar una frase alemana o rusa, la escribirá no con caracteres alemanes o rusos, sino latinos. Y por eso,

al encontrarnos ante un manuscrito oriental, siempre hemos de tener en cuenta dos cosas: el idioma y los caracteres, que no siempre son iguales.

Es casi seguro que un libro de hojas de palma en Ceilán esté escrito con los bellos caracteres de la lengua singalesa; pero de aquí no se deduce que esté escrito en *lenguaje* singalés. Es tan probable que esté escrito en singalés como en pali, sánscrito o elú. Lo mismo pasa con cualquiera de los demás grupos de caracteres. De modo que cuando Madame Blavatsky dice que los preceptos están escritos a veces en tibetano, es muy probable que quiera decir únicamente que están expresados en caracteres tibetanos, no necesariamente en lenguaje tibetano. Yo no he visto ningún caso de las curiosas criptografías que ella describe en las que los colores y los animales representan letras. Ella habla en el mismo párrafo de las treinta letras simples del alfabeto tibetano. Estas letras están reconocidas universalmente, pero no está claro el sentido de la referencia que viene un poco más adelante sobre las treinta y tres letras simples, porque si no incluye en ellas las cuatro vocales, no son más que treinta, pero si quiere incluir también las vocales, no son treinta y tres, sino treinta y cuatro. Respecto a las letras compuestas, su número puede establecerse de varias maneras; tengo una gramática a la vista que las hace pasar de cien; pero es probable que Madame Blavatsky se refiera únicamente a las que son de uso general.

Recuerdo un caso muy interesante sobre lo que dice con relación a una de las maneras de escribir en lengua china. Cuando estuve en Ceilán fueron a visitarnos dos monjes budhistas del interior de China que no conocían ninguna de las lenguas que nosotros hablábamos. Afortunadamente, se encontraban entre nosotros dos jóvenes japoneses que estaban estudiando con el propósito de poner en práctica el espléndido proyecto del Coronel Olcott de que cada iglesia,

del Norte y del Sur, enviara a algunos de sus neófitos para aprender los métodos y los conocimientos de la otra. Estos jóvenes no podían entender ni una sola palabra de lo que decían los monjes chinos, pero sí que eran capaces de intercambiar ideas valiéndose de los caracteres escritos. Los símbolos escritos significaban lo mismo para unos que para otros, aunque les dieran nombres diferentes, igual que un español y un francés pueden entenderse perfectamente cuando ambos tienen ante sí una línea de cifras, aun cuando el uno las señale como 'uno, dos, tres' y el otro 'un deux, trois'. También pasa lo mismo con las notas de la escala musical. La conversación sostenida de esa manera con estos dos monjes resultó francamente interesante. Cada pregunta era traducida primero al cingalés por uno de nuestros miembros para que la entendieran los jóvenes japoneses y éstos, en el acto, la escribían con un pincel en los caracteres comunes al chino y al japonés; los monjes chinos la leían y escribían su respuesta utilizando los mismos caracteres; esta contestación era vertida por los monjes al singalés y, finalmente, uno de nuestros miembros, la traducía al inglés. En esas circunstancias la conversación era muy lenta y faltada de precisión, pero incluso así, la experiencia resultó en extremo interesante.

CAPÍTULO XXXI

LOS PODERES SUPERIORES Y LOS INFERIORES

*Las presentes instrucciones son para aquellos que ignoran los peligros de los **IDDHI inferiores**.*

C.W.L.— Esta frase inicial del primer fragmento tiene la siguiente nota de Madame Blavatsky:

La palabra pali iddhi es sinónima de la voz sánscrita Siddhis, o facultades psíquicas, los poderes anómalos del hombre. Hay dos clases de Siddhis. Un grupo de ellos comprende las energías psíquicas y mentales inferiores, toscas; el otro requiere la más elevada educación de los poderes espirituales. Dice Krishna en el Shrimad Bhagavad (Bhagavad Gita): "Aquel que vive consagrado a la práctica del yoga, que ha subyugado sus sentidos y ha concentrado su mente en mí (Krishna), es un yogui a quien todos los Siddhis están prestos a servir.

Existe mucha falta de comprensión respecto a los poderes psíquicos, y el estudiante se evitará muchísimas molestias si trata de mantener un concepto razonable de los mismos que le sirva de punto de partida. Primeramente, no debe atribuirse a la palabra 'anormales' una interpretación errónea. Estos poderes son anormales sólo por lo que se refiere al presente, y no se refieren en absoluto al sentido de que no sean naturales. Son perfectamente naturales para todos los seres humanos y están latentes en todos ellos, aquí y ahora, aunque sean pocos los que han logrado que pasen del estado latente

al de actividad, pero esto se debe a que la mayoría de la gente no hace todavía ningún esfuerzo en esa dirección, por lo cual los poderes siguen dormidos.

La manera más sencilla de captar la idea general consiste en tener presente que el hombre es un alma, que se manifiesta en diferentes planos por medio de cuerpos apropiados a ellos. Si el hombre quiere actuar, ver u oír en este mundo físico, sólo puede conseguirlo mediante un cuerpo integrado en la materia física. De un modo parecido. De manera parecida, si quiere manifestarse en el plano astral necesita tener un vehículo astral, puesto que el cuerpo físico es inútil e incluso invisible en el mundo astral, lo mismo que éste es invisible para la visión física. Igualmente, el que desee vivir en el plano mental tiene que utilizar para ello un cuerpo mental.

Desarrollar las facultades psíquicas significa aprender a usar los diferentes cuerpos de esa clase. El hombre que únicamente puede utilizar sus sentidos físicos, sólo podrá ver y oír las cosas de este mundo físico; si aprende a servirse de los sentidos del cuerpo astral, también podrá ver y oír las cosas del plano astral. Sólo se trata de aprender a responder a esas vibraciones adicionales. Si examináis la tabla de vibraciones en cualquier libro de física, veréis que muchas de ellas no despiertan en nosotros ninguna respuesta. Cierta número de ellas afectan al oído y las percibimos como ondas sonoras; otro grupo de las mismas impresiona nuestros ojos y a éstas las llamamos rayos de luz. Pero entre estos dos grupos, y por encima y por debajo de los mismos, existen miles de otros grupos de oscilaciones que no causan ninguna impresión en nuestros sentidos físicos. Es posible para un hombre desarrollarse en forma tal que sea sensitivo a las ondulaciones del éter; al hombre que ha llegado a ese estado le llamamos clarividente, o clariaudiente, porque puede ver y oír más que el hombre no desarrollado.

Las ventajas de ese desarrollo de la visión interna son considerables. El hombre que las posee vive en un mundo muchísimo más amplio, o para hablar con mayor exactitud, se percata de que el mundo en el que había vivido hasta entonces tiene toda clase de extensiones y posibilidades, de las cuales antes no sabía nada.. Sus estudios pueden haberle proporcionado ya información sobre la presencia de una amplia y complicada vida no-física que le circunda: los reinos de los devas y de los espíritus de la naturaleza, la enorme multitud de sus congéneres que han abandonado el cuerpo físico con el sueño o por la muerte; fuerzas e influencias de muchas clases que pueden evocarse o utilizarse por quienes las entienden; pero el ver todas estas cosas por sí mismo en lugar de creer simplemente en ellas, el poder ponerse en contacto directo y experimentar con las mismas, todo eso hace que la vida sea mucho más plena y mucho más interesante. Aquel que puede seguir así en los planos superiores los resultados de su pensamiento y de sus actos, se transforma como consecuencia en una persona mucho más eficiente y útil. Es evidente la ventaja de ese desarrollo de la conciencia, pero, ¿cuál es el otro aspecto de esta cuestión? Madame Blavatsky nos habla de los peligros de este desarrollo y de sus dos clases: una inferior y l otra superior. Examinemos en primer lugar este último punto.

Toda la información que llega del exterior lo hace mediante vibraciones; las vibraciones de la luz permiten la visión a nuestros ojos. El ver las cosas y las criaturas de los mundos astral y mental, sólo podrá hacerse por medio del impacto de las vibraciones de la materia astral y mental sobre cuerpos capaces de responder respectivamente a ellas, porque el ser humano sólo puede percibir el mundo astral por medio de sus sentidos astrales, y el mental mediante los mentales.

En cada uno de esos mundos, al igual que en éste, hay tipos de materia más toscos y más delicados y, hablando

francamente, las radiaciones de tipo más finos son convenientes, mientras que las de las de tipos más toscos son en definitiva inconvenientes. El ser humano posee en su cuerpo astral materia de ambas calidades y, por lo tanto, es susceptible de responder lo mismo a las vibraciones superiores que a las inferiores; es elección suya prestar atención a unas o a otras. Si cierra la entrada de manera decidida a las influencias inferiores y acepta solamente las superiores, éstas le serán sumamente beneficiosas, incluso a nivel astral y mental. Sin embargo, Madame Blavatsky las rechaza todas y ni siquiera las recomienda como ayudas pasajeras; las cataloga conjuntamente como 'energías físicas y mentales toscas e inferiores,' y nos estimula a elevarnos a los planos superiores que estén más allá de las ilusiones de la personalidad. Evidentemente, ella considera que los peligros de un desarrollo psíquico ordinario pesan más que sus ventajas; pero como sea que en el curso de la evolución del discípulo éste tiene que alcanzar un determinado grado de desarrollo de este tipo, nos previene de algunos peligros contra los cuales es necesario precaverse el máximo.

Durante los años transcurridos desde que Madame Blavatsky escribió esto, hemos tenido alguna experiencia sobre esos peligros en los casos de varios estudiantes. El primer peligro, y muy considerable, es el orgullo. La posesión de una facultad que, aunque sea herencia de toda la raza humana, todavía se manifiesta únicamente en muy raras ocasiones, suele hacer que el hombre (y con frecuencia la mujer) que ejerce la clarividencia se crea superior a los demás; se considere el elegido por el Todopoderoso para una misión de importancia universal; dotado de un discernimiento incapaz de equivocarse jamás, o designado por los guías angélicos para ser el fundador de una nueva religión, etc., etc. Hemos de recordar que al descorrer el velo que nos oculta el más allá, nos encontramos siempre con muchas pequeñas entida-

des juguetonas y traviesas, ansiosas de alimentar en nosotros esas pueriles ilusiones, de reflejar y dar cuerpo a esos pensamientos y de desempeñar el papel de arcángeles o guías espirituales que pueda ocurrírseles. Por desgracia, resulta sumamente fácil persuadir al hombre común y corriente de que en el fondo es un ser extraordinario, digno de servir de receptáculo a una revelación especial, aunque sus amigos, por ceguedad o prejuicios, no hayan advertido en él, hasta entonces y de algún modo, tan relevantes cualidades.

Otro de los peligros, quizá el mayor de todos porque es el que engendra a todos los demás, es la ignorancia. Si el clarividente conoce algo de la historia sobre este asunto, si comprende, aunque sea un poco, las condiciones de estos otros planos dentro de los cuales está penetrando su visión, sin duda que no puede considerarse la única persona tan altamente favorecida, ni tampoco puede alentar en sí mismo la halagadora satisfacción de que es imposible que se equivoque. Pero sí, como les pasa a muchos que ignoran por completo el precedente, las condiciones y todo lo demás de los planos superiores, es probable que, en primer lugar, cometa toda clase de equivocaciones respecto a lo que ve y, en segundo lugar, que sea fácil presa de todas las astutas y engañosas entidades del plano astral. No tiene suficiente criterio para juzgar lo que ve, o lo que cree ver, ni tampoco dispone de una piedra de toque para calibrar sus visiones o comunicaciones, y por esta razón carece del sentido de la proporción y de la idoneidad de las cosas y creará ver en cualquier manuscrito un fragmento de la sabiduría divina, y confundirá una perogrullada de tipo ordinario con un mensaje angélico. Además, por falta de un conocimiento general, frecuentemente entenderá mal lo que sus facultades le permiten percibir y, como consecuencia, difundirá los mayores absurdos.

El tercer peligro es el de la impureza. El hombre puro de pensamiento y vida; puro de intenciones y libre de la mancha del egoísmo, está por eso mismo protegido contra la influencia de las entidades perniciosas de los demás planos. En él no existe nada sobre lo que esas entidades puedan actuar; no es un medio adecuado para ellas. Por otro lado, todas las influencias buenas por naturaleza se apresuran a servirse de él como canal para expresarse y de ese modo se crea ante él una nueva barrera que le resguarda contra lo malo, lo bajo y lo vil. Contrariamente, el hombre de vida o motivos impuros, atrae inevitablemente hacia él todo lo peor del mundo invisible que tan estrechamente nos rodea, a lo cual él responde instantáneamente, mientras que es muy difícil y casi imposible que las fuerzas del bien causen impacto en él.

Sin embargo, que el clarividente tenga presentes en su mente todos estos peligros; que se esfuerce por evitarlos; que se tome el trabajo de estudiar los precedentes y la racionalidad de la clarividencia; que logre hacerse humilde de corazón y puro de intenciones y, con toda seguridad, podrá aprender mucho mediante esos poderes que posee y podrá convertirlos en valiosos elementos para el trabajo que tiene que realizar.

En el tercer capítulo de los *Yoga Sutras* De Patanjali, aparece una enumeración muy extensa de los Siddhis. Señala que pueden conseguirse de cinco maneras: por nacimiento, por las drogas, por los mantras, por los tapas y por samadhi.

Hemos nacido en un cuerpo de un tipo determinado como resultado de nuestros actos en encarnaciones anteriores, y si, por naturaleza, nos encontramos en posesión de poderes psíquicos, podemos estar seguros de que, de alguna manera, en vidas pasadas, hemos hecho esfuerzos para obtenerlos. Muchos de los clarividentes actuales en quienes esa facultad despertó fácilmente, pero tal vez sin alcanzar un elevado grado de espiritualidad, desempeñaron actividades como las

de las vírgenes vestales de Grecia y de Roma, los yoguis inferiores de la India y quizá de los curanderos de las diversas tribus salvajes o de las adivinas de la edad media; el campo de esas actividades siempre ha sido muy amplio.

Lo que tendrá que sucederles a esas personas, la forma en que deberá desarrollarse su vida espiritual, depende en gran parte de aquellos con los que, por razones kármicas, tengan que estar en contacto. Si su karma es lo suficientemente bueno para llevarlos hasta la Teosofía, tendrán la oportunidad de aprender algo sobre esas facultades y de entrenarse en la Escuela Esotérica en las cualidades preliminares de carácter y de pureza de vida física y magnética que se prescriben por todos los verdaderos ocultistas, de manera que más adelante puedan desarrollar sus facultades psíquicas y convertirse en grandes servidores de la humanidad.

Por el contrario, si se ponen en contacto con la escuela spiritista de pensamiento, es casi probable que tengan que seguir un camino que con frecuencia alcanza resultados de una médiumnidad pasiva, cosa diametralmente opuesta a la que nosotros proponemos alcanzar.

Hay quienes emprenden el estudio del pseudo-ocultismo con el fin de alcanzar poderes mágicos y así satisfacer su ambición personal. Este camino está lleno de los más serios peligros. Estas personas suelen sentarse en actitud pasiva e invitar a entidades desconocidas del plano astral para que actúen sobre sus auras y organismos, y los adapten a sus propósitos; en ocasiones practican algunas formas de hatha yoga que consisten en unas clases muy peculiares de respiración, las cuales, desgraciadamente, se han venido enseñando con prodigalidad desde hace años en el mundo occidental. Como resultado de esos procedimientos, muy a menudo sobrevienen graves desórdenes mentales y físicos, mientras que el contacto que se obtiene con los mundos internos casi

nunca alcanza más allá de los niveles astrales más inferiores, de los cuales no puede llegar nada que sea motivo de superación para la humanidad.

Con relación al segundo método, el uso de las drogas, hay una observación de Vyasa, en su comentario sobre los *Yoga Sutras*, en el sentido de que esas drogas se utilizan 'en las casas de los asuras,' con el propósito de despertar los siddhis. Los asuras son opuestos a los suras; este último término puede traducirse como 'los justos, los piadosos,' y el primero de ellos como lo contrario, es decir, 'los injustos, los impíos;' los suras son los seres que están al lado de Dios, los que trabajan para su plan, la evolución ascendente de la vida.

Patanjali no recomienda este método; él enumera solamente las maneras como se pueden adquirir los siddhis. El estudio de los *Sutras* pone claramente de manifiesto que su autor sólo aprueba el último de los cinco métodos mencionados, es decir, por medio del samadhi o contemplación.

Hasta cierto punto, podemos comprender la acción de las drogas sobre el cuerpo cuando se utilizan con el fin de despertar los poderes psíquicos, si recordamos que en la cuarta raza raíz era muy normal la clarividencia por medio del sistema nervioso-simpático. Entonces, la envoltura astral no estaba propiamente organizada como un cuerpo o vehículo de conciencia y respondía de una manera generalizada a las impresiones que recibía de los objetos del plano astral. Esas impresiones se reflejaban entonces en los centros del sistema simpático del cuerpo físico, de modo que la conciencia de ese cuerpo recibía conjuntamente las impresiones astrales y las físicas, y con frecuencia casi no las distinguía. Es cierto que en las primeras etapas de esa raza, así como de la raza lemur, la actividad del sistema simpático era mucho mayor que la del sistema cerebro-espinal, y de ahí que las experiencias astrales fueran mucho más destacadas que las físicas.

Pero desde entonces hasta ahora, el sistema cerebro-espinal se ha convertido en el mecanismo dominante de la conciencia del cuerpo físico y, por consiguiente, el hombre ha venido prestando cada vez más atención a las experiencias del plano físico, al irse volviendo éstas en cada vez más potentes e insistentes. Por lo tanto, el sistema simpático, gradualmente, ha ido perdiendo su carácter de proveedor de impresiones, siendo ahora su función la de llevar a cabo, de forma involuntaria, muchas de las funciones corporales que no exigen la atención del hombre, porque su vida, más que física, es mental, emocional y espiritual.

Por lo tanto, la objeción contra el uso de drogas no es solamente que trastornen las actividades sanas del cuerpo y den nuevamente al sistema simpático una preponderancia que no debe tener, sino incluso desde el punto de vista de los poderes que se obtienen, porque esos poderes sólo despiertan ese sistema y aportan de nuevo a la conciencia física impresiones confusas del mundo astral; esas impresiones, por lo general, proceden de la parte más inferior del plano astral, en la cual se acumula toda la materia astral y toda la esencia elemental cuya actividad consiste en excitar las pasiones y los bajos instintos. En algunas ocasiones proceden de regiones astrales ligeramente superiores, de la zona de los placeres sensuales, como los que se describen en las visiones de *El Conde de Montecristo*, la famosa novela de Alejandro Dumas, o en *Las Confesiones de un Fumador de Opio* de De Quincy; pero esas impresiones no son mucho mejores que las otras.

Todo ello es enteramente opuesto al plan de evolución asignado a la humanidad. El destino de todos los seres humanos es desarrollar la clarividencia y otros muchos poderes de conocimiento; pero no de esa manera. Primero debe alcanzarse el desarrollo de los cuerpos astral y mental, para que éstos puedan constituir claros vehículos de conciencia en sus propios planos; seguidamente, puede procederse a des-

pertar los chakras del doble etérico, por cuyo medio el valioso conocimiento conseguido a través de esos cuerpos superiores, pueda descender a la conciencia del plano físico. Pero todo esto sólo deberá llevarse a cabo cuando y cómo el Maestro lo aconseje; tengamos presentes sus palabras en *A los Ptes del Maestro*: “No desees poderes psíquicos.”

El tercero de los métodos mencionados es la utilización de los mantras. Con el término mantra se designan ciertas palabras de poder que se emplean en la meditación o en ceremonias rituales, y que suelen repetirse una y otra vez. Estas palabras se emplean lo mismo en los rituales cristianos que en Oriente, según quedó explicado en *La Ciencia de los Sacramentos*. En muchas religiones se hace uso de sonidos, en asociación con pinturas, signos, símbolos y actitudes y, a veces, también con danzas.

La voz *tapas*, que se utiliza para describir el cuarto método, se asocia con frecuencia con ideas de extrema austeridad e incluso de auto-tortura, como por ejemplo el tener el brazo extendido hasta que se seque, o el acostarse en un colchón de clavos. Es cierto que esos procedimientos desarrollan la voluntad, pero hay mejores medios para conseguirlo. Las prácticas del hatha yoga tienen el grave inconveniente de que hacen el cuerpo inútil para el servicio de la humanidad, que es lo que está en primer lugar por lo que respecta al trabajo del Maestro. La voluntad puede desarrollarse igualmente al luchar con las dificultades que la vida nos plantea (que no son sino actividades kármicas que nos facilitan un método eficaz para el desarrollo volitivo), sin necesidad de crearnos torturas.

En el *Gita Shri Krishna* ataca energicamente esta superstición cuando dice: “A los hombres que hacen prácticas severas de austeridad que no están prescritas en las Escrituras, sojuzgados por la vanidad y el egoísmo, impelidos por la

fuerza de sus deseos y de sus pasiones, atormentando torpemente a los componentes que integran sus cuerpos, y también a Mí, que moro en sus cuerpos internos —conocedlos como *asúricos* en sus decisiones.”¹ Extravagancias de esta índole no pueden ser juzgadas realmente como *tapas*, término que literalmente significa ‘calor’ y que tal vez pueda traducirse de manera más apropiada cuando se lo quiere aplicar a la conducta humana, con el término ‘esfuerzo.’ El sentido de esta enseñanza parece ser el siguiente: “Haced por el cuerpo lo que sepáis que es lo que le conviene, sin atender a la mera comodidad. No dejéis que la pereza, el egoísmo o la indiferencia se opongan a vuestra acción para conseguir una personalidad sana y eficiente para el trabajo que hay que desempeñar en beneficio del mundo.”² Dice Shri Krishna en el *Gita*: “Reverencia a los Dioses, a los ancianos, a los maestros, y a los sabios: pureza, rectitud, templanza e inofensividad, son el *tapas* del cuerpo; palabra veraz, bondadosa y benéfica, y el estudio de las obras sagradas, son los *tapas* del hablar: alegría, equilibrio, silencio, control de sí mismo y veracidad para consigo mismo, son los *Tapas* de la mente.”³ Estas descripciones, hechas por quien la mayoría de los hindúes consideran como una de las encarnaciones más grandes de la Deidad, no indican, ciertamente, que deba practicarse ninguna de las terribles extravagancias de las que tenemos tan tristes ejemplos.

El quinto método, el *samadhi*, es el que recomienda *El Libro de los Preceptos de Oro*, y debe ir precedido, tal como queda expuesto en los *Yoga Sutras* y en otras obras clásicas

1 Obra mencionada: XVII, 5-6.

2 Véase *Raja Yoga*, de Ernest Wood.

3 *Gita*, XVII, 14-16.

que hablan de este tema, por dharana y dhyana, que suelen traducirse como concentración y meditación, correspondiendo a samadhi, para ser traducido, el término 'contemplación.' Sin embargo, estas traducciones de términos sánscritos por medio de una sola palabra en cada caso, son frecuentemente insatisfactorias; las palabras sánscritas que llegan hasta nosotros desde tiempos inmemoriales, se han ido enriqueciendo con una maravillosa complejidad, han ido adquiriendo una profusión de delicados matices que no pueden hallar expresión en ninguna lengua moderna. La única manera que nos permite realmente entenderlas es el de estudiar los términos en el significado que tienen en los libros antiguos.

Los siddhis pueden dividirse en dos clases: no sólo como superiores e inferiores, sino también como poderes y como facultades. El mundo actúa sobre nosotros por conducto de nuestros sentidos; mediante la vista, el oído y los demás; pero nosotros actuamos también sobre el mundo. Esta dualidad también existe en lo suprafísico. Recibimos impresiones por conducto de los poderes recientemente desarrollados de nuestros vehículos astral y mental, pero también nosotros podemos actuar por medio de ellos. Los libros hindúes suelen mencionar ocho siddhis: (1) *ahima*, el poder de colocarse en la posición de un átomo, de reducirse uno a un tamaño tan pequeño que pueda entrar en relación con una entidad tan diminuta; (2) *mahima*, el poder de adquirir un tamaño monstruoso, para poder relacionarse, sin desventaja, con las cosas enormes; (3) *laghima*, el poder de convertirse en algo tan ligero como un copo de algodón arrastrado por el viento; (4) *garima*, el poder de convertirse tan denso y tan pesado como lo más pesado; (5) *prapti*, el poder de trascender al exterior, tan lejos como la luna; (6) *prahamya*, el poder de la voluntad por medio del cual se logra realizar todos los deseos; (7) *ishatwa*, el poder de controlar y crear; (8) *vashitwa*, el poder de mando sobre todas las cosas. Estos son los llama-

dos 'grandes poderes'; pero se mencionan otros, como la firmeza y el esplendor del cuerpo, el dominio de los sentidos y apetitos, la belleza, la gracia, etc.

Respecto a estas cuestiones, los estudiantes de esta época, nos situamos en un punto de vista tan diferente del de los escritores hindúes de hace miles de años, que es frecuente que nos resulte difícil entenderlos. Somos producto de nuestra época y el ejercicio metódico, casi científico, al que todos estamos sometidos, hace que sea una necesidad mental tratar de clasificar nuestros conocimientos. Todo hombre se esfuerza en crear para sí una especie de esquema de las cosas, por imperfecto que resulte, y cuando se presenta un hecho nuevo, trata de encontrar en ese esquema un hueco donde colocarlo. Si encaja bien, acepta el hecho; si no es así, es casi seguro que lo rechazará, aunque tenga a su favor la más sólida de las comprobaciones. Aunque hay personas que parecen capaces de dar fácil acomodo a creencias mutuamente contradictorias, hay algunas otras que no pueden hacerlo, y es frecuente que estas creencias tengan que someterse a un penoso proceso de reconstrucción de la estructura de sus pensamientos, para poder admitir un hecho nuevo; el proceso puede parecerles tan penoso, que no es de extrañar que obvien esta contrariedad, bien negando el hecho en sí, o bien olvidándolo. Nuestros viejos hermanos hindúes me han sugerido la idea de que ellos han catalogado sus observaciones y las han dejado ahí, sin hacer un esfuerzo especial para relacionarlas las unas con las otras, o para clasificarlas según los planos donde las recibieron, o según la clase de facultades necesarias para ello.

No tenemos ninguna dificultad para reconocer el primero y el segundo de los poderes anotados en la lista de los siddhis; son ejemplos de alteración del foco de conciencia; los solemos llamar poderes de magnificación o de reducción. Significan la adaptación de la conciencia a los objetos con los cuales

tiene que tratar, hecho que no presenta ninguna dificultad al ocultista entrenado, si bien no es fácil explicar en el plano físico qué es lo que ocurre exactamente. El tercero y el cuarto, mencionan la posibilidad de hacerse ligeros o pesados a voluntad; esto puede realizarse comprendiendo y empleando la fuerza de propulsión, que es la opuesta a la gravedad. No estoy bien seguro sobre el quinto; puede que sólo se refiera al poder de viajar en cuerpo astral, puesto que el límite de la migración astral se indica por la mención que se hace de la luna; Pero mejor pienso que significa el poder de producir un resultado definido a distancia, por medio de un esfuerzo de la voluntad. El sexto y el octavo son solamente de desarrollo del poder de la voluntad, aunque muy notables; el séptimo es lo mismo, con el añadido del conocimiento especial que se requiere para la desmaterialización y la re-materialización de los objetos. En esta lista no parece haber ninguna referencia directa a la clarividencia, ya sea por lo que respecta al espacio o por lo relativo al tiempo.

Hay que fijarse en que *La Voz del Silencio* no dice que debemos prescindir por completo de los sidshis inferiores, es decir, los que pertenecen al cuerpo astral y mental; se limita a señalar que en relación con ellos existen serios peligros. Más adelante tendremos que prestarles de nuevo nuestra atención, porque el que se proponga ascender la escala tiene que poner el pie en cada uno de sus peldaños.

*Aquel que pretenda oír la voz del 'Nâdâ,'
"El Sontido insonoro," y comprenderla, tiene
que aprender la naturaleza del Dhâranâ.*

Sobre esta frase hay las dos notas a pie de página que siguen:

La '*Voz Insonora*' o *La Voz del Silencio*, literalmente quizás debería leerse: "*Voz en el Sonido Espiritual*," siendo '*Nâdâ*' el término sánscrito equivalente para la palabra *senzar*.

Dhâranâ es la intensa y perfecta concentración de la mente en algún objeto interno, acompañada de una completa abstracción de todas las cosas pertenecientes al universo externo o el mundo de los sentidos.

La palabra que aquí se traduce como concentración, viene de la raíz *dhri*, asir. La palabra *dharana*, con una vocal final corta, significa asimiento o soporte en general; pero aquí nos encontramos con un sustantivo femenino especial, con una vocal final larga que, técnicamente, significa concentración o asimiento de la mente.

El algunas ocasiones, se describe como una especie de reflexión, en especial sobre un objeto o pensamiento dado, y en los libros hindúes se dice que la meditación y la contemplación no podrán tener éxito si primero no se ha practicado la concentración. Es evidente que mientras la mente esté respondiendo a las vibraciones de los planos físico, astral y mental inferior, no es apta para oír el mensaje que el Ego trata de transmitir a la personalidad desde sus propios planos superiores.

La concentración es un requisito para poder prestar atención al objeto elegido y no a la incesante actividad de los vehículos inferiores. La práctica de la concentración se acostumbra a empezar con cosas sencillas. En cierta ocasión, algunos se acercaron a Madame Blavatsky y le preguntaron sobre qué sería conveniente meditar; ella arrojó una caja de cerillas encima de la mesa diciendo: "Meditad sobre esto". Se quedaron un poro desconcertados porque habían imaginado

que les iba a decir que meditaran en Parabrahman o en lo Absoluto. Es muy importante que esta concentración se practique sin forzar el cuerpo. La Dra. Besant nos ha dicho que cuando Madame Blavatsky empezó a instruirla en estas prácticas, ella lo hacía con gran intensidad, pero la instructora la interrumpió diciéndole: “No medite usted con sus conductos sanguíneos”.

Lo que se necesita es mantener la mente quieta para poder mirar el objeto elegido con una calma completa, como se hace cuando se mira un reloj para ver la hora, con la diferencia de que hay que seguir mirándolo durante todo el tiempo que se ha decidido dedicar a la concentración. Con frecuencia la gente se queja de dolores de cabeza y de otras molestias como resultado de la meditación; esos trastornos no tienen que presentarse nunca si se tiene cuidado de conservar el cuerpo físico en calma y libre de tensiones de todo tipo, ni siquiera en los ojos; si se actúa así, se observará que la concentración es mucho más fácil y sin molestias físicas ni peligros.

Son varios los libros que se han escrito sobre esta materia, algunos de los cuales tienen sugerencias extremadamente peligrosas. Quien desee una información más amplia sobre este tema, puede leer el libro del profesor Wood, *Un Curso Práctico de Concentración*, de cuyo libro la Dra. Besant escribió: “No hay nada en él, que cuando se ponga en práctica pueda causar al que se esfuerce por lograr la concentración, el menor daño físico, mental o moral.”

En su nota marginal, H.P.B. asocia dharana con el plano mental superior, porque dice que la mente tiene que fijarse en un objeto interno y quedar abstraída del mundo de los sentidos, es decir, de los planos físico, astral y mental inferior. Esa es una prescripción para el candidato que se halla en el Sendero y aspira a llegar al samadhi del plano nirvánico o átomico. Sin embargo, los tres términos, concentración, me-

ditación y contemplación, también se utilizan en un sentido general. Fijar el pensamiento en un versículo de las escrituras, esto es la concentración. Mirarlo desde todos los puntos de vista, esforzándose por penetrar en su significado, por alcanzar un nuevo pensamiento profundo o por recibir alguna luz de intuición sobre él; esto es la meditación. Fijar firmemente la atención durante algún tiempo sobre la luz que se recibe; esto es la contemplación. Se ha explicado la contemplación como la concentración en la cúspide de la línea de pensamiento o meditación. El estudiante oriental suele empezar su práctica valiéndose de un objeto sencillo externo y a partir de ahí lleva su pensamiento a lo interno o lo eleva hacia cosas superiores.

CAPÍTULO XXXII

EL DESTRUCTOR DE LO REAL

Habiéndose vuelto indiferente a los objetos de percepción debe el discípulo ir en busca del Raja (rey) de los sentidos, el Productor del Pensamiento, aquel que despierta la ilusión.

*La Mente es el gran Destructor de lo Real.
Destruya el Discípulo al Destructor.*

Esto se refiere a lo que se ha hecho durante la práctica de la concentración. En los libros hindúes que tratan del tema, se explica que antes de la concentración propiamente dicha, el estudiante que inicia estas prácticas tiene que alejar su atención de los objetos de sensación: tiene que aprender a prescindir de todo sonido o de toda visión que puedan llegarle desde el exterior: no debe sentirse atraído por nada ni por nadie que se sitúe dentro de su radio de percepción, o que afecte a su sentido del tacto. Entonces, estará en condiciones de observar cuales son los pensamientos que surgen de su mente y enfrentarse a ellos.

Como ya se ha explicado, en la mayor parte de las personas los cuerpos astral y mental están en constante ebullición, llenos de turbulencias que tienen que desaparecer antes de poder alcanzar un verdadero progreso. Son estas turbulencias las que crean el cúmulo de ilusiones que agobian al hombre común y que hacen que le resulte sumamente difícil

alcanzar la visión correcta de cualquier cosa en absoluto. Un axioma de la enseñanza de Shri Shankaracharya es que, de la misma manera que el ojo puede ver bien una cosa cuando está fijo en ella pero, no cuando esa cosa se mueve de un lado para otro, la mente sólo puede comprender las cosas con claridad cuando está quieta. Pero si está llena de turbulencias, con toda seguridad que éstas deformarán su visión, creando la ilusión.

A la mente se la llama el *Raja* o rey de los sentidos. En alguna ocasión, se habla de ella como de un sentido, como en el *Gitá*, cuando dice:

Una partícula de mi propio Ser, transformada, en el mundo de la vida, en un espíritu inmortal, se rodeó de los sentidos, de los cuales la mente es el sexto, velada en la materia".¹

Es evidente que la mente actúa como una especie de rey de los sentidos, puesto que corrige las percepciones de éstos y también señala la presencia de los objetos que están más allá del alcance de los mismos, como cuando al notar una sombra en el quicio de una puerta deducimos que allí hay alguien.

¿Qué es la mente, con la cual tan seriamente tiene que enfrentarse el aspirante? Patanjali aborda este tema cuando define la práctica del yoga como *chitta-vritti-nirodha*, que quiere decir reprimir (*nirodha*) las turbulencias (*vritti*) de la mente (*chitta*). Entre los vedantistas, o en la escuela de Shri Shankaracharya, la expresión *antakharana* no se utiliza tal como nosotros lo hacemos generalmente, sino que indica la mente en su sentido pleno. Para ellos significa literalmente el

1 Op. Cit. V.7.

órgano o instrumento interno completo entre el ser interno y el mundo externo, y siempre se lo describe como de cuatro partes: el “Yo-hacedor” (ahamkara); visión interna, intuición o razón pura (buddhi); pensamiento (manas) y discernimiento de los objetos (chitta). Estas dos últimas partes son las que el hombre occidental normalmente denomina su mente, con sus poderes de pensamiento abstracto y concreto; cuando piensa en los otros dos procesos, se los imagina como algo que está más allá de su mente.

En estas cuatro divisiones de la vedanta, el teósofo puede reconocer la común nomenclatura de atma, buddhi, manas y mente inferior. Madame Blavatsky llama a esta última kama-manas, porque es la parte de manas que trabaja con el deseo y que, por esta razón, se interesa por los objetos materiales. Kama no debe entenderse solamente como relacionado con los bajos instintos y con las pasiones, sino también con toda clase de deseos o intereses en favor del mundo externo. Desde este punto de vista, todo el triple Yo superior sólo es el *antahkarana* (u órgano interno) entre la mónada y el yo inferior. Se ha convertido en una tétrada, porque manas es dual en la encarnación.

Las tres partes del Yo superior se consideran como los tres aspectos de una gran conciencia o mente; todos ellos son modalidades de conocimiento. Atma no es el ser, sino la conciencia que conoce al ser; buddhi es la misma conciencia al conocer la vida de las formas mediante su propia percepción directa; manas es la misma conciencia cuando mira el mundo objetivo y kama-manas es un fragmento de esta última inmersa en ese mundo y afectada por él. El Yo real es la mónada, cuya vida es algo más grande que la conciencia, que es la vida de esta mente completa, el Yo superior. Por lo tanto, Patanjali y Shankara están completamente de acuerdo en que es chitta, el kama-manas, la mente inferior, el destructor de lo real y que tiene que ser destruido.

Mucha parte de lo que los teósofos llaman ahora cuerpo astral, puede incluirse en la idea hindú de kama-manas o chitta. Madame Blavatsky también habla de cuatro divisiones de la mente. La primera es manas-tajasi, el manas resplandeciente o iluminado, que en realidad es buddhi, o por lo menos aquel estado del hombre en el que manas se ha fundido en buddhi y deja de tener voluntad propia. Luego viene el manas propiamente dicho, el manas superior, la mente del pensamiento abstracto, viniendo después el antahkarana, una palabra que Madame Blavatsky sólo utiliza para señalar el eslabón, canal o puente entre el manas superior y el kama-manas durante la encarnación y, finalmente, viene kama-manas que, según esta teoría, es la personalidad.

En ocasiones ella llama a manas el Ego-deva, o sea lo divino como distinto del yo personal. El manas superior es divino porque tiene pensamiento positivo que es *kriyashakti*, el poder de hacer las cosas. En realidad, todo nuestro trabajo es realizado por el poder del pensamiento; no es la mano del escultor la que cincela la pieza, sino el poder del pensamiento que la dirige. El manas superior es divino porque es un pensador positivo que utiliza la cualidad de su propia vida que resplandece desde el interior: eso es lo que significa la palabra divino, que procede de *div*, brillar. Pero la mente inferior tan sólo es un reflejo; como todas las otras cosas materiales no tiene luz propia; es algo a través de lo cual llega la luz o el sonido; simplemente, es una *persona*, una máscara.

El antahkarana, normalmente, en las obras teosóficas se considera como un eslabón entre el Yo superior o Ego divino y el yo inferior o personal. El *chitta*, en ese yo inferior, lo pone a merced de las cosas, de manera que nuestra vida, aquí abajo, puede compararse a las experiencias de un hombre que lucha con un torbellino. Pero a esto, después de la

muerte, le seguirá un período de vida celestial. El hombre ha sufrido los embates del torbellino; ha visto muchas cosas; sin embargo no ha podido aislarse de ellas con la mente firme y serena, sino con kama-manas; y por eso no ha podido comprender el significado que tienen para el alma. Pero en el mundo celestial, el Ego puede ampliar el antahkarana, porque ahora todo está en calma; ya no hay que acumular nuevas experiencias; puede examinar y reflexionar tranquilamente sobre todas las cosas pasadas y puede asimilar su esencia, por así decirlo, en el Ego-deva, porque todas son de interés para él. De ese modo, con mucha frecuencia, el Ego empieza realmente su ciclo de vida personal al entrar en el mundo celeste y presta muy poca atención a la personalidad durante el período de recomposición de materiales.

En ese caso, el aspecto de la mente, que en la clasificación de Madame Blavatsky se indica con la palabra antahkarana, funciona muy poco antes de la vida celestial: pero si el hombre se propone obtener experiencia en los planos astral y mental durante su vida física, necesita hacer descender los poderes del Yo superior, a través de ese canal, mediante la práctica de dharana o concentración, y convertirse en dueño absoluto de su personalidad; en otras palabras, tiene que eliminar los torbellinos astrales y mentales. Un hombre brillante en un determinado campo de actuación, puede dedicar muy fácilmente una gran concentración a su modo particular de actuar; pero, cuando esto se acaba, muy bien puede suceder que su vida ordinaria se encuentre todavía ocupada por estos torbellinos. Esto no es lo que nosotros nos proponemos; aspiramos nada menos que a una absoluta eliminación de ellos hasta aquietar a la mente inferior y hacer de ella, en todas las ocasiones, un servidor tranquilo y obediente del Yo superior.

Estos torbellinos pueden cristalizar en prejuicios permanentes, y lo hacen constantemente, y pueden constituir ver-

daderas acumulaciones de materia que parecen verrugas del cuerpo mental. Entonces, si el hombre trata de ver algo a través de esa parte determinada del cuerpo, no puede ver con claridad; todo está deformado, porque en ese punto la materia mental ya no tiene vida, ni circulación, sino que se halla estancada y corrompida. El modo de curarla es adquiriendo más conocimiento; poner de nuevo en movimiento a la materia y, entonces, todos los prejuicios, uno por uno, se irán eliminando y disolviendo.

En ese sentido, la mente es el gran destructor de lo real, porque a través de ella no vemos ningún objeto tal como es en realidad; sólo vemos las imágenes que podemos formarnos de ellos, y todas las cosas quedan inevitablemente teñidas por esas formas de pensamiento que nosotros mismos hemos creado. Fijaros cómo dos personas con ideas preconcebidas, mirando el mismo conjunto de circunstancias y estando de acuerdo respecto a los hechos que ocurren, sin embargo, harán de ellos interpretaciones completamente distintas. Exactamente, esto es lo mismo que ocurre frecuentemente con todo hombre ordinario, sin que nos demos cuenta de cuán absurdamente tergiversamos los hechos. El discípulo tiene que dominar todo esto; tiene que “destruir al destructor”. No tiene que destruir su mente, desde luego, porque no se puede prescindir de ella; pero sí que tiene que dominarla; la mente es *suya*, pero no es *él*, aunque ella trate de hacerle creer lo contrario.

La mejor manera de dominar sus divagaciones consiste en hacer servir la voluntad; los esfuerzos de la mente son exactamente iguales a los del cuerpo astral, que siempre está intentando persuadirnos de que sus deseos son nuestros deseos; hay que plantar cara a ambas tendencias de una manera parecida.

Incluso después de que se hayan eliminado los torbellinos que llenan la mente de prejuicios y equivocaciones, persiste mucha ilusión. La traducción de lapalabra sánscrita *avidya* como ignorancia, tal vez no sea muy acertada, aunque goce de aceptación universal. En las palabras sánscritas es muy frecuente encontrar matices de significado que hacen muy difícil su correcta traducción al castellano. En este caso, podría decirse que lo que el término indica no es tanto ignorancia como falta de sabiduría. Una persona puede tener almacenada una gran cantidad de conocimientos y, sin embargo, puede no ser sabio; porque el conocimiento tiene que ver con los objetos y su relación en el espacio y en el tiempo, mientras que la sabiduría tiene que ver con el alma o conciencia que está incorporada en esas cosas. El político sabio entiende las mentes de su pueblo; la madre sabia entiende las mentes de sus hijos. Por muchos que sean los conocimientos que se tengan de las cosas materiales, si sólo se alcanza la visión de la materia y no la visión de la vida, no se ha alcanzado la sabiduría: todavía se sigue en el radio de acción de *avidya*. “Generalmente, el intelecto crece a expensas de la sabiduría”, dijo Madame Blavatsky. Así pues, de esa ignorancia o falta de sabiduría nacen otros grandes obstáculos para el progreso espiritual, obstáculos que son cinco en total y los cuales reciben el nombre de *kleshas*.

El primer obstáculo es *avidya*; el segundo, *asmita*, es decir, la idea de que “yo soy éste”, o lo que un Maestro llamó en cierta ocasión “auto-personalidad”. La personalidad se va desarrollando en la vida hasta llegar a constituir una cosa perfectamente definida, con formas determinadas, física, astral y mentalmente, con ocupaciones y costumbres; y no habría nada que objetar si se tratara de un buen modelo; pero si la vida interna llega a persuadirse de que ella es la personalidad, empezará a servir a los intereses de esta última, en

lugar de emplearla simplemente como instrumento para su progreso espiritual.

A consecuencia de este segundo error, los hombres buscan la riqueza inmoderadamente, el poder y la fama. Cuando un hombre inspecciona sus fincas, sus edificios, sus yates y sus fábricas, se enorgullece en extremo, pensando que es importante porque se le llama el dueño de esas cosas; cuando oye que todos los labios pronuncian su nombre, cuando advierte que miles de personas le ensalzan, o tal vez le atacan porque la notoriedad suele agradar a los hombres cuando ellos no pueden lograr la fama; él se considera una persona realmente importante. Esa es la "auto-personalidad", una de las mayores supersticiones que hay en el mundo, y una gran fuente de perturbación para todos y para cada uno. El hombre espiritual, por el contrario, se considera afortunado si es dueño de sus manos y de su cerebro, y siente satisfacción al poder constatar en su mente las imágenes de miles de seres a los que puede servir, en lugar de alegrarse con el pensamiento de que su imagen está multiplicada y engrandecida en las mentes de los demás; es por eso que la auto-personalidad es el mayor de los obstáculos que se oponen a que el Yo superior utilice la personalidad, y por lo tanto al progreso espiritual.

El tercero y cuarto obstáculos se pueden considerar conjuntamente. Son los llamados *raga* y *dvesha*, simpatías y antipatías, atracción y repulsión. Estos obstáculos también surgen de la auto-personalidad. No es apropiado que ésta patentice sus preferencias; es como si un automóvil tuviera voz propia y manifestara su descontento porque su dueño lo conduce por un camino quebradizo, o hiciera patente su alegría al transitar por una buena carretera. El camino puede que sea malo para el coche, pero desde el punto de vista del conductor, es bueno que haya al menos un camino que lo lleve hacia donde quiere ir, lo cual no sería fácil si ese camino no

existiera. Es agradable tener sillones, estufas, luz eléctrica y calefacción; pero el que quiera progresar tiene que ir a un país nuevo —en algunos casos literalmente hablando— y siempre nuevo en pensamientos y sentimientos. El hombre gusta de aquello que se acopla a sus conveniencias y a sus hábitos; todo lo que le perturba es 'malo'; todo lo que se amolda a ellos y los acrecienta, es 'bueno'. Ese criterio sobre la vida no está en armonía con el progreso espiritual; no es que tengamos que rechazar las comodidades cuando se tienen, pero hemos de aprender a sentir desapego hacia ellas, y a tomar las cosas como vengan; el hecho de dar importancia a lo que nos gusta y a lo que nos disgusta, tiene que desaparecer, y tiene que reemplazarse por el juicio sereno del Yo superior sobre lo que es bueno y lo que es malo.

El quinto obstáculo es *abhinivesha*, el resultado del anterior, o sea del *dwesha*, el estado de adherirse, de apegarse a una determinada forma o a un modo de vida o a la personalidad. De aquí nace el miedo a la vejez o a la muerte, acontecimientos que no pueden existir nunca para el hombre en sí, pero que, inevitablemente, tienen que llegar a su debido tiempo para la personalidad. De este quinto obstáculo puede derivarse una verdadera muerte en vida; el hombre emplea su juventud procurándose los medios que necesita para disfrutar de comodidades y seguridad en su vejez, y luego emplea su vejez en añorar la pérdida de su juventud o en evitar utilizar sus cuerpos por miedo a que se gasten. Le pasa lo que a aquel que compra un automóvil caro y se sienta en su garaje disfrutando de su nueva adquisición, pero es incapaz de sacar el coche a la calle por miedo a que sufra desperfectos. A nosotros nos corresponde actuar como lo exija el Yo superior, y sentir el deseo de morir en su servicio, si fuera necesario.

Todos los torbellinos proceden de estos cinco obstáculos: la concentración y la meditación son los medios para disiparlos totalmente. Cuando el kama-manas deja de gravitar hacia abajo, el manas puede volverse hacia arriba y convertirse en manas-tajasi.

Otra palabra sánscrita relacionada con esta auto-personalidad, es *mana*, traducida a veces como orgullo, pero que tal vez corresponde más bien a amor propio. Esta raíz se encuentra en la palabra *nirmanakaya*, que significa un ser que está más allá de esta ilusión, *nirmana*. Madame Blavatsky dijo que había tres clases o modos de encarnación: primera, la de los *avatars*, los que descienden de las esferas más superiores a las que han llegado en un ciclo de evolución anterior al nuestro; segunda, la de los seres de clase ordinaria que, habiendo pasado por los planos astral y mental, toman un nuevo cuerpo, y tercera, la de los *nirmanakayas*, que a veces encarnan de nuevo, sin intervalo, después de unos cuantos días solamente. En *La Doctrina Secreta* cita al Cardenal de Cusa, como un ejemplo de esto, quien renació muy pronto en la personalidad que conocemos como Copérnico, y dice que un renacimiento tan rápido no es una cosa poco corriente. Habla de otras personas como de adeptos; pero no emplea exactamente esa palabra como lo hacemos ahora, sino en el sentido de que son adeptos o expertos en los planos astral y mental inferior; dice que hay ocasiones en que actúan como espíritus en las sesiones y que los Hermanos de la Sombra se oponen a ellos de una manera especial, posiblemente a causa del progreso que están alcanzando, tanto para ellos mismos como para la humanidad en general.

Dice que hay dos clases de *nirmanakayas*; los que han renunciado al mundo celestial, como antes hemos dicho, y los que en una etapa posterior y superior, renuncian a lo que ella denomina el nirvana absoluto, para poder seguir ayudando al progreso del mundo. La literatura teosófica moderna

limita este término a esta última clase; pero aquí hablamos de la clase inferior. El hombre que ha destruido al destructor, ha vencido en gran parte los cinco obstáculos y se ha convertido en servidor del Yo superior, sin que en él exista nada más que lo que conviene para los propósitos de este último. Ha ampliado su antahkarana de tal manera que durante su vida corporal está en pleno contacto con su Yo superior, y durante todo el tiempo ese Ego obtiene lo que necesita; la abeja ya puede libar la flor según desee, porque no hay tempestad que lo impida; y cuando el cuerpo físico muere, la parte sutil de la personalidad puede volver a utilizarse en la siguiente encarnación, porque no está llena de torbellinos que representen deseos arraigados, rígidas opiniones y hábitos egoístas de sentimiento y de pensamiento.

CAPÍTULO XXXIII

LO REAL Y LO IRREAL

Cuando su propia forma le parezca ilusoria, como al despertar, todas las formas que en sueño ve; cuando haya cesado de oír los muchos sonidos, entonces podrá discernir el UNO —el sonido interno que mata al externo.

C.W.L.— El símil del sueño y el despertar se usa con mucha frecuencia en la filosofía oriental. Su utilización tiene su razón de ser, pero hay que procurar que no sea causa de errores.

Cuando despertamos de un sueño ordinario nos damos cuenta de que nuestros sentidos han sido engañados, de que lo que creíamos que era una experiencia verdadera, en realidad no era nada por el estilo. Pero esto no es exactamente lo que pasa cuando despertamos a una percepción de la realidad espiritual: despertamos a una vida superior y más amplia; por primera vez nos damos cuenta de las limitaciones tan primitivas, totalmente insospechadas, en las que hemos estado viviendo hasta entonces. Pero esto no quiere decir que, hasta ese momento, nuestra vida anterior no haya sido otra cosa que una decepción inútil. El despertar a las cosas superiores hace que nuestro estado mental anterior parezca irracional; pero, después de todo, sólo fue así relativamente. Entonces, estábamos actuando según nuestras luces, según las informaciones de las que disponíamos; unas y otras,

ahora son de tal manera más amplias, que han hecho que nuestra línea de pensamiento y de acción cambie totalmente.

Ni siquiera el vedantista se permite negar que este sueño nuestro del plano físico no tenga su valor como factor ilustrativo. Un hombre puede soñar que una víbora lo está amenazando y sentirse alarmado por ello; al final, sueña que siente el mordisco del reptil y esta impresión hace que despierte y se serene al descubrir que toda la experiencia no fue más que una ilusión. Sin embargo, fue el mordisco de la serpiente ilusoria lo que le despertó a una vida más real. De un modo parecido, en el *Gita*, Shri Krishna dice a su discípulo que la sabiduría es superior a los bienes mundanos, por cuanto expresa: "Todas las acciones, en su integridad, culminan en sabiduría."¹ Ese gran Instructor no condena una vida de actividad, sino que la recomienda en grado sumo; sin embargo, dice que no se debe tener apego a las actividades y a las cosas que se relacionan con éstas, sino que debe buscarse únicamente la sabiduría que aquellas puedan aportarle. En la sabiduría es donde el hombre tiene su verdadero ser, puesto que él es una parte del Logos. Si se presta oído a la voz de la sabiduría, el hombre, progresivamente, irá siendo el dueño de sí mismo y de su vida; de ese modo, el sonido interno lo aislará de los clamores externos que gobiernan las febriles actividades de los hombres corrientes.

Es perfectamente cierto que un hombre tiene que dejar de prestar atención a las muchas cosas que le rodean y que actúan sobre él, y esa atención debe reconducirla hacia su interior, el gran testigo de todas esas cosas; pero no será completamente libre de proceder así a menos que, de una manera completa no haya cumplido todo su dharma en el

1 Obra citada, IV-33.

mundo externo. Cualquier hombre, en cualquier tiempo, y sean los que sean sus deberes, puede dedicar su afecto a las cosas superiores y no a las cosas terrenas; pero puede no estar libre para dedicar toda su vida a un trabajo superior hasta que no haya satisfecho las exigencias del karma que haya generado, ya sea en sus vidas anteriores o al principio de la presente. En realidad, puede sentir el *vairagya*, pero mientras le queden deberes físicos, tiene que retener el interés necesario para llevarlos a cabo tan perfectamente como le sea posible.

Si su deseo de liberación es lo suficientemente fuerte, y a menos que su karma le ponga en el camino obstáculos insuperables, probablemente encontrará que pronto se abre ante él el camino de la libertad. Personalmente, tuve una experiencia de esta clase: recibí un mensaje de mi Maestro en el que me ofrecía ciertas oportunidades que acepté con la mayor gratitud. Pero si esta oferta generosa se me hubiera hecho con un poco más de antelación, yo no hubiera estado en condiciones de aceptarla, por no haber dispuesto de libertad; tenía que cumplir una clara obligación que no hubiera podido evadir.

Vairagya tiene dos partes: *apara* o *vairagya* inferior y *para* o *vairagya* superior.

Las etapas del abandono al apego de las cosas externas son tres: primero el hombre se cansa de las cosas que solían causarle placer, pero siente tristeza por haberse cansado de ellas; todavía quiere disfrutarlas, pero no puede; después, esa misma saciedad le impulsa a buscar satisfacciones en todas partes; finalmente, cuando alcanza a vislumbrar claramente las cosas superiores, es cuando despiertan en él los deseos espirituales; éstos ejercen tan fuerte atracción sobre él que deja de pensar en otras cosas. O bien, al haber llegado a su conocimiento la existencia de las cosas superiores y decidido

buscarlas, ya en la segunda etapa, se propone observar los defectos de las cosas inferiores, con la idea de crearse un disgusto artificial hacia las mismas, o bien fija su voluntad con una rígida determinación para negarse a su atracción y ahogar el deseo por ellas. Finalmente, como en el caso anterior, y tal vez después de muchas vacilaciones, el hombre ve lo superior; escucha el sonido interno que mata el externo. Y entonces es cuando llega el vairagya superior.

En el período medio de la lucha, a menudo sucede que el hombre siente una absoluta repugnancia por las cosas que antes fueron para él motivo de placer; con frecuencia, esto es síntoma de que la liberación de esa esclavitud es muy reciente, y de que todavía tiene miedo a su atracción; siente que puede sufrir la tentación de su proximidad y, temeroso de caer en ella, tiembla y evita las ocasiones, o bien las combate y se esfuerza por destruirlas con vehemencia irracional. Todos esos diferentes aspectos de la segunda etapa son formas de vairagya inferior.

*Solamente entonces, y no antes, abandonará
la región de Asat, lo falso, para entrar en el reino
de Sat, lo verdadero.*

Aquí hemos de tener mucho cuidado para no hacer una falsa interpretación. Muchos han dado por sentado que este pasaje indica que los planos inferiores son una mera ilusión, pero su significado no es éste en absoluto. He hablado ya sobre lo real y lo irreal y he explicado que cada plano es real para la conciencia que funciona en él. Lo que sí es cierto es que hasta que el hombre no sea capaz de oír la voz interna y de observar la vida desde el punto de vista de los planos superiores, no ha logrado todavía una comprensión real de la verdad que se halla detrás de toda esta complejidad de manifestación que nos rodea.

Antes de que el alma pueda ver, debe haberse alcanzado la Armonía interna, y los ojos carnales deben permanecer ciegos a toda ilusión.

Antes de que el alma pueda oír, es menester que la imagen (el hombre) se vuelva tan sorda a los rugidos como a los susurros; a los bramidos de los elefantes furiosos, como al zumbido argentino de la dorada luciérnaga.

Antes de que el alma pueda comprender y recordar, debe estar unida con el Parlante Silencioso, de igual modo que la forma en las cuales es modelada la arcilla, lo está al principio con la mente del alfarero.

La armonía interna es la que existe entre el Ego y sus vehículos y también, desde luego, entre todos esos mismos vehículos. En el hombre corriente existe una perpetua tensión entre el cuerpo astral y el cuerpo mental, entre los deseos y la mente; y ninguno de estos cuerpos está, en lo más mínimo, armonizado con el Ego o preparado para actuar como su vehículo. Hay que purificar la personalidad y abrir y dar amplitud al canal entre ésta y el Ego.

Mientras no se haya conseguido esto, la personalidad lo considerará todo desde su punto de vista muy limitado. El Ego no puede ver realmente lo que está sucediendo, sólo percibe la imagen deformada en la personalidad, que es como una cámara con una lente defectuosa que deforma los rayos de luz, o como una placa o película de mala calidad que presenta un resultado confuso indistinguible y desigual.

Es por eso que, en la mayoría de las personas, el Ego no puede conseguir ninguna satisfacción de la personalidad hasta que se encuentra en el mundo celestial. El Ego conoce

lo verdadero por medio de lo falso; reconoce la verdad cuando la ve y rechaza la falsedad; pero, por lo general, al volver la mirada hacia abajo, hacia la personalidad, se encuentra con tal confusión de formas de pensamiento inconexas, que no puede distinguir nada con claridad; desesperado, aparta su mirada y decide conservar la quietud del mundo celestial antes que intentar recoger fragmentos de verdad en este caos incoherente. En las condiciones más apacibles de la vida celestial, al presentarse uno tras otro las emociones y los pensamientos de la reciente vida física, los examina a la vívida luz de ese plano con visión clara, deshecha la escoria y conserva los tesoros. El discípulo tendrá que esforzarse para lograr esa condición mientras todavía siga en su cuerpo físico y tiene que purificar la personalidad y armonizarla con el alma para conseguirlo.

Las posibilidades de caer en errores personales son casi infinitas: supongamos que un gusano, un pájaro, un mono y un viajero miran un mismo árbol simultáneamente. El primero pensará en él como alimento, el segundo como hábitaculo; el tercero como un gimnasio y el cuarto como una especie de albergue donde cobijarse; todas estas imágenes serán distintas entre sí y distintas también de la concepción que el árbol tiene de sí mismo.

Si bien la vista está en relación con el exterior, el oído tiende a lo que viene del interior. El hombre tiene que aquietarse para poder oír la voz todavía débil; dhāranā o concentración llevará, a esta quietud; si el alma ha de oír esta voz interna con certeza e inequívocamente, el hombre externo tiene que estar a cubierto de la agitación que producen las cosas externas, del clamor de los grandes oleajes que se estrellan contra él, así como del delicado murmullo de las ondas más leves. Tiene que aprender a permanecer muy en calma, a no sentir deseos ni aversiones.

No puede apelarse a la intuición mientras el hombre no esté totalmente dispuesto a considerar sus mandatos, sin el obstáculo de sus deseos personales, como la guía más aceptable. No sería plausible que la intuición solucionara cualquier problema de conducta si, al mismo tiempo, el hombre deseara que la respuesta fuera ésta o aquella. Excepto en contadas ocasiones en que la intuición es extraordinariamente fuerte, sólo cuando han cesado los deseos y aversiones personales, es cuando la voz del mundo externo ya no tiene poder sobre él y puede escuchar la voz interna que ha de ser su guía infalible.

Antes de que el alma pueda comprender totalmente el cúmulo de enseñanzas que le llegan del exterior y escuchar la intuición que procede de su interior, tiene que haber otro proceso de armonización, por medio del cual el manas se armoniza gradualmente con la voluntad que proporciona una *dirección* a su vida.

Tres son las etapas en el desarrollo de la conciencia. Durante el sendero de probación, la conciencia superior del hombre actúa sobre el plano mental superior; después de la primera iniciación y hasta la cuarta, la conciencia se eleva con fuerza a través del plano búdhico y, al final de esta etapa, entra ya en el plano átmico o espiritual: se ha unido así con la voluntad, con la causa directiva, la que domina su destino. Si bien en la etapa del medio el hombre pudo haber dicho: "Hágase tu voluntad, y no la mía," ahora dice: "Tu voluntad y la mía son una". Y así, igual que el diseño del perol que va a modelar el alfarero se halla primero en su mente, y así como el modelo de una raza de hombres existe primero en la mente del Manú, que lo ha recibido desde arriba, así también la meta final que nos corresponde a cada uno ya viene marcada por la mónada y tiene que alcanzarse durante la vida del hombre consciente en evolución a través del principio espiritual que mora en su interior.

De modo que existe una razón para utilizar en estos tres versos la palabra alma: es el alma, no la personalidad, la que transita por el sendero del progreso. En la primera mitad del sendero, de una manera cada vez más íntegra, el alma se une áícon el budhi, formando así el alma espiritual, manas taijasi; pero todo este trabajo se realiza bajo la dirección de atma, la voz del silencio.

CAPÍTULO XXXIV

LA VOZ QUE NOS PREVIENE

*Porque entonces el Alma oirá y recordará.
Y entonces al oído interno hablará*

LA VOZ DEL SILENCIO

Y dirá:

Si tu Alma sonríe mientras se baña en la luz del Sol de tu Vida; si tu Alma canta en el interior de su crisálida de carne y materia; si tu Alma llora en su castillo de ilusiones; si tu Alma pugna por romper el hilo argentino que la une al MAESTRO: has de saber, discípulo, que tu alma es de la tierra.

C.W.L.— En los libros de ocultismo hay muchas referencias a la voz del silencio y, a menudo, podemos advertir que lo que se dice en una parte no está de acuerdo con lo que aparece en otras. En los primeros tiempos de la Sociedad solía pasar que nos confundíamos respecto al significado exacto, tratando de que éste fuera siempre el mismo. Sólo después de mucho estudiarlo pudimos discernir que algunos términos tienen un significado general. La voz del silencio, para cualquier persona, es la voz que le llega desde aquella parte suya que está más allá de todo lo que puede alcanzar

su conciencia y que, como es natural, va cambiando según va progresando su evolución. Para aquellos que ahora están luchando con su personalidad, la voz del silencio es la voz del Ego; pero, para aquellos que ya han dominado totalmente la personalidad, habiéndola unificado con el Ego de tal manera que éste ya puede actuar perfectamente a través suyo, la voz del silencio es la voz del alma, el espíritu triple en el plano nirvánico. Cuando se llega a este punto, todavía hay una voz del silencio: la de la mónada en el plano que le corresponde. Cuando el hombre identifica el Ego con la mónada y alcanza el adeptado todavía encontrará una voz del silencio que le llega desde arriba, pero, en ese caso, esa voz será quizás la de algunos Ministros de la Deidad, de alguno de los Logos Planetarios, como se les llama. Tal vez, para ellos, a su vez, será la voz del mismo Logos solar, y si para este último hay aún una cosa parecida a la voz del silencio, para él será la de un Logos superior. Pero sobre esto ya no podemos decir nada.

“La Luz del sol de tu vida,” indica aquellos períodos de nuestra existencia personal en los que la fortuna nos sonrío y todo nos parece bello y radiante. El ego que encuentra satisfacción en ese placer y, equívocamente, lo considera como la verdadera felicidad del Yo superior, no está todavía en posesión del Vairagya superior, que mata los sonidos externos. En *La Sabiduría Antigua*, nuestra Presidenta explica cómo el hombre que siente que no puede satisfacerle nada terrenal, ni siquiera aquellas cosas que constituyen los mayores placeres para los mortales comunes, por medio de un fuerte pero tranquilo esfuerzo de la voluntad, puede elevarse y unirse con la conciencia superior y encontrarse libre del cuerpo, pero esto sólo es para aquellos que obedecen la primera condición, para quienes no puedan satisfacerse con algo por debajo de esa unión.

Los tres cuerpos, físico, astral y mental que, con sus hábitos, constituyen la personalidad son, propiamente ha-

blando, una crisálida en la que, gradualmente, la mariposa está átomando forma. En nuestro estado actual de orugas, el alma debe estar en el cuerpo y en el mundo; pero no tiene que ser *de* ellos; no debe aceptar esa vida como la suya propia, sino que tiene que comprobar que su vida es independiente de sus vehículos. Y aquí, de nuevo, hemos de tener cuidado de no confundirnos. Es conveniente, más aún, es necesario que el alma se regocije al ir ascendiendo en su camino; que sonría y que cante dentro de su crisálida; no hay nada en esto que pueda ser perjudicial; al contrario, todo ello es muy conveniente. Lo que no hay que hacer es disfrutar del bien que únicamente corresponde a la crisálida, o por cualquier cosa que afecte agradablemente a la corteza exterior. Sería un error, un error lamentable que el alma llorara dentro de su castillo de ilusión, porque la depresión y la tristeza siempre son una equivocación. Pero, aunque esto sea cierto, no es lo que se trata de decirnos aquí. Lo que Aryasanga quiere darnos a entender en su grato y poético lenguaje, es que el alma no debe ni regocijarse ni entristecerse por nada que esté relacionado con la crisálida, con el castillo, con cualesquiera de las formas externas; el alma tiene que ser indiferente a la forma; no debe sentirse afectada por nada de lo que le suceda a esa forma. Si no es *indiferente*, es que todavía es de la tierra; todavía sufre el apego a este mundo inferior y, por lo tanto, todavía no está preparada para su completa liberación.

Todo lo que nos rodea está sufriendo cambios eternamente, pero el alma tiene que seguir firmemente su camino hacia adelante, sin sentirse afectada por los cambios, porque dejarse influir por esas cosas externas es signo de debilidad. Recordemos lo que escribe Shakespeare en sus *Sonetos*:

Cuando miro, desfiguradas por la mano inexorable del Tiempo, las ricas y orgullosas suntuosidades de los monumentos de los siglos sepultados; cuando

veo desplomarse las torres en otro tiempo altivas, y al bronce eterno esclavo de la rabia mortal;

Cuando veo al hambriento océano socavar el dominio de las playas, y a la tierra firme apoderarse de la inmensidad del mar, creciendo la ganancia con la pérdida y la pérdida con la ganancia;

Cuando considero semejante intercambio de grandezas, o a la grandeza misma, destruida, al decaer; tantas ruinas me hacen así reflexionar que llegará el Tiempo y se llevará a mi amor.

Este pensamiento es como una muerte, que no puede evitarse llorar, porque conserva aquello que tiene miedo de perder.

Puesto que ni el bronce, ni la piedra, ni los continentes, ni el mar infinito escapan al poder de la triste mortalidad, ¿cómo podrá defenderse contra su furia la belleza, cuya fuerza no es más resistente que una flor?

¡Oh! ¿Cómo el aliento melifluido del verano aguantaría el asalto inevitablemente fatal de los días que lo atacan, cuando las rocas inexpugnables no son lo bastante fuertes, ni las puertas de acero tan sólidas, ante el estrago del Tiempo?¹

1 Sonetos LXIV, y LXV.

Sin embargo, en realidad, el tiempo es un amigo del aspirante, porque precisamente son las cosas más delicadas, las más elevadas y las más íntimas, las que están menos sujetas a la destrucción. El ocultista aprende esta verdad por el conocimiento y la experiencia, y así es como los cambios de las cosas externas llegan por fin a no afectarlo en absoluto.

El hilo que une el alma con el Yo superior es de plata, porque la plata es el símbolo de la pureza. Cada contacto del alma con las impurezas del cuerpo, de las emociones o del pensamiento, es una lucha por romper ese hilo de plata; una tentación para no prestar oído a esa voz todavía débil.

Madame Blavatsky pone al margen las notas siguientes:

“Gran Maestro” es la expresión usada por los Lanús o Chelas para indicar el YO SUPERIOR. Es el equivalente de Avalôkitêshvara, y lo mismo que Adi-Buddha de los ocultistas budhistas, el ATMA, el ‘Yo’ (El Yo superior) de los brahmines, y el CHRISTOS de los antiguos Gnósticos.

Alma se usa aquí para expresar el Ego humano o Manas, al que se hace referencia en nuestra división septenaria Oculta, con el nombre de “Alma Humana” (véase La Doctrina Secreta), para diferenciarla de las Almas espiritual y animal.

Madame Blavatsky utiliza aquí la palabra Maestro en un sentido no usual, indicando que así es usado por los chelas o discípulos. En la literatura teosófica posterior, este título se ha reservado para aquel limitado número de miembros de la Gran Fraternidad Blanca que aceptan discípulos de entre aquellos que viven todavía en el mundo. Su número es reducido; podría decirse que un solo Adepto, en cada uno de los rayos, esta encargado de este trabajo y que todos aquellos que pertenecen a su rayo especial de evolución quedan bajo su custodia. A nadie que no haya alcanzado la categoría de

Adepto se le permite asumir responsabilidad total respecto a un discípulo, aun cuando aquellos que han sido discípulos durante un número determinado de años, suelen ser utilizados como agentes y tienen el privilegio de aconsejar y ayudar a los aspirantes jóvenes que constituyen una promesa. Estos discípulos más antiguos están siendo entrenados gradualmente para su trabajo futuro, para cuando les llegue el turno de convertirse en Adeptos, y están aprendiendo a aligerar cada vez más el trabajo rutinario de las manos de los Maestros, dejándolos más libres para dedicarse a tareas más elevadas que sólo Ellos pueden llevar a cabo. La elección preliminar de candidatos para el discipulado va quedando ya a cargo de los discípulos antiguos: los candidatos escogidos quedan unidos temporalmente a ellos directamente, más bien que a los grandes adeptos; pero los discípulos están tan maravillosamente unidos al maestro, que podría decirse que esa unificación es casi una diferenciación indistinguible.

Comprenderemos mejor los términos que utiliza Madame Blavatsky en estas notas, si estudiamos las diversas trinidades en el universo y en el hombre. Es una experiencia general la de que existe la dualidad del conocedor y de lo conocido, del que ve y de la cosa que es vista, del sujeto y del objeto. Esa es la antigua división del mundo de la experiencia en dos partes, espíritu y materia, tomando estos dos términos en su sentido general, en su significado de sentido común. Espíritu o conciencia, y materia son un par de opuestos; el espíritu es el principio activo; la materia el pasivo; el espíritu tiene centro pero no circunferencia; la materia tiene circunferencia pero no centro; el espíritu se mueve por sí mismo; la materia se mueve por el impulso externo. En ellos dos tenemos también la división de realidad en lo divino y en lo material; lo libre y lo atado, lo que brilla con luz propia y lo que sólo tiene luz refleja.

Examinando esto más atentamente se observa que esas dos entidades están representadas, por así decirlo, en un escenario que se encuentra ante nosotros; que ellas no son el principio número uno y el principio número dos, como muchos piensan, sino que son el principio número dos y el número tres, porque el que ahora presencia su interrelación, es el número uno; el número dos es el *Dios que es visto*; pero el número uno es el Dios que es el Ser verdadero, que es la causa de toda la interrelación entre el número dos y el número tres.

En la terminología cristiana, Cristo es el Dios que es visto. "Ningún hombre ha visto nunca a Dios."² Pero Cristo también dijo: "Yo y mi Padre somos Uno."³

Esto nos lleva hasta el término Avalokiteshvara. Esta palabra se compone de *avalokita* (visto) e *Ishvara* (Dios, el Regente), significando así el Ser Supremo en la dualidad de espíritu y materia en el universo. "Tres son los que dan testimonio en el cielo," dice San Juan, "el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo."⁴ El Verbo, el Logos, Avalokiteshvara, es el Segundo. Es el Cristo, el Dios que es visto. Este es el espíritu universal o *purusha*, que se diferencia de la materia o *prakriti*. El hombre es conciencia que mira la materia y este Dios es el hombre universal o glorificado, el sujeto supremo. Auto-analizaros y hallaréis la imagen de esto, el Dios interno en vosotros. Sin embargo, sólo ese Dios que es visto da testimonio del Dios real, del Ego en el hombre, del 'Yo' que abarca, a la vez, el sujeto y el objeto.

2 Primera Epístola de Juan, IV-12.

3 Juan, X, 30.

4 Primera Epístola de Juan, V-7.

Este “Yo” no es un nuevo sujeto que observa los antiguos sujeto y objeto, que juntos constituyen ya un nuevo sujeto compuesto: es el “Yo” y esto es todo lo que se puede decir.

Cualquier hombre que piense puede mirar su propio cuerpo físico y, en algunos casos, también sus cuerpos astral y mental y llamarlo “esto”; significa que puede considerarlos como un objeto. También puede tener un concepto de la conciencia o sujeto de sus semejantes y deducir que es de la misma naturaleza que aquella conciencia que encuentra en sí mismo (que se compone de voluntad, sentimiento y pensamiento). *Pero sobre esta cuestión sufre un grave error*, al dar nombres diferentes a la misma cosa: cuando él ve esa misma cosa en él, ila llama “yo”!. Que el hombre observe la conciencia o sujeto que hay en él (en su totalidad), tal como lo hace cuando se trata de los demás y que la llame “tú”, considerándola exactamente igual que una gota en el gran mar de “tus” que constituyen el Logos, como gotas de agua que integran el océano, y estará en condiciones de trascender la conciencia y alcanzar el verdadero “Yo”, el Ser o Dios que no es visto.⁵ Esta conciencia, el “tú”, es una parte de Avalokiteshvara, el Dios que es visto, el Cristo, la luz que alumbra a todo hombre que llega al mundo; de la misma manera que los cuerpos son partículas de materia cósmica; y ambos, por igual, no son el Ser. Nadie ha visto al Dios Supremo jamás: ni siquiera el Hijo.

Esta trinidad se ha considerado de varias maneras:

Avalokiteshvara ha sido descrito por S.T. Subba Rao de la siguiente manera: “Parabrahman, en sí mismo, no puede ser visto como Aquello que es. “Aquellos” es visto por el Logos con un velo que le cubre, y ese velo es la poderosa expansión

5 Este argumento se explica en *Los Siete Rayos*, de Ernest Wood, cap. XXI.

de la materia cósmica.” Y añade: “Parabrahman, después de haber aparecido por un lado como el Ego, y por el otro como Mulaprakriti, actúa como la energía Una a través del Logos.” El peligro de todas estas descripciones es enorme; sólo el uso de la palabra “Aquello,” por lo que a esto respecta, puede originar una completa confusión. La verdad debe buscarse librándose del cautiverio *de uno mismo*. Tan sólo Yo, siendo Yo, puedo resolver este misterio, que es cosa fácil, pero que la gente no puede desentrañar. Forzosamente, puede objetarse incluso sobre la utilización de la palabra Dios para designar a Parabrahman, puesto que pensar en Dios es pensar en lo que es visto, es decir, en Avalokiteshvara, y ese Dios, después de todo, es un “tú”, o mejor dicho, todos los “tús.”

El concepto del sujeto “tú” implica un límite de tiempo: el de objeto o “esto” implica una limitación de espacio. Pero el movimiento, tanto en el tiempo como en el espacio, es un misterio. Algunos autores antiguos opinan que, en realidad, nada puede moverse, “porque nada puede moverse en el espacio donde está y, ciertamente, nada puede moverse en el espacio donde no está.” Sin embargo, los sujetos pueden moverse en el tiempo, y los objetos pueden moverse en el espacio, porque todo movimiento es Prabrahman. Tanto el tiempo como el espacio son secundarios para el movimiento, si las cosas se conciben apropiadamente.⁶

“Y esos tres son uno”.⁷ Mulaprakriti, la raíz de la manifestación, la materia básica, el ser externo, no es algo diferente a Prabrahman, sino que es lo mismo cuando se mira a través de las limitaciones temporales de la conciencia. Prabrahman está más allá de las limitaciones del tiempo y, por lo tanto,

6 Véanse Los Siete Rayos, cap. VIII.

7 Primera Epístola de Juan, V.7.

parecería estar quieto, y de aquí dimana el espacio manifiesto, la característica de Mulaprakriti, que en realidad es un espacio que contiene todas las cosas que han existido y que siempre existirán durante los tres períodos de tiempo: pasado, presente y futuro. Por lo tanto, la conciencia universal, el gran Hombre, llamado también Daiviprakriti (la manifestación divina), en contraposición a Mulaprakriti (la manifestación material), es Avalokiteshvara, el Ishvara o Regente, el Dios que es visto, en contraposición a Parabrahman, el primer miembro de la Trinidad, que no es visto directamente, ni siquiera por Él.

Ahora bien: en la triada superior de la conciencia del hombre tenemos una imagen de esta gran Trinidad. Por esta razón, Madame Blavatsky dice que el Espíritu Superior, con lo cual quiere decir buddhi o el amor intuicional, es el *equivalente* a Avalokiteshvara. Cualquier confusión mental por nuestra parte sobre la realidad universal, con atma, buddhi y manas, —las tres modalidades de conciencia en el hombre— pueden ser causa de un tremendo error; pero existe una analogía entre las dos. La gran Trinidad se refleja de distintas maneras en el hombre y aparece en una forma en estos tres aspectos de su conciencia, así como atma, buddhi y manas reflejan, en su pequeña esfera, las características de la trinidad universal. Atma es la conciencia del Yo, y también la voluntad que propicia la auto-dirección. Manas, en el otro extremo, es la conciencia del mundo y el poder de su pensamiento realiza todo nuestro trabajo, incluso aquel que se efectúa con las manos. Pero buddhi, que está entre los dos, es la verdadera esencia de la *conciencia*, de la subjetividad.

Así como la Mónada está por encima de la trinidad de conciencia, también los cuerpos personales están aparte o por debajo de ella; sólo pueden conocerse en sus reflejo en manas. En la primera mitad del sendero, (de la primera a la cuarta iniciaciones), el hombre tiene el compromiso de libe-

rarse de esas limitaciones personales, de la ilusión de “esto”. En la segunda mitad, tiene por delante el trabajo de liberarse de la ilusión del “tú.”

Todavía quedan algunos puntos más a tener en cuenta en las notas de Madame Blavatsky. Su alusión a Adi-Budhi y Atma necesita algún comentario, aunque lo que dice del Cristo de los gnósticos queda suficientemente claro con lo explicado antes. El “Atma de los brahmanas” es más bien lo que los budhistas creían que los brahmanes entendían por ese término brahmánico (y lo que quizá muchos de los brahmanes que interpretaron mal este punto de su filosofía, pensaron en realidad); es el alma espiritual del hombre la que el Buddha declaró que no es del todo permanente. Sí; incluso el Cristo (el Ego superior) en el hombre, es en definitiva mortal. Por más bello y maravilloso, y por muy elevado y alejado que se halle de la visión del hombre corriente, tiene que desprenderse finalmente de su vida para unirse con el Padre.

Es el “tú” disfrazado del “yo” en los hombres espirituales, igual que, con mucha antelación en la evolución, la personalidad irracional, el “esto” pretendía ser el “yo.” Pero, cuando el Buddha dice que la creencia de ellos en el atma es errónea, el budhista ortodoxo no ha podido comprender la elevación del verdadero pensamiento brahmánico y, especialmente, la enseñanza de Shri Shankaracharya, que fue en realidad uno con el Buddha en su doctrina de anatma; porque por atma entendió la Mónada, el indescriptible aspecto parabrahmánico del hombre. Buddha vio que la gente llamaba “tú” al atma, al Ser, y trató de sacarlos de este error diciéndoles que lo que ellos llamaban “yo” era perecedero.

En la nota, Madame Blavatsky dice que Avalokiteshvara es lo mismo que Adi-Buddha. En *La Doctrina Secreta* se amplía esta afirmación como sigue:

En el Buddhismo esotérico del Norte, e incluso en el exotérico, Adi-Buddha, el Uno Incognoscible, sin principio ni fin, idéntico a Parabrahman, emite un brillante rayo desde su Oscuridad. Este es el Logos, el Primero, o Vajradhara, el Supremo Buddha, llamado también Dorjeang. Como Señor de los Misterios, no puede manifestarse, pero envía su corazón al mundo de la manifestación —el “Corazón de Diamante”—, Vajrasattva o Dorjesempa,. Este es el Segundo Logos de la Creación.

En este extracto, ella deja ver claramente que el Primero y el Segundo Logos son, respectivamente, Adi-Buddha y Avalokiteshvara, pues el último es igual a Vajrasattva. Así pues, cuando ella habla de ambos como de uno, solamente puede hacerlo igual que cuando los cristianos hablaban de Cristo como de uno con el Padre. Este punto yo mismo lo he tratado en *La Vida Interna*, Sección II, como sigue:

Se ha discutido mucho sobre el significado exacto de los términos Adi-Buddha y Avalokiteshvara. Particularmente, no he estudiado estos temas desde un punto de vista filosófico, pero hasta donde he podido llegar en el debate que he sostenido con los exponentes encarnados de la religión, Adi-Buddha parece ser la culminación de una de las grandes líneas de desarrollo super-humano, lo que podría denominarse el principio abstracto de todos los Buddhas Avalokiteshvara es un término que pertenece a la Iglesia del Norte y parece ser el nombre que los budhistas dan a su concepto del Logos. Los estudiantes europeos han traducido este nombre como “El Señor que mira hacia abajo desde arriba,” pero esta traducción parece implicar cierta inexactitud, puesto que, con toda claridad, siempre se trata del Logos manifestado; a veces el Logos de un sistema solar, y a veces un Logos superior, pero

siempre manifestado. No hemos de olvidar que, si bien los fundadores de las grandes religiones ven y conocen las cosas que nombran, sus discípulos no suelen verlas; sólo conocen los nombres con los que únicamente hacen malabarismos intelectuales, incurriendo de ese modo en muchas incorrecciones e incongruencias.”⁹

Ya hemos visto que con el término el “Yo Superior”, Madame Blavatsky quiere indicar el buddhi en el hombre, el factor central de la trinidad de su conciencia inmortal. Pero esto es un reflejo de la Sabiduría universal, sin el cual no podría existir la sabiduría humana. Similarmente, sin el Dhyani-Buddha Avalokiteshvara, el “centro de energía” de la sabiduría última, Adi-Buddha, ningún ser humano podría llegar a ser Buddha. La Iluminación del sabio Gautama, por lo tanto, no fue, esencialmente, el florecimiento de un hombre en un Dios, sino la unión de la conciencia humana perfecta con la Sabiduría del Logos.

La segunda de las notas que estamos considerando, no solamente habla del manas como el alma humana, sino que se refiere también al alma animal en el hombre. Este es el manas inferior, el kama-manas. En este plano residen las almas grupales de los animales, mientras que las almas del reino vegetal se encuentran todavía en el plano inferior a éste y las del mineral, todavía más abajo. A estos significados de los términos Alma, Yo Superior, etc., Madame Blavatsky se vincula con una concordancia perfecta a través de todo el libro.

9 op. cit. Part. 1.

CAPÍTULO XXXV

EL YO Y EL TODO-YO

*Quando tu alma en capullo presta oído al bulli-
cio Mundanal; cuando responde a la rugiente voz
de la Gran Ilusión; cuando temerosa a la vista
de las ardientes lágrimas de dolor, y ensordecida
por los gritos de aflicción tu Alma, a manera de
cautelosa tortuga, se refugia en el caparazón del
EGOÍSMO, has de saber, oh discípulo, que tu
alma es un templo indigno de su "Dios" Silencio-
so.*

*Quando ya más fortalecida, tu Alma se desliza
de su seguro refugio, y desgajándose del taber-
náculo protector, extiende su hilo de plata y se
lanza hacia adelante; cuando al contemplar su
imagen en las olas del Espacio, murmura: "Esta
soy yo," puedes decir, oh discípulo, que tu Alma
está presa en las redes de la ilusión.*

C.W.L.— Al principio de este pasaje, en la expresión "alma en capullo," tenemos una indicación del concepto de evolución. Durante muchos siglos, los europeos no pensaron en la evolución; tenían la idea de que el mundo, con todas sus diferentes criaturas, había sido creado repentinamente, y no sospecharon que las formas más complejas habían procedido de otras inferiores, y que habrían de convertirse en algo más perfecto. Posteriormente, hace ahora unos ciento cincuenta

años,¹ surgió la idea de que las formas materiales de las criaturas vivientes estaban siguiendo un desarrollo que algunos creyeron que se debía al impulso inmanente de la vida, y otros a la acción selectiva del ambiente natural.

Sin embargo, hace muchísimo tiempo que existe una teoría de la evolución de las almas, que ha sido siempre la doctrina central de las tradiciones hindúes y budhistas, y que ha sido difundida profusamente por los teósofos durante los últimos años, juntamente con la doctrina de la reencarnación. Esta última, ha sido expuesta como la teoría más lógica y más acorde con la ética por lo que respecta al destino humano, una vez que haya quedado establecido, en los campos religioso y científico, que el alma humana sobrevive a la muerte del cuerpo. El alma encarna muchas veces con el fin de conseguir experiencia y cada uno de los seres humanos llegará a ser así finalmente, no sólo un genio en un campo determinado del pensamiento o de la actividad, sino un hombre perfecto, capaz de una divinidad plenamente consciente.

En el camino de la evolución del alma existen dos importantes etapas: la primera se llama *pravritti-marga*, el camino hacia adelante, y la segunda, *nivritti-marga*, el camino de retorno. En el primero se lleva a cabo el desarrollo de la personalidad, así como la acumulación de karma según el alma prosigue su inquieta carrera buscando satisfacer sus múltiples deseos en el mundo externo. En el segundo, el alma, paso a paso, va dando gradualmente su espalda al mundo y volviendo su faz hacia lo divino, su origen y su meta, prosigue

1 C.W.L. habla de este número de años teniendo en cuenta la fecha en que él escribió esta obra. N.T.

la tarea de perfeccionarse a sí misma, hasta alcanzar el fin de la evolución humana.

Es esta segunda etapa, *nivritti-marga*, la que se divide en sendero probatorio y sendero de la iniciación, lo cual ha quedado perfectamente explicado en *El Sendero del Discipulado*, *La Iniciación y el Perfeccionamiento del Hombre*, y *Los Maestros y el Sendero*. Esta marga implica un curso de evolución voluntaria, en el que el candidato se entrena deliberadamente en las cualidades superiores del carácter; la evolución de las criaturas inferiores y la del hombre, durante el *pravritti marga*, es involuntaria: en esta etapa buscan y responden a las experiencias y aprenden, sin tener una idea clara de lo que les está pasando.

Respecto a la palabra ilusión, en una nota marginal, Madame Blavatsky, la llama Maha-Maya, la gran ilusión, el universo objetivo. El significado de la palabra ilusión aplicada al mundo externo ya la hemos explicado. Esta palabra no tiene el mismo significado que aquella otra que se menciona en el texto como “redes de ilusión”, palabras con las que se alude —como se dice en otra nota— a “Sakkayaditthi”, el engaño de la personalidad.

Cuando el Señor Buddha reveló a los hombres el Noble Óctuple Sendero, el camino de la liberación, los medios prácticos para poner fin al dolor, les habló de lo diez eslabones de los que el candidato tenía que librarse, uno tras otro. El primero de ellos se llama Sakkayaditthi, el engaño de la personalidad. Nace un niño, sujeto al karma, es decir, sujeto al resultado de sus vidas anteriores. Tiene un cuerpo de cierto tipo al que acontecen diferentes cosas. Con el paso del tiempo, el niño escucha lo que la gente dice de él y va conociendo qué es lo que puede y no puede hacer. Se ve a sí mismo como reflejado en un espejo: uno de esos espejos que deforman la imagen y que suelen encontrarse en locales de diversión para

hacer reír a la gente con imágenes ridículamente abombadas o alargadas. De ese modo obtiene el niño ideas sobre él mismo: que es inteligente o que es tonto; guapo o feo; débil o fuerte. A medida que se va educando, va asumiendo posición social y carácter, y va adquiriendo los hábitos corporales y mentales de un doctor, de un abogado, de un ama de casa, según se tercié, y de esa manera va estableciendo una *personalidad* fija definida. Cuando él piensa que es esa personalidad, crea lo que se dice 'auto-personalidad'; es víctima de una idea engañosa, de la misma manera que los desgraciados seres recluidos en un manicomio son víctimas de una ilusión cualquiera, imaginándose, por ejemplo, que son una tetera, un tambor, el polo norte, la reina Isabel o Napoleón.

Es evidente que un grupo determinado de cuerpos y una personalidad bien entrenada y con costumbres útiles, es conveniente, de la misma manera que lo es una buena colección de instrumentos o un buen automóvil; no lo es, en cambio, una personalidad débil o inmoderada. Pero, por buena que pueda ser nuestra personalidad, no hemos de pensar que somos nosotros, y hemos de ser capaces de disfrutar de todo nuestro innato poder de voluntad, de todo nuestro poder de amor y de todo nuestro poder de pensamiento en pro de nuestros propósitos de vida espiritual en el mundo de la materia. Estas personalidades no deben erigirse como candidatas a la inmortalidad, ni deben tratar de pertrecharse contra los estragos que el tiempo y el desgaste causan en todas las cosas materiales. En una ocasión, un hombre de cierta edad le dijo a su hijo, que se ofrecía para eximirlo de cierto trabajo: "No, hijo mío, no; siempre hay que valerse primero de los viejos." Las personalidades tienen que estar siempre deseosas de ser utilizadas, de adaptarse a los propósitos espirituales del momento; de desgastarse en la actividad y deben sentirse satisfechas con la única recompensa de un largo y glorioso devachán, que es lo que sigue a la

muerte del cuerpo externo, en el caso de todos aquellos que han servido al ser divino interno, con excepción, desde luego, de los servidores del Maestro que renuncian a esa recompensa y regresan rápidamente para reencarnar y poder trabajar en beneficio del mundo.

Esta tierra, Discípulo, es el Vestíbulo del Dolor, en donde hay colocadas, a lo largo del Sendero, tremendas pruebas, diferentes lazos para atrapar a tu EGO, engañado con la ilusión llamada la "Gran Herejía."

Que el plano físico es un lugar de dolor es una idea muy extendida en el pensamiento budhista e hinduista. Trabajo inadecuado, con frecuencia agotador o desagradable, opresión, enfermedad, ultraje y miedo, son el lote que les corresponde a la mayor parte de la humanidad. Aquellos, cuya suerte les ha deparado condiciones de comodidad, puede que digan que encuentran mucho placer en ello; pero Patanjali dice: "Para el iluminado, *todo* es infelicidad. Hay muchas cosas que no son causa de molestia para aquellos que sólo están relativamente evolucionados, por ejemplo, el olor del alcohol, de la carne, de la cebolla; el ruido de las sirenas de las fábricas, la música estridente, la forma grosera en que se conducen los demás, el vestir repulsivo, los grotescos edificios y miles de cosas más que dañan a los más sensitivos. Además de todo esto, está el ansia de adquirir lo que no se tiene y el miedo a perderlo cuando ya se tiene, y el sufrimiento por los demás, cuando no por nosotros mismos. Con seguridad que el hombre tiene que estar loco cuando se agarra a esas cadenas. En efecto, este mundo es en realidad la mansión del dolor. Considerad cuán pobre es y cuánto mejor no es cuando se considera desde el punto de vista de los que conocen los planos superiores.

Pero esto es así porque, en la mayor parte, el hombre así lo ha hecho. Pensad en el vasto océano de vida que anima los reinos mineral, vegetal y animal de la naturaleza, y cómo toda esta vida palpita de placer. Incluso la terrible descripción del poeta que pinta “la naturaleza con garras y dientes rojos por la sangre de su presa”, pierde mucho de su horror si nos damos cuenta de que los animales, al contrario que el hombre, no piensan en el ‘antes y el después con desdichados anhelos y temores y, si advertimos que mientras las luchas siguen y la sangre y las heridas conmueven a la humanidad, la agitación de la conciencia animal se halla en la cumbre, y con frecuencia experimenta su máximo placer. La tierra es un valle de lágrimas sólo para el hombre que con su codicia y su ira, nacidas de una poderosa imaginación que alimenta las llamas de un cálido deseo, ha envenenado con innumerables horrores, tanto su vida personal como su vida social.

Sin embargo, es suficiente con aniquilar el *egoísmo* para que desaparezcan todos esos horrores, y para que sean accesibles a toda la humanidad los goces de este mundo, el disfrutar de la profunda paz de la belleza, del descubrimiento del trabajo creador, del bienestar social y corporal.

Madame Blavatsky, en una de sus notas, habla de:

Attavada, la herejía de la creencia en el Alma, o mejor dicho, en la separatividad del Alma o Yo, del SER Único, Universal e Infinito.

Atta es la expresión pali correspondiente al sánscrito *atma*, y *vada* significa doctrina. La doctrina de *atma*, que ya hemos considerado, es el gran origen de la división entre hinduistas y budhistas: pero, en realidad, esta diferencia no pasa de ser una cuestión de palabras, porque cuando el hinduista dice que el ser o *atma* en el hombre es uno con el Ser universal, con estas palabras no quiere decir lo que los

hombres entienden cuando hablan o piensan en sí mismos, sino algo por completo más profundo, algo que sólo un yogui avanzado puede imaginar. Hay un pasaje en el *Shri Vakya Sudha* que avisa al aspirante de que al repetir la importante fórmula religiosa “Yo soy Aquello,” debe de tener cuidado en lo que entiende por “Yo;” Se explica que el propio individuo debe considerarse como triple, y que es solamente la unión con Brahman del más elevado de los tres, la que se proclama diciendo: “Tú eres Aquello” y otras expresiones parecidas. Tal como se ha explicado, la personalidad no es “yo”, e incluso el “tú” en mí, no es “yo”, sino que el “yo” es algo indistinguible del Ser universal, en quien los muchos y el Uno son uno. En sus enseñanzas, el Señor Buddha niega la permanencia del “tú” que los hombres llaman “yo”.

Es lamentable que dos religiones tan importantes como el Budhismo y el Hinduismo, hayan tenido que verse separadas debido, especialmente, a una mala comprensión de tan poca monta y que, asimismo, a causa de esto, el movimiento teosófico moderno se haya extendido con mucha lentitud entre los budhistas. Hemos publicado una amplia gama de literatura teosófica donde las palabras atma y Ser se han utilizado profusamente; y esto ha maldispuesto a muchos budhistas que no se han tomado el trabajo de limar este obstáculo de las palabras que, sin darnos cuenta, hemos puesto en su camino.

Esta tierra, ¡oh discípulo ignorante!, no es sino el desconsolador acceso que conduce al ocaso que precede al valle de la luz verdadera —luz que ningún viento puede extinguir; esa luz que arde sin pabilo ni combustible.

En este y en algunos otros versículos encontramos que se dan nombres poéticos a los planos de la naturaleza. Como ya hemos dicho, entre los ocultistas orientales era frecuente

juntar los planos astral y mental, y Madame Blavatsky actúa con frecuencia de la misma manera en sus enseñanzas. Esta combinación de los dos planos está indicada en la descripción de un “ocaso que precede al valle de la luz verdadera”. Esta descripción del valle de la luz verdadera muestra que se trata de la región del Alma y del Yo Superior, planos donde el buddhi y la mente superior tienen su morada.

Si trazáramos una línea para separar el plano mental inferior del plano mental superior, nos encontraríamos con una diferencia radical entre ambos, es decir, entre el que queda por debajo de la línea y el que queda por encima de ella; en el primero predomina la materia; es lo primero que llama la atención, y la conciencia brilla con dificultad a través de las formas, pero en el plano superior la vida es prominente, y las formas sólo existen para los propósitos de la primera. La dificultad del plano inferior estriba en dar expresión vital a las formas, mientras que en el superior es todo lo contrario, es decir, se trata de satisfacer y dar forma al desbordamiento de la vida. Solamente por encima de la línea divisoria es donde la luz de la conciencia queda al abrigo de todo viento y brilla con su propio poder. El símbolo de un fuego espiritual es muy apropiado para la conciencia en esos niveles, en contraposición con los planos inferiores, para los cuales es más apropiado el símbolo del combustible abrasador.

Dice la Gran Ley: “Para llegar a ser conocedor del TODO YO primero tienes que ser conocedor del Yo.” Para lograr el conocimiento de ese YO, tienes que rendir primero el Yo al No-Yo.

En una nota a pie de página, Madame Blavatsky hace una distinción entre el Atmajnani que se menciona aquí y el Tattvajnani. En la literatura hinduista esta diferencia es muy ligera y, por lo general, se la ignora; pero HPB dice: “El Tattvajnani es el conocedor o discernidor de los principios en

la naturaleza y en el hombre, y Atmajnani es el conocedor de Atma o el Uno Universal”.

Jnani significa un conocedor y tattva, la verdad o la naturaleza real de las cosas.

La enseñanza de la Teosofía siempre ha sido que para progresar hemos de aplicar la antigua fórmula griega: “Conócete a ti mismo”. Por consiguiente, una gran parte de nuestra literatura teosófica moderna trata de la constitución, la historia y el destino del hombre. Mediante el estudio de los diversos principios y cuerpos del hombre es como, gradualmente, podemos ir distinguiendo lo que éste es, y podemos irlo separando mentalmente de los vehículos que utiliza, hasta que, finalmente, llegamos al verdadero YO. Entonces, por medio de este YO verdadero en nosotros, podremos conocer al YO Universal; en realidad los dos son uno solo.

Pero, para conocer el verdadero YO en nosotros, tiene que desecharse el yo inferior, tiene que anularse. Como ya hemos visto, la destrucción total de la propia personalidad es la primera tarea del iniciado en el sendero, puesto que sakkya-ditti, la ilusión del yo personal, es el primer grillete que tiene que romperse.

Y entonces podrás reposar entre las alas del GRAN PÁJARO. Sí, dulce es el reposo entre las alas de aquello que no nace ni muere, antes bien, es el AUM a través de las eternidades.

Sobre el Gran Pájaro, que ocupa un lugar destacado en el simbolismo religioso oriental, Madame Blavatsky escribe la nota siguiente:

Kala Hansa, el “Pájaro” o Cisne. Dice el Nada-Bindu Upanishad (Rig-Veda), traducido por la Sociedad Teosófica de Kumbakonam: “La sílaba A se considera que es su

ala derecha (del ave Hansa); U, la izquierda; M, la cola, y de Ardha matra (medio metro) se dice que es la cabeza.”

La palabra Aum, que generalmente se pronuncia OM, se utiliza al principio de toda buena obra o pensamiento, porque es una palabra de poder que simboliza la creación divina. Una gran cantidad de libros sánscritos afirman, una y otra vez, que el oído, el tacto, la vista, el gusto y el olfato, corresponden, respectivamente, a las clases de materia que se denominan *akasha*, (éter o firmamento), *vayu* (aire), *tejas* o *agni*, (fuego), *apas* o *jala* (agua), y *prithivi*, (tierra), que en nuestra nomenclatura son los cinco planos de la manifestación humana, es decir, el átmico, el búddhico, el mental, el astral y el físico. Estos planos fueron creados en el orden expresado, empezando por el átmico, donde se aplicó el sonido como poder creador. Desde luego, esto no pudo ser lo mismo que nuestro sonido físico, que es una vibración en el aire o en alguna otra substancia física; fue de la naturaleza de la voz del silencio, la voluntad o atma. Sin embargo, incluso en nuestro plano físico, el sonido es un gran constructor de formas, como sabe cualquier estudiante de ciencia elemental que haya hecho las figuras de Chladni o practicado experiencias similares. En las escrituras hindúes hay mucho simbolismo relacionado con la idea de que el mundo se creó por el sonido.

Se dice que la palabra Aum tiene un valor especial como mantra, porque es la palabra humana más completa. Comienza con la vocal A, en el fondo de la boca, continúa con la vocal U, que suena en el centro de la misma, y termina con la consonante M, con la que quedan cerrados los labios. Recorre, pues, toda la gama del habla humana, y de ese modo representa en el hombre la palabra creadora completa. Sus tres partes componentes se consideran asimismo símbolos de la manifestación de la Trinidad, en una tan gran diversidad

de formas que podrían ocupar todo un volumen. Así pues, tenemos Parabrahman, Daivi prakriti y Mulaprakriti; Shiva, Vishnu y Brahma; voluntad, sabiduría y actividad; ananda, chit, sat, o felicidad, conciencia y ser; atma, buddhi y manas; tamas, rajas y sattva, y muchas otras. Aum es, pues, un término que nos recuerda constantemente la triple naturaleza de todas las cosas; por lo tanto, es una llave para la solución de muchos misterios, a la vez que una palabra de poder. La cabeza del pájaro se toma como el origen no manifestado del triple verbo.

Kala, palabra que significa 'tiempo', es uno de los nombres de Vishnu o Avalokiteshvara. Kala-Hamsa, por lo tanto, significa el cisne del tiempo o en el tiempo, porque hamsa significa cisne. Este símbolo de un pájaro lleva implícita la idea de tiempo, puesto que procede a través del espacio. Es una característica de la conciencia que progresa o evoluciona y, por lo tanto, que exista en el tiempo; la conciencia del Logos es tiempo: no empieza ni acaba en el tiempo y por eso no tiene nacimiento ni muerte.

El pájaro es, pues, el símbolo del Segundo Logos, que es también la gran Sabiduría. Hay una leyenda hindú muy conocida que relaciona al hamsa o cisne con la idea de la sabiduría, porque explica que cuando se pone una mezcla de agua y leche delante de este pájaro, éste puede separar la leche del agua. De esa manera es precisamente como actúa la sabiduría humana, seleccionando de entre nuestras múltiples experiencias, el alimento esencial del alma. La sabiduría subsiste en el alma espiritual del hombre cuando se han extinguido gradualmente sus experiencias, porque, como dice el Bhagavad-Gita: "Todos los actos, en su integridad, culminan en sabiduría."²

A un hombre que sigue el sendero y que ya ha pasado la tercera iniciación, también se le llama Hamsa o cisne. Su

trabajo consiste en librarse de raga y dwesha, el cuatro y el quinto grilletas, que son las simpatías y las antipatías y, por lo tanto está practicando de un modo especial la sabiduría. Los seres humanos en el mundo están llenos de simpatías y antipatías, y por ello sufren mucho a causa de sus propias opiniones sobre las cosas. Liberado ya de estas dos ataduras, el Hamsa viene a ser como el sabio del que se habla en el *Gita*, satisfecho con la sabiduría y el conocimiento, y para el cual son iguales un puñado de tierra, una piedra y el oro: que considera con imparcialidad a amigos y enemigos, a justos y a pecadores; y que hace que ese hombre no aprecie sólo el oro y los amigos, sino que también aprecie el barro y los enemigos. El hombre sabio sólo puede obtener ventaja de cualquier clase de experiencia; para su alma todo le resulta útil. Esa es la explicación de Epicteto cuando dice: “Solamente para una cosa me ha enviado Dios al mundo: para perfeccionar mi carácter en la virtud; y no existe nada en el mundo de lo que yo no pueda servirme para ese propósito”.

Hamsa es también una forma de la expresión “Aham Sah,” o “Yo soy Aquello,” o como se usa con frecuencia “Aquello soy Yo,” forma que consiste en las mismas palabras colocadas en orden inverso, y así, al repetir esta frase, el estudiante recuerda a la vez que la forma de montar el Hamsa o pájaro de la vida, es comprender que él es el Ser. Se dice que el yogui devoto pronuncia esta fórmula en cada una de sus respiraciones, las cuales se estiman en 21.600 a lo largo del día y la noche, porque se considera que el aire se aspira al pronunciar la palabra “sah” y se expira al pronunciar “ha”.

Mientras el pájaro se mantiene en vuelo, suena la palabra creadora, existe el tiempo. Aunque este tiempo no tiene

principio ni fin, sin embargo, es un período que se puede medir, lo cual constituye un gran misterio. Sobre esta cuestión, Madame Blavatsky escribe la siguiente nota:

La Eternidad, entre los orientales, tiene un significado completamente distinto del que tiene entre nosotros. En general, se aplica a los cien años o "Edad" de Brahma, a la duración de un Maha Kalpa, es decir, a un período de 311.040.000.000.000 años.

Esta parte de la cuestión termina con las siguientes palabras:

*Monta en el Ave de Vida, si pretendes saber.
Renuncia a tu vida si quieres vivir.*

A las que se agregan las siguientes notas:

Dice el Nadavindu antes citado: "El Yogui que cabalga en el Hamsa (esto es, contempla el AUM), no es afectado por las influencias kármicas o crores (medida india) de pecados.

Renuncia a la vida de la personalidad física, si quieres vivir en espíritu.

Un crore equivale a diez millones. Sin embargo, no debe interpretarse que el yogui queda autorizado para cometer esos pecados; no sería un yogui si los cometiera. Esta expresión solamente es una forma oriental de indicar que el yogui está completamente libre de las impurezas del mundo material. El hombre que piensa y obra sin deseos personales, con un absoluto altruismo, no sufre las consecuencias kármicas. El fruto de todos sus esfuerzos pasa al gran receptáculo de fuerza espiritual para ser utilizado en beneficio del mundo, tal como ha quedado explicado con anterioridad.

CAPÍTULO XXXVI

LOS TRES VESTÍBULOS

Tres Vestíbulos, ¡oh fatigado Peregrino! Conducen al término de las fatigas. Tres Vestíbulos, oh vencedor de Mara, te conducirán a través de tres estados al cuarto, y de allí a los siete Mundos, a los Mundos del Reposo Eterno.

Si deseas aprender sus nombres, presta atención y recuerda:

*El nombre del primer Vestíbulo es IGNORANCIA—**Avidya.***

Es el Vestíbulo en el que tú viste la luz, en el que vives y en el que morirás.

El nombre del segundo Vestíbulo es el de CONOCIMIENTO. En él tu alma encontrará las flores de vida, pero debajo de cada flor una serpiente enroscada.

El nombre del tercer Vestíbulo es SABIDURÍA, más allá del cual se extienden las aguas sin orillas de AKSHARA, la Fuente inagotable de Omnisciencia.

C.W.L.— En el primer caso, el vestíbulo de la ignorancia es el plano físico, y el vestíbulo del conocimiento que se describe en una nota al margen, como el vestíbulo del “conocimiento probatorio” es lo que podría llamarse el plano astro-mental (el plano astral y el plano mental inferior conjuntamente). Cuando hace dieciséis años escribí *La Vida Interna*, me pareció probable que con el término vestíbulo del conocimiento, Madame Blavatsky aludía al plano astral, y que con el término vestíbulo de la sabiduría se refería al plano mental inferior; pero, habiendo meditado mucho sobre esta cuestión y habiéndolo discutido muchas veces desde entonces, hoy me inclino a pensar que podemos interpretar más exactamente su pensamiento diciendo que el vestíbulo del conocimiento incluye no sólo el plano astral, sino también el mental inferior, y que el vestíbulo de la sabiduría está formado por los planos de manas superior y buddhi.

Que Aryasanga no pensaba en el plano astral como el plano del conocimiento, y en el plano mental inferior como el vestíbulo de la sabiduría, queda demostrado un poco más adelante, cuando habla del último como aquel “en donde son desconocidas todas las sombras y donde la luz de la verdad brilla con gloria inmarcesible”. El plano mental inferior no se corresponde con esta descripción: mucho más glorioso y delicado que el plano astral, todavía sigue siendo un mundo material y en él moran personalidades humanas. Además, el Maestro dice también que lo increado mora en el vestíbulo de la sabiduría, y es el Ego, no la personalidad, el que es increado. Y en el plano mental inferior, lo mismo que en el astral, hay una serpiente enroscada debajo de cada flor, porque si la pasión y los necios deseos infestan el uno, el orgullo y los prejuicios tienen su morada en el otro. En el plano mental superior, aunque pueda haber allí muchas cosas que el Ego ignora, lo que conoce, lo conoce correcta-

mente, mientras que el plano mental inferior es la esfera de la personalidad y del error.

Hasta qué punto los planos inferiores son mundos ilusorios, se ve también en el modo en que nuestros sentidos y nuestros poderes actúan en ellos. Para citar un ejemplo: vemos porque nuestra visión está obstruida; si pudiéramos ver perfectamente a través de un muro, no podríamos ver el muro; lo mismo pasa con el movimiento: disfrutamos de cierta libertad para ir de un lado para otro porque la tierra resiste el libre movimiento de nuestros pies. En los planos superiores se vive en la luz.

La combinación de los planos astral y mental no es infrecuente en las escuelas orientales de entrenamiento oculto. Los vedantinos hablan de un cuerpo (al que llaman manomayakosha, el cuerpo hecho de mente),¹ mientras que nuestra literatura teosófica distingue por lo general a los dos (el astral y el mental) y a ese cuerpo, cuando está despierto y actuando, le atribuyen las experiencias propias de los dos planos. En las Escuelas de Raja-Yoga, el aspirante al sendero del yoga siempre se preparaba para trabajar desde el plano mental, bajando hacia el astral. Este proceso, que es muy prudente, también se sigue en la enseñanza de Patanjali, quien establece que los dos primeros pasos tienen que ser de carácter moral y se requiere un claro progreso en ellos antes de empezar las prácticas que conducen al despertar de los siddhis o poderes yóguicos. En el libro *El Raja-Yoga, el Entrenamiento Oculto de los Hindúes*, del profesor Wood, a estos primeros pasos se les llama "Los Diez Mandamientos" y los ha transcrito como las cinco prohibiciones: No causarás

1 Véase la D.S. vol. I.

daño, no mentirás, no robarás, no serás lascivo, no serás avaro”; y a las cinco prácticas: “Serás limpio, alegre, dueño de ti mismo, estudioso y devoto”. Estos métodos se ponían en práctica íntegramente mucho antes de los tiempos de Aryasanga; Pandit N. Bhashyacharya, y algunos sanscritistas más, sostienen que Patanjali, que tampoco fue el creador de esos sistemas, dio al mundo sus famosos Sutras, en el siglo IX antes de Cristo.

En *Los Maestros y el Sendero* ya he explicado que en las antiguas Iniciaciones se dedicaba con frecuencia mucho tiempo para instruir al candidato en el trabajo astral, porque el despertar del discípulo para actuar a ese nivel se dejaba para un período relativamente posterior al que se acostumbra entre los teósofos modernos, quienes a menudo ya han hecho mucho trabajo astral y han conocido así los detalles de ese mundo, mucho antes de la iniciación.

Si consideramos los tres vestíbulos subjetivamente como etapas de progreso en el desarrollo humano, tendremos la siguiente división ya conocida: (1) El hombre que vive en la ignorancia en el mundo, atraído y repelido por las cosas que le rodean, impelido a la acción por sus propias pasiones y deseos incontrolados; ese es el estado de ignorancia. (2) El hombre que va comprendiendo que la naturaleza tiene leyes claras, y que se está dando cuenta de que si actúa de acuerdo con ellas puede obtener mucho más poder del que tenía en los días de su ignorancia; éste es el vestíbulo del conocimiento. (3) El hombre que ha comprobado que existen leyes espirituales y está aprendiendo a obedecerlas: ya conoce la reencarnación y el karma y las leyes morales y éticas que rigen el progreso de su propia alma y de las almas de los demás; se ha dado cuenta de que las cosas externas sólo existen para los propósitos del alma en evolución, y vive de acuerdo con esos conocimientos; este hombre está en el vestíbulo de la sabiduría.

Madame Blavatsky describe estos cuatro estados de conciencia tal como sigue:

Los tres estados de conciencia que son: Jagrat, la Vigilia; Swapna, el Sueño; y Sushupti, el sueño profundo; estas tres condiciones del Yogui conducen a la cuarta, Turiya, el estado que excede al sueño sin sueños, el superior a todos, un estado de conciencia espiritual superior.

Estos estados de conciencia no son permanentes, sino que pueden ponerse en correlación con los grupos de planos o vestíbulos objetivos antes mencionados, en el caso del candidato que está siendo preparado para la iniciación Arhat. En este caso, el estado de vigilia puede ser el físico; el estado de sueño, el astro-mental; el estado de sueño profundo, el mental superior y el búddhico y el turiya, el estado átmico.

Los términos de vigilia, sueño y sueño profundo, curiosamente, parecen haber sido escogidos desde un punto de vista del plano físico para designar los grados de elevación de conciencia que alcanza el candidato en diferentes ocasiones. Cuando el hombre, en el plano físico, se encamina a sus quehaceres, con todas sus facultades despiertas en ese plano, va en el primer estado. Para comprender lo que es el segundo estado, hemos de recordar que hay dos clases de sueños: las imágenes, a veces disparatadas, que crea el cerebro (físico y etéreo), y las verdaderas experiencias del hombre que ha abandonado su cuerpo físico y que actúa y aprende en las regiones astro-mentales; a estas últimas es a las que se aplica el término sueño. Después de que el candidato ha estado dormido, o ha estado casi dormido en un sueño diurno, puede recordar algunas de esas experiencias y atribuir las a "la conciencia del estado de sueño". Sin embargo, imaginemos que el aspirante, fuera de su cuerpo, pase en algún momento a lo que puede llamarse un segundo sueño, y se eleve al próximo grupo de planos, hasta llegar a ser consciente,

durante algún tiempo, en ese elevado nivel: es posible que al despertar físicamente no recuerde nada de lo que le ha pasado estando fuera de su cuerpo, por no estar acondicionado su cerebro para registrar las experiencias procedentes de planos superiores a su “estado de ensueño”; así, le parecerá haber dormido profundamente sin haber soñado y, normalmente, sólo experimentará una gran satisfacción y bienestar. El estado de “sueño profundo”, por lo tanto, es la conciencia en esa región todavía más superior.

Ahora bien; el cuarto estado suele llamarse *trance*, por la siguiente razón: a menudo se ha explicado que cuando un aspirante se encuentra fuera de su cuerpo, puede ascender a un estado más elevado que cuando está en él. También es posible para el discípulo, al practicar una meditación profunda, elevarse en trance al estado superior y, posteriormente, hacer descender esa experiencia a su memoria vigílica. Y así es como el Arhat puede llegar al nivel búddhico mientras está en su cuerpo físico, y al plano átomico o nirvánico mientras está fuera de él, por hallarse en meditación profunda o en trance. El término *akshara*, que aquí se aplica a la cuarta región, significa simplemente aquello que no se disuelve, a lo inalterable.

El mismo grupo de términos se puede utilizar como una serie pertinente para los estudiantes de ocultismo menos avanzados. Uno puede tener su conciencia vigílica en el plano físico, su conciencia de sueño en el plano astral, su conciencia de sueño profundo en el plano mental; otra persona, capaz de ejercer sus facultades astrales mientras está en su conciencia vigílica, tendrá su conciencia de sueño en el plano mental inferior, y su conciencia de sueño profundo en el plano mental superior, y así sucesivamente. Turiya es un estado superior al que, en todo caso, se llega mediante un esfuerzo especial de la voluntad y por la meditación, y es un medio de elevar claramente los tres estados a un nivel superior al precedente.

Mientras esta transición sigue su progreso, antes de establecer un nuevo nivel, siempre habrá este cuarto estado.

Esto se observa en la meditación: el candidato tomará asiento fijando su conciencia vigílica en un objeto cualquiera, por ejemplo un gato; desde ahí se elevará al 'estado de sueño', tratando de percibir el aspecto astral del animal; desde ahí ascenderá hasta el estado de 'sueño profundo' y dedicará su atención al ser mental del gato. El cuarto estado sería samadhi, un intento del Ego para comprender el significado y la realidad del gato objeto de la meditación, de trascender las tres formas del animal, hasta llegar a su significado subjetivo. En el primer caso, fijar la mente en el gato es concentración; el proceso de elevar la conciencia, es meditación; la concentración final en una esfera superior de visión, es contemplación o samadhi. El último esfuerzo puede ser algo así como el rompimiento de una nube o de una capa de niebla, fuera de la cual se irá formando gradualmente la nueva visión, o de la cual podrá surgir como un destello luminoso. En ambos casos, el que medita tiene que mantenerse muy quieto, con objeto de retener las impresiones el máximo de tiempo posible; un solo pensamiento sobre uno mismo, sobre la antigua relatividad personal, puede disiparlo todo, de manera que no quede ni el menor rastro de memoria de lo sucedido.

Se dice que los tres vestíbulos conducen al término del sufrimiento, no al término de los trabajos, fíjense bien. En estos mundos inferiores tenemos un concepto del trabajo realmente muy distinto al de los niveles superiores. Para nosotros, aquí abajo, la palabra trabajo casi siempre es sinónimo de fatiga, de tarea penosa; pero desde el punto de vista superior, el trabajo es realmente un juego, un recreo. El trabajo penoso es simplemente acción; no lo crea el hombre que lo ejecuta; pero la más pequeña cantidad de trabajo hecha como tiene que hacerla el ocultista, es decir, con cordialidad, hecha para Dios y no para los hombres, llevada a cabo como

nunca, es buena para la evolución del que la hace. Por ejemplo, si al escribir una carta uno pone todo su esfuerzo para que salga pulcra, bonita, si es posible, para que exprese nuestras ideas breve, clara y graciosamente, uno habrá logrado el desarrollo de la mano, de la vista y del cerebro; el poder de pensamiento, el poder del amor y el poder de la voluntad. El verdadero trabajo, como el de un artista, está lleno de influencias creadoras y de gozo. No obstante, todavía hallamos fatigosas algunas de esas cosas, a causa de los obstáculos de los planos inferiores; sin embargo, incluso aquí mismo, no existe una línea divisoria clara entre la fatiga y el juego. Por ejemplo, cuando damos un largo paseo a caballo, la primera parte del mismo será una delicia para el hombre y para el animal; pero, insensiblemente, la fatiga se irá apoderando de nosotros, hasta que, de golpe, nos daremos cuenta de que el paseo, que empezó como una diversión, se ha convertido ahora en un esfuerzo, mejor dicho, en una fatiga. En otros casos puede haber una tarea que no dure demasiado, pero que está por encima de nuestras fuerzas; entonces hay una sensación de cansancio. Pero, en realidad, todo trabajo es un juego cuando se hace con buena voluntad y sin fatigarse o esforzarse demasiado.

Respecto a esto tenemos mucho que aprender de los animales e incluso de las plantas. "Crece como crece la flor", dice *Luz en el Sendero*, "abriendo tu corazón al sol". Y Cristo dijo: "Mira los lirios del campo cómo crecen, no se afanan ni se inquietan y sin embargo yo te digo que ni Salomón con toda su gloria lucía tanta hermosura como uno de ellos."² Es el miedo mortal al mañana lo que convierte en fatiga el trabajo del hombre, aquello que lo hace sudar de amargura. Pero la

2 Mateo, VI-28 y 29.

Ley dice: "Obra sabia y rectamente hoy y deja que el resultado llegue por sí mismo". Esta no es una doctrina de holgazanería, sino de trabajo, que es juego en lugar de fatiga. Un ejemplo de esto lo tenemos en la manera cómo distintas personas realizan un largo viaje. Una persona toma el tren en Chicago y siente una febril impaciencia durante los tres o cuatro días que dura el viaje hasta San Francisco, su punto de destino; tiene fija su mente en algo que desea hacer allí y, mientras tanto, su viaje es fatigoso y penoso. Otro, encuentra miles de cosas interesantes durante el trayecto; el paisaje, la gente, el mismo tren; para él el viaje es un día de fiesta feliz y, en definitiva, ha conseguido mucho más que el primero. El aldeano hindú vive en estrecho contacto con la naturaleza y, en verdad, crece como crece la flor. Un hombre sale de su aldea para recoger su correspondencia, o para depositar una carta en la oficina de correos, a veinticinco o treinta kilómetros de distancia. Durante el camino no se enfada tontamente excitando sus nervios con incómodos movimientos derivados de un estado de ánimo impaciente. La visión de su correspondencia no es una manía que anule todos los demás intereses y le haga maldecir el largo recorrido, no; disfruta con los pájaros, los insectos, las flores, los ríos, las nubes en el cielo, los campos, las casas, la gente y los animales y, finalmente, con la bendita tierra, recostarse en la cual, durante algún tiempo, para él es reposar en los brazos de Dios. ¡Cuán poco sabe el hombre blanco del goce de la vida, y cómo se atormenta!

Los hindúes, desde tiempo inmemorial, han afirmado que Dios juega. El Lila, o juego de Shri Krishna, como se le llama, es la gran obra de la evolución, la cual nos parece tan fatigosa que nos horroriza pensar en la inmensidad del trabajo que tenemos por delante y nos hace desear el descanso. Pensad en los 311.040.000 millones de años que forman un maha-

kalpa. ¡Qué ilusión! Cuando lleguemos al término de la fatiga, la vida se habrá convertido en un juego, será todo felicidad.

El fin de las fatigas, aunque no del trabajo, llega con la entrada del candidato en el cuarto sendero, dentro del plano nirvánico. Ha dado fin a la fatigosa actividad de librarse de las cinco primeras ataduras: auto-personalidad, duda, superstición, simpatías y antipatías; todo lo cual marcaba su esclavitud a las cosas materiales, con lo que su vida fue una larga lucha en su camino cuesta arriba. Pero ahora, las cinco ataduras que quedan, de las que todavía tiene que librarse, son ataduras internas; tiene que dominarlas, cierto, pero con las armas de la serenidad, la quietud, la calma, el ejercicio de la voluntad, que es la cosa más quieta que existe. Estas ataduras son: el deseo de vida en forma y de vida sin forma, el orgullo, la agitación y la ignorancia.. Se sacaría muy poco provecho de hacer un minucioso examen de las mismas aquí; es suficiente, pues, señalar su carácter interno y decir que para anularlas, el hombre tiene que aquietarse a él y a sus vehículos, por encima de la línea que divide la personalidad del Ego.

En el estado preliminar anterior al término de las fatigas, el estudiante hará muy bien en organizar su vida con sabiduría, de manera que ese trabajo suyo al servicio del Maestro, y hasta donde sea posible, sea un juego para él; tendrá que ser una pura delicia, una total felicidad sin trabas, condiciones que determinarán el más rápido de los progresos. El trabajo fatigoso no es ni meritorio, ni particularmente fructífero, aunque a veces pueda ser necesario. Con cuánta frecuencia un estudiante practica su meditación sintiendo ésta como un fastidio, pero considerándola un deber que hay que cumplir, aunque sea con fatiga y penosamente; haced que la meditación sea feliz y alegre, como un juego, o por lo menos, mirad hacia adelante mientras podáis hacerlo así. Hay quienes se entrega voluptuosamente en brazos del presente, di-

ciendo: “Disfrutemos ahora, que ya llegará el después”. Otros se mantienen separados con una orgullosa decisión y dicen: “Nos negamos a responder a todo lo que pueda molestarnos”; pero el estudiante tiene que desnudar sus espaldas ante los azotes del tiempo, alegrándose en el lejano futuro, en el juego en que cada movimiento podrá ser un delicioso poema.

Con relación a los siete mundos, Madame Blavatsky dice:

Algunos místicos orientales fijan siete planos de existencia, los siete Lokas, o Mundos Espirituales, dentro del cuerpo del Kala-Hamsa, el Cisne fuera del Tiempo y del Espacio, convertible en el Cisne en el Tiempo, cuando se convierte en Brahmâ en lugar de Brahman (neutro).

Todas las manifestaciones séptuples de la naturaleza, tales como los siete principios del hombre o los siete planos en el mundo, proceden de la séptuple división que se origina en Parabrahman. Tres de los siete principios están manifestados en la conciencia universal y tres más en mulaprakriti; uno permanece en su fuente, e incluye a todos los demás, porque la presencia de muchos no daña la unidad de aquello que es realmente Uno. Así, en su nivel inferior, el hombre que trasciende su grupo medio de principios (atma-buddhi-manas) y se eleva hasta el primero (la Mónada), si bien escapa de los mundos o planos, los encuentra todos presentes en ese nuevo estado de verdadero nirvana, que está más allá del estado de conciencia, tanto como éste se encuentra más allá del mero estado de materia. Hablamos así de esto en tercera persona sólo como una concesión a la ignorancia, debiendo puntualizar que lo que se ha dicho, debe traducirse con las palabras ‘tú’ para la conciencia, y ‘yo’ para la vida de nirvana supra-consciente, si es que queremos entenderlo. Sin embargo, en estos “mundos” no entra el arhat, sino el verdadero adepto.

Hay otras varias formas en las que puede considerarse que el arhat entra en los siete mundos de eterno reposo: en cierto sentido, estos mundos son los sub-planos del plano átomico, a través de los cuales el arhat empieza a ascender; la característica del hombre que mora en ellos es una serenidad inalterable, porque allí todo se ve como el Yo-Uno, y donde esto se realiza no puede existir ni temor ni ansiedad. Como dice el *Gitâ*, "Para el sabio entronizado en yoga, la serenidad se llama el medio".³ No es que en esas regiones —que son una gran oleada de vida siempre en movimiento— no exista la actividad, sino que allí no hay obstáculos para la voluntad del Uno. En el plano búddhico, en cierto sentido, existe dualidad, porque ahí uno ve a los demás, aunque se observa que el mismo YO mora en ellos como en nosotros. Pero buddhi tiene que trascenderse, puesto que el amor implica dualidad.

La serenidad que, cada vez más, va adquiriendo el arhat, proporciona un nuevo aspecto a los planos corrientes de nuestra existencia; en ellos goza de una libertad que otros no conocen; ha descubierto que el trabajo es juego; al haber alcanzado el valle de la felicidad, descubre que la vida, no solamente allí, sino en todos los planos, es pura delicia; no sólo ve y ama la vida que progresa bajo las formas percederas, sino que también siente y se regocija con la divina voluntad inmanente en las formas mudables; el eterno reposo que goza no es holganza, sino completa paz interna del que sabe que todo está bien; que la divina voluntad está presente en aquello que para otros puede parecer obstáculo al progreso, así como en el mismo progreso manifiesto. Cierta vez, un filósofo tuvo un vislumbre de esta idea cuando dijo: "Perma-

3 op. Cit. VI-3.

nece sereno, porque si fracasas por una falta que no es tuya, tu fracaso es un éxito superior al que imaginas, pues se está cumpliendo la voluntad divina". El arhat conoce algo de la paz que trasciende el conocimiento porque está empezando a vivir en lo eterno. Madame Blavatsky dice: "Esta es la región de la plena conciencia espiritual, más allá de la cual no hay peligro para el que la ha alcanzado".

Si quieres cruzar seguro el primer Vestíbulo, no dejes que tu mente confunda el brillo de las pasiones que allí arden con la luz del sol de la vida.

Si pretendes cruzar sano y salvo el segundo, no te detengas a aspirar el aletargador perfume de sus flores. Si quieres librarte de las cadenas kármicas, no busques a tu Gurú en aquellas mayávicas regiones.

Los SABIOS no se detienen jamás en los jardines de recreo de los sentidos.

Los SABIOS desoyen las halagadoras voces de la ilusión.

Busca en el Vestíbulo de la Sabiduría, a aquel que ha de darte nacimiento. El Vestíbulo que está situado más allá, en donde son desconocidas todas las sombras y donde la luz de la verdad brilla con gloria inmarcesible.

El gurú del que se habla aquí es el Maestro, el Instructor, tal como lo expresa Madame Bkavatsky en la nota siguiente:

El iniciado quien, por medio del Conocimiento que le comunica, conduce al discípulo a su segundo nacimiento o nacimiento espiritual, es llamado el Padre, Gurú o Maestro.

En *Los Maestros y el Sendero* se hace una exposición de la vida y el trabajo de los gurús o maestros; un vislumbre de lo maravilloso de sus elevadísimos poderes se ve en el relato que se hace allí de una meditación del maestro Kuthumí. Sentado en su jardín o en su habitación, parece estar meditando; pero en realidad está prestando su atención a algunos millones de personas, tratando con cada una de ellas, tan individualmente como podría hacerlo cualquier hombre corriente, cuando dedica toda su atención a una sola persona.

Cada Ego recibe ayuda de uno de los maestros, por lo cual, el hombre, que puede vivificar el eslabón que hay entre su yo inferior y su Yo superior, puede recibir esa ayuda durante su vida personal. Los gurús que pueden encontrarse en el plano físico, por lo general, son iniciados, discípulos adelantados de los verdaderos adeptos, como ya se ha dicho.

Aquello que es increado reside en ti, Discípulo, como reside en aquel Vestíbulo. Si quieres llegar a él y fundir los dos en uno, debes despojarte de las oscuras vestiduras de la ilusión. Acalla la voz de la carne, no consentas que ninguna imagen de los sentidos se interponga entre su luz y la tuya, para que así las dos puedan confundirse en una. Y tan pronto te hayas impuesto a tu propio Ajnyana huye del Vestíbulo de la Instrucción. Este vestíbulo, es peligroso en su pérfida belleza, pero es necesario para tu probación. Ten cuidado, Lanú, no sea que, deslumbrada por el resplandor ilusorio, tu alma quede rezagada y quede cautiva de su engañosa luz.

Esta luz irradia de la joya de la Gran Seductora, (Mâra), hechiza los sentidos, ciega la mente y abandona al incauto como náufrago a la deriva.

Aquello que es increado, se refiere a la triada superior, atma-buddhi-manas, en contraposición con la personalidad y sus cuerpos. La afirmación de que el vestíbulo del conocimiento sólo es necesario como prueba, se aplica igualmente al vestíbulo de la ignorancia; el grupo de planos materiales, físico, astral y mental inferior, no es sino el edificio y el quipo de una escuela dedicada al hombre, en la cual se le enseña por medio de juguetes; no hay ninguna experiencia que modifique el alma y le imparta algo de sabiduría; pero aquel que ha quedado advertido del propósito educativo de todo ello y ansía aprender más y extraer de la experiencia de la vida inmanente lecciones de valor eterno, no hallará ninguna atractivo en los juguetes; será como la abeja que liba la miel de la flor y se aleja sin marearse por su color y por su aroma.

Mara es una personificación de lo atractivo de las cosas externas. Madame Blavatsky la describe como sigue:

Mâra, en las religiones exotéricas, es un demonio, un Asura, pero en la Filosofía Esotérica es la tentación personificada por los vicios de los hombres y, traducida literalmente, la palabra significa 'lo que mata' al alma. Es representada como un Rey (de los Mâras), con una corona, en la que brilla una joya con tanto resplandor que ciega a aquellos que la miran, significando, naturalmente, este resplandor la fascinación ejercida por el vicio sobre algunas naturalezas.

En *La Luz de Asia*⁴, sir Edwin Arnold nos da una vívida descripción de este príncipe de la oscuridad, cuando llega conduciendo los diez pecados capitales, sus ángeles del mal,

contra el Señor Buddha, que se halla sentado debajo del árbol Bodhi, próximo ya a su iluminación.

La mariposa nocturna, atraída por la deslumbrante llama de tu lamparilla de noche, está condenada a perecer en el viscoso aceite. El Alma imprudente que fracasa para soltarse del demonio burlón de la ilusión, volverá a la tierra como esclava de Mâra.

Contempla las Legiones de Almas. Mira como se ciernen sobre el tormentoso mar de la vida humana y cómo exhaustas, sangrando, rotas las alas, caen una tras otra en las encrespadas olas. Sacudidas por los huracanes, acosadas por el furioso vendaval, precipitanse en los remolinos, y desaparecen dentro del primer gran vórtice.

El tema de las “almas perdidas” es muy complejo. Algunas son como los muchachos de una clase escolar, que, al terminar el año, no están preparados para pasar al siguiente curso junto a sus compañeros, bien porque son demasiado jóvenes, bien porque han trabajado poco; además, también hay casos en los que la personalidad se ha enredado tanto en la materia durante la vida corporal, que no tiene nada para dar al Ego y que, por lo tanto, puede ser separada; también existen los terribles frutos de la magia negra. Este tema es demasiado extenso para tratarlo ahora: ya no le hecho bastante ampliamente en el artículo “Almas Perdidas” de mi libro *La Vida Interna*.

Algunas de las expresiones de estos pasajes tienen toda la fuerza de la imaginación oriental; no hay que tomar demasiado al pie de la letra las palabras náufragos a la deriva y alas rotas; el que sufre una caída en el sendero a consecuencia de los deseos materiales, es verdad que naufraga en sus objetivos espirituales, pero incluso en ese caso, algo habrá aprendido que más tarde será de utilidad para el alma. De cualquier modo, lo mejor para el hombre es utilizar el pensamiento sensato para aprender, y es sólo cuando se prescinde de éste que la amarga experiencia tiene que substituirlo.

No es indispensable en absoluto, que todo ser humano tenga que pasar por todas las experiencias; cuanto más progresa y cuanto más sabio se vuelve un hombre, más verá en todas las cosas, y aprenderá mucho de las trivialidades que otros podrán pasar por alto como carentes de importancia.

Se dice que el necio no puede aprender ni siquiera del sabio; pero que el hombre sabio siempre puede aprender, incluso del tonto; para saber que el fuego quema no es necesario tocarlo con la mano; un necio podrá hacerlo así, pero el hombre prudente tiene otros medios para llegar a ese conocimiento; por lo tanto, es una gran bendición que los que no quieren pensar y aprender voluntariamente, tengan que pasar por la dura escuela de la experiencia, sin lo cual no aprenderían absolutamente nada, y no harían ningún progreso.

La ley de karma que aporta al hombre las experiencias que ha hecho pasar a los demás, es, pues, una benefactora y, en definitiva, una liberadora, no un instrumento de venganza o castigo. Por ejemplo, imaginemos, que un malhechor asalta a una persona, la tira al suelo, la golpea, tal vez la mata tal, y le roba su dinero; la ley hará que, más pronto o más tarde, el agresor pase por una amarga experiencia semejante. El la-

drón pudo cometer el asalto porque era un hombre rudo, carente de sensibilidad y sin imaginación; de no haber sido así, hubiera tenido en cuenta los sentimientos de su víctima, o los de su viuda y sus familiares, y ese pensamiento le hubiera bastado para frenar la acción; y por ser un hombre rudo, tosco y desprovisto de imaginación, es por lo que el malhechor necesita sufrir la violenta experiencia que ha infringido a otros; sólo esto le conmoverá; más tarde, cuando haya pasado por el sufrimiento que le aportó la ley kármica de retribución, lo recordará cuando esté a punto de herir a otros; dirá para sí: “esto no es muy agradable para este pobre hombre”. Comenzará entonces a reformarse gracias a la acción de la ley, que siempre es educativa y jamás punitiva.

CAPÍTULO XXXVII

“LA MADRE DEL MUNDO”

Si desde el vestíbulo de la sabiduría pretendes pasar al Valle de Bienaventuranza, oh, discípulo, cierra por completo tus sentidos ante la grande y terrible herejía de la Separatividad que te aparta de los demás

C.W.L.— Herbert Spencer se aproximó mucho a la revelación de la verdad espiritual sobre la evolución, al definirla como el cambio progresivo de un estado de homogeneidad incoherente a otro de coherente heterogeneidad en estructura y en función. Para él, la evolución significa que las cosas que al principio son parecidas y separadas, más tarde se vuelven diferentes, pero unidas. Esta especialización se observa en el cuerpo humano, que tiene diferentes órganos que trabajan para el conjunto; así, el aparato digestivo digiere los alimentos para todo el cuerpo, y las manos cogen, los pies caminan y los ojos miran, no en beneficio de las manos, los pies y los ojos, sino de todo el cuerpo. De manera parecida, la sociedad va prosperando en su organización a medida que va pasando el tiempo; los seres humanos se van diferenciando cada vez más unos de otros, del mismo modo que las profesiones, en la vida, van avanzando en conocimiento y en habilidad; el médico nos cura a todos; el maestro nos enseña a todos; el constructor de puentes los construye para todos en general; un hombre trabaja en beneficio de muchos, y el trabajo de muchos, a su vez, retorna para beneficiar a ese hombre.

Cuando los hombres desarrollan el sentido de solidaridad y de afecto hacia sus semejantes, dejan de ser una multitud de homogéneos incoherentes y se transforman en heterogéneos coherentes; un hombre con ese espíritu hará cuanto pueda en favor de su comunidad, de su nación o de la humanidad, dejando al cuidado de la ley de unidad el ser provisto de lo que necesita para los otros órganos del gran conjunto. Los elementos homogéneos incoherentes de la materia o de la sociedad, no pueden organizarse por sí solos; lo que hace que se unan y lo que hace posible para ellos un progreso rápido por medio de la ayuda mutua, es el principio interno: unidad es amor, la fuerza inmanente de la evolución, la *energía* de la vida; la gran sabiduría es buddhi. Hay una gran diferencia entre cooperación y fraternidad: la primera emana de una apreciación inteligente de las mutuas relaciones humanas y la segunda, de la realización del sentimiento de que la vida que anima a todos es una.

En la evolución de un individuo, por lo general, lo que primero se desarrolla es el espíritu de cooperación; las actividades de la vida hacen que los hombres se unan, y es entonces cuando, por contacto, se enciende la llama de buddhi. Dos hombres, por ejemplo, van progresando juntos y se ayudan mutuamente en su trabajo; entonces nace la verdadera amistad; pero si primero llega la fraternidad, como pasa en ocasiones, no culminará en una cooperación útil perfecta a menos que la inteligencia se despierte también y se aplique a las actividades de la vida; un ejemplo fácil es el amor entre David Copperfield y su esposa Dora, una mujer sin sentido práctico a la que el novelista se ve obligado a hacer desaparecer, para poner en su lugar a Agnes, una muchacha práctica, y poder dar así un final más feliz a la novela.

En la vida oculta, los candidatos que han desarrollado la inteligencia superior, lo cual les proporciona una sutil apreciación del principio de cooperación y de las leyes espiritua-

les, con frecuencia, todavía suelen sentirse torpes e incapaces de un progreso rápido manifiesto; esperan a que en ellos despierte el amor verdadero: buddhi; esta es la ardiente energía del hombre interno; incluso en este segundo estado del verdadero desarrollo espiritual, habrá con frecuencia mucha agitación y muchas inquietudes; la energía divina se derrama con irregularidad y no siempre de la manera más moderada, lo cual es causa de mucho dolor a quien así la recibe; hasta que se alcanza la tercera etapa espiritual, el estado de serenidad. Como sea que esta serenidad es la meta a donde conduce la voz del silencio al candidato, se dice de él que pasa *desde* el vestíbulo de la sabiduría al valle de bienaventuranza, pero incluso en el plano búddhico existe cierta dualidad o estado de separatividad. No podemos amarnos a nosotros mismos; el amor necesita un objeto, aunque no se trate de un objeto material, sino la vida divina manifestada en diferentes almas espirituales. Buddhi es el primer velo, el Avalokiteshvara del Yo Superior, no el Parabrahman. La “terrible herejía de la separatividad” tiene que irse abandonando por turno en cada plano, el físico, el astral, el mental e incluso el búddhico.

No permitas que tu “Nacido del Cielo,” inmerso en el océano de Mâya, se desprenda del Padre Universal (ALMA), antes bien, deja que el ígneo Poder se retire al recinto más interno, la cámara del Corazón y morada de la Madre del Mundo.

Entonces, desde el corazón ese Poder ascenderá a la región sexta, la región media, el lugar situado entre tus ojos, cuando se convierta en el aliento del ALMA UNA, la voz que todo lo llena, la voz de tu Maestro.

El “Nacido del Cielo” es chitta, la mente inferior. Nace del alma superior, cuando manas se vuelve dual en la encarnación. Los planos atma-buddhi-manas se representan como el cielo, mientras que de la personalidad se habla como de la tierra. Hemos observado ya la diferencia de carácter que divide en dos los cinco planos de la manifestación humana; los planos monádico y divino, además de estos cinco, tomados en conjunto, forman una tercera división; de modo que los siete mundos pueden también considerarse como formando tres grupos; la visión más inferior está en la región de sattwa o ley. Aquí nos encontramos que todo está regulado, aunque el hombre goce de cierta libertad, porque el “Nacido del Cielo” está en él y así mucha de la energía del hacedor de la ley actúa por su mediación, y debido a que el hombre deja que esa libertad y ese poder sigan su propio camino, su vida, por lo general, es más desordenada, menos regular que la de los reinos inferiores de la naturaleza externa.

El grupo medio de planos contiene los de energía espiritual, la vida inmanente, sin la cual todo lo demás estaría muerto e inmóvil; son los planos de lo divino, del esplendor, de Avalokita, o del Dios “visto,” la vida vista por la sabiduría, no la forma vista por el conocimiento.

El grupo más elevado de planos es el de la Mónada, el Ser que es felicidad y libertad, donde residen las realidades más allá de todas las realidades humanas y el éxtasis que trasciende la conciencia, o sea el extracto de la quintaesencia de la belleza, la bondad, la verdad, la armonía, la comprensión, la unión y la libertad.

Lo que aquí se llama ‘el poder ígneo’ es la fuerza llamada kundalini en sánscrito; ésta puede describirse como un fuego latente enroscado a manera de serpiente dormida en la base de la columna vertebral en todos los hombres, con excepción de unos cuantos en los que está despierta y trabajando

activamente en el cuerpo etérico. No debería resultar difícil comprender la existencia de ese fuego, puesto que es bien sabido que el aliento de nuestros pulmones mantiene constantemente un fuego lento y que la digestión también es una especie de fuego. Kundalini se parece más a un fuego eléctrico—una fuerza que desarrolla calor cuando encuentra resistencia— que al fuego que produce el combustible; pero no es de la misma clase de fuerza que la electricidad.

Este tema ya lo he tratado en los artículos “El Fuego Serpentino” y “Los Centros de Fuerza,” en el libro *La Vida Interna*, así como en el que se refiere a la Vitalidad, capítulo IV, del libro *El Lado Oculto de las Cosas*; y espero publicar en breve un estudio algo más amplio e ilustrado con láminas de color.¹ Sobre este mismo tema también existe una extensa literatura en sánscrito, aunque algo confusa, que incluye el *Shatchakranirupana*, la *Ananda Lahari* y muchas otras obras; hay una excelente traducción de la primera de éstas, con comentarios de Arturo Avalón, con el título de *El Poder Serpentino*, publicada por Ganesh & Co., Madrás.

Lo que viene a continuación es un breve resumen de este tema. Kundalini es el extremo inferior de una corriente de cierto tipo de fuerza del Logos que normalmente yace dormida en el chakra o centro de fuerza que se encuentra en la base de la espina dorsal. Si esta fuerza se despierta prematuramente, es decir, antes de que el hombre haya purificado su carácter de toda mácula de impureza sensual y egoísta, puede lanzarse hacia abajo y vivificar algunos centros inferiores del cuerpo (que sólo se usan en ciertas formas reprobables de magia negra) y pueden llevar irresistiblemente al hombre

1 Posteriormente se publicó en Adyar, por parte de la T.P.H., un libro sobre los chakras, de C.W.L.

hacia una vida de horror indescriptible; en el mejor de los casos, esta fuerza intensificará todo lo que el hombre tiene en sí, incluyendo cualidades tales como la ambición y el orgullo. Kundalini solo debe despertar bajo la dirección de un Maestro, quien instruirá al estudiante en el uso de la voluntad para despertarlo, en la manera cómo debe manejarse cuando se haya despertado, y en el curso en espiral, a lo largo del cual debe ser conducido a través de los centros de fuerza, desde el que está cerca de la base de la columna hasta los que se encuentran en la superficie del doble etérico, en el bazo,² el ombligo, el corazón, la garganta, el entrecejo, y en la parte superior de la cabeza. Este curso difiere mucho según las personas, y es una cosa física perfectamente definida, porque esta fuerza, literalmente hablando, tiene que labrar un sendero para sí, a través de las impurezas del doble etérico.

En el cuerpo astral también existen chakras que ya han sido despertados por kundalini, y que ya están actuando en ese plano en todas las personas cultas. El proceso de desarrollo de esos centros ha hecho al cuerpo astral sensitivo en ese plano, despertando su sensación, su poder de viajar de acá para allá, su capacidad de dar una respuesta adecuada a otras entidades que actúan en ese plano, su visión, su audición y demás facultades astrales en general. Pero, la memoria de esas experiencias, o la utilización de las facultades astrales mientras el hombre está en su cuerpo físico, sólo se hacen posibles de una manera clara y bien controlada cuando, en

2 Las obras hindúes, generalmente, mencionan en segundo lugar el chakra de la raíz de los órganos genitales. Reconocemos la existencia de ese centro, pero, como los antiguos egipcios, creemos que es extraordinariamente peligroso excitar su actividad.

el doble etérico, kundalini ha sido llevado a través de los centros que corresponden

La mención especial en nuestro texto del entrecejo .se refiere a la glándula pineal y al cuerpo pituitario; las fuerzas que proceden del sexto y del séptimo centros astrales (que se encuentran en el entrecejo y en la parte superior de la cabeza,).por lo general, convergen en el cuerpo pituitario, cuando se despierta el centro etérico, y entonces lo vivifican y actúan a través de él. Pero existe un determinado tipo de personas (a las que se dirige nuestro texto) en quienes el séptimo chakra astral vivifica la glándula pineal en lugar del cuerpo pituitario y, en ese caso, forma una línea directa de comunicación con el plano mental inferior sin que, al parecer, pase a través del plano astral de la manera corriente. A través de ese canal les llegan las comunicaciones desde lo interno, mientras que a las personas de otros tipos les llegan a través del cuerpo pituitario.

Cuando kundalini despierta de un modo espontáneo —cosa que pasa con muy poca frecuencia— o cuando despierta de forma accidental, normalmente trata de ascender por el interior de la columna, en lugar de seguir el curso en espiral en el que el ocultista se entrena para guiarlo. En este caso, se lanza probablemente a través de la cabeza y el hombre sufre como máximo, una inconsciencia temporal.

Los libros hindúes bosquejan, más bien que explican, lo que sucede. No hacen mención de los chakras que se encuentran en la superficie del doble etérico, pero sí que hablan de sus raíces, que están en la columna vertebral; en ella, ascendiendo desde la base hasta el extremo superior, se encuentra lo que se denomina Merudanda, la vara de Meru, el eje central de la creación. En esta vara está el canal que se llama sushumna, y dentro de éste, a su vez, está otro canal llamado chitrini, el cual es “tan fino como un hilo de araña.”Sobre ése

están ensartados los chakras, a semejanza de los nudos de una caña de bambú. El más inferior de los chakras, que se llama muladhara, reposa en la base de la columna vertebral, y en este chakra duerme kundalini, cerrando la boca de la Merudanda.

La meta del aspirante es elevar kundalini a través de todos los chakras, hasta que alcance el que está en el entrecejo. Entonces, el candidato encontrará, por así decirlo, que él se queda atrás mientras kundalini se lanza sobre sahsrara, el gran loto de 'mil pétalos' que está en la parte superior de la cabeza. Si él va con kundalini, esto le conducirá fuera del cuerpo, terminando por lo pronto con su práctica de meditación en el cuerpo; kundalini se va elevando poco a poco por chitrini, a medida que el candidato va activando su voluntad en la meditación; en una práctica no puede conseguir gran cosa, pero en la siguiente conseguirá algo más, y así sucesivamente. Cuando kundalini llega a uno de los chakras o lotos, lo perfora, y la flor, que hasta entonces estaba mirando hacia abajo, se vuelve hacia arriba. El candidato, de alguna manera, medita sobre kundalini y sobre sus asociados, situados en aquel loto; para cada loto se recomienda una elaborada dhyana o meditación, llena de rica simbología. Cuando la meditación ha terminado, el candidato hace regresar a kundalini por el mismo camino hasta muladhara, aunque en algunas escuelas se hace volver únicamente hasta el chakra del corazón y allí entrar en lo que se denomina su cámara.

Kundalini puede despertarse por varios métodos, pero esto sólo debe hacerse bajo la dirección de un gurú o instructor competente, haciéndose responsable el Maestro ante la Fraternidad, del entrenamiento del candidato; no es probable que él dirija este despertar, sino que el candidato, por su propio esfuerzo, tiene que destruir las tres primeras ataduras del sendero, de manera que deje de estar en peligro de ser atraído por las cosas sensuales o materiales. Entonces, su

“nacido del cielo”, íntimamente unido o en armonía con el manas superior, puede seguir siendo dueño de la triple morada de la personalidad, y cuando la energía de kundalini quede libre en el cuerpo, es probable que circule por canales puros, en servicio hacia el Yo Superior. Por esto, en el presente kali-yuga o edad oscura, el despertar de kundalini, normalmente, tendrá lugar cerca ya de la Tercera Iniciación, o más tarde todavía. Incluso entonces, se procura llegar a este despertar gradualmente, para que en los primeros pasos no pueda proporcionar más que una sensibilidad general a los planos superiores.

A Kundalini se le considera como una diosa: es lo que se llama la shabdabrahman en el cuerpo; shabda significa sonido; el sonido es la fuerza creadora, como ya se ha explicado; la palabra se considera la forma más externa del sonido; es la expresión del pensamiento que, en su verdadera forma activa, es kriyashakti. Algunas letras del alfabeto, que son la base de la palabra humana, se dice que residen en cada uno de los chakras, y el poder de esas letras (su parte de la palabra creadora) se despierta cuando kundalini entra en ellas después de su unión con Shiva en el centro más superior, haciendo que brillen con el resplandor de su luz. La palabra creadora de Brahma, el tercer Logos, tiene cuatro formas o etapas; por ello Brahma recibe el nombre de “El de cuatro caras.” Cuando kundalini lo representa en el cuerpo, exhibe además esas cuatro formas, a medida que va ascendiendo a través de los chakras.

Kundalini recibe el nombre de madre del mundo, porque la acción externa de los poderes de la conciencia se ha considerado siempre como femenina; así, voluntad, sabiduría y actividad, son femeninas, siendo shaktis o poderes, aspectos de la divinidad que se han manifestado en el exterior. Kundalini es el representante de todas ellas, tal como se expresaron en la creación del mundo, en la actividad de

Brahma, el tercer Logos. También se ha dicho que ella es la madre del mundo porque, para el ocultista, es por medio de ella como los diferentes planos han llegado a la existencia consciente.

La siguiente nota marginal de Madame Blavatsky también arroja alguna luz sobre las anteriores explicaciones:

La cámara interna del Corazón, es llamada en sánscrito Brahma-pura..

El "Poder" y la "Madre del Mundo" son nombres dados al Kundalini —uno de los místicos "Poderes del Yogui". Buddhi es considerado como un principio activo en lugar de pasivo (como lo es generalmente cuando se le considera sólo como el vehículo o estuche del Espíritu Supremo, ATMA). Es una fuerza electro-espiritual, una potencia creativa que, una vez puesta en marcha, puede matar tan fácilmente como puede crear.

No es cierto en absoluto lo que Madame Blavatsky indicó al afirmar que kundalini es buddhi activo; pero pueden exponerse algunas especulaciones sobre este particular:

En los hombres corrientes, buddhi no está absolutamente activo en la vida externa, pero cuando las tres primeras ligaduras quedan rotas, la personalidad se ha purificado de tal modo que el cuerpo astral ya no será activo sólo por cuenta propia, sino que mantendrá una fiel correspondencia con buddhi, ahora en activo. En este momento, o muy aproximadamente, es cuando kundalini despierta, tal como hemos visto, y cuando las facultades del cuerpo astral quedan así abiertas al candidato mientras se encuentra en su cuerpo físico; su cuerpo astral, que se refleja en buddhi, es el que ahora se convierte en una verdadera hoguera de amor en la vida del hombre. En su libro *Iniciación, el Perfeccionamiento del Hombre*, Annie Besant deja perfectamente establecido

que, ni siquiera en esta avanzada etapa del progreso humano, es necesario despertar la clarividencia y los demás poderes psíquicos. Ella explica que antes de que el hombre pueda llegar a la tercera iniciación tiene que aprender a hacer descender el espíritu de la intuición (buddhi) hasta su conciencia física, para que pueda morar en él y guiarle. Luego añade: "Este proceso se llama generalmente *desarrollo de las facultades psíquicas*, y así es en realidad, por lo que se refiere a la palabra *psíquicas*. Pero esto no significa el desarrollo de la clarividencia y de la clariaudiencia, que se consigue por distintos procedimientos.

La triada superior en su conjunto (atma-buddhi-manas) no es sino el componente central o el buddhi de la triada todavía más inclusiva, Mónada, Ego y Personalidad. Este buddhi en plenitud es triple (voluntad, sabiduría y actividad) y ahora, su tercer aspecto (actividad, kriyashakti) empieza a funcionar en el cuerpo para despertar sus órganos y liberar sus poderes latentes.

Sólo entonces podrás tú convertirte en "Paseante del Cielo" que camina con el viento por encima de las olas, y cuyos pasos las aguas no alcanzan.

Sobre este punto Madame Blavatsky dice:

Keshara, o "paseante del cielo" o "el que va al cielo". Según se expone en el 6º Adhyâya del rey de los tratados místicos, el Dhyaneswari, el cuerpo del Yogui, se vuelve como formado de aire; como "una nube de la cual han brotado miembros", después de lo cual, "él (el Yogui) ve las cosas existentes más allá de los mares y de las estrellas; oye y comprende el lenguaje de los Devas y percibe lo que pasa en la mente de la hormiga."

La expresión "paseante del cielo" tiene una gradación de significados: en la historia hindú, por ejemplo, se aplica al

gran Rishi Narada, como emisario del Logos, que puede viajar a través del puro akasha, de globo a globo. En los planos inferiores, lo mismo el cuerpo astral que el mayavi-rupa pueden tomarse como un ejemplo, porque estos cuerpos pueden utilizarse para viajar en lo que es el aire o el cielo para las personas corrientes.

En el cuerpo astral el hombre corriente es como una especie de nube, un ser lleno de kama, es decir, de deseos y emociones; pero en absoluto es una entidad definida como lo es en el plano físico. Pero, cuando el hombre domina su kama, otorgándole precisión, el cuerpo astral queda organizado como vehículo; ya no es kama, sino kama-rupa. Luego, cerca ya del momento en que desaparecen las tres primeras ligaduras, se forma el mayavi-rupa, el cual capacita al hombre para actuar con su cuerpo mental en el plano astral lo mismo que en el plano mental inferior. Esto puede considerarse como una interpretación de la afirmación “Cuyos pasos las aguas no alcanzan”, que son un símbolo del plano astral.

CAPÍTULO XXXVIII

LOS SIETE SONIDOS

Antes de que puedas apoyar el pie en el peldaño superior de la escalera, la escalera de los místicos sonidos, tienes que oír la voz de tu Dios interno de siete modos distintos.

C.W.L.—Queda señalado, pues, que *La Voz del Silencio* está destinada a guiar al candidato hasta la cuarta Iniciación. En ese punto, su conciencia se eleva hasta el séptimo principio y empieza a funcionar en el plano átmico o nirvánico; entonces, el hombre está preparado para iniciar sus pasos en lo que aquí se llama el peldaño superior de la escalera, para pasar el entrenamiento que lo prepara para la Quinta Iniciación, es decir, la del Adepto Asekha.

El Sendero tiene dos divisiones iguales que pueden denominarse el peldaño superior y el peldaño inferior de la escalera.

Se dice que el iniciado que se encuentra en el peldaño inferior de la escalera tiene que oír la voz de su Dios interno de siete maneras: ese Dios interno, en su etapa presente, es el Yo Superior, Buddhi, el segundo principio. El aspirante, en su meditación, puede oír o puede no oír una serie de siete sonidos que señalan su acceso a los siete sub-planos del plano búddhico; esto depende de su temperamento psíquico; pero *lo que sí debe hacer*, en todos los casos, es atraer la influencia de Buddhi a su vida en cada uno de los planos inferiores, de

tal manera que la actividad de todos sus principios quede gobernada por ella y así su Dios interno esté siempre presente en su vida.

La última etapa se llama la escala de los sonidos místicos; quizá tal vez porque son los sonidos de la voz del silencio, escondidos en el átma o el Ser. No debe exigirse una interpretación demasiado exacta de cualquier palabra inglesa de nuestro texto, puesto que éste tan sólo es una traducción, aunque cada una de las palabras sánscritas y palis que lo componen es rica en significado técnico; sin embargo, la palabra "místico" que procede de una raíz que significa cerrar los ojos, indica aquí ciertos sonidos que no se mezclan para nada en la vida externa, sino que imparten una dirección que llega desde las regiones superiores, en la forma *ex-cátedra* de conciencia pura. Se sobrentiende que los sonidos que vamos a mencionar son más accesibles, y que de ninguna manera son "místicos" para el candidato en la etapa que estamos considerando.

La verdadera conciencia no dice *qué* es lo que se debe hacer, como normalmente se supone, sino que cuando la mente trata de inventar alguna excusa para actuar de otra manera, *ordena* proceder como ya se sabe realmente que es lo mejor. Habla con la autoridad de la voluntad espiritual, determinando nuestro camino en la vida; no es el átma, sino buddhi, el segundo principio, el que proporciona el conocimiento intuitivo respecto a lo bueno y a lo malo. Manas proporciona la inspiración: buddhi, la intuición por lo que se refiere al bien y al mal; átma, la conciencia que dirige.

El primero es como la dulce voz del ruiseñor entonando un canto de despedida a su compañera.

El segundo llega como el sonido de un címbalo argentino de los Dhyânîs, despertando las centelleantes estrellas.

El siguiente es como el lamento melodioso del espíritu del océano aprisionado dentro de su concha.

Y éste va seguido del canto de la Vînâ.¹

El quinto, a manera de flauta de bambú, suena vibrante en tu oído.

Y se convierte a continuación en el sonido de una trompeta.

El último, vibra como el sordo retumbar de una nube tempestuosa.

El séptimo, absorbe todos los demás sonidos. Estos se extinguen, y no se les vuelve a oír más.

La serie de los siete sonidos que se mencionan aquí ha sido causa de mucho desconcierto entre los que meditan en las enseñanzas de este libro. En primer lugar hay que tener en cuenta el carácter de los sonidos, después observaremos que hay diversas interpretaciones de los mismos.

Según el orden que se señala aquí, van aumentando en materialidad y disminuyendo en penetrabilidad. Por ejemplo, se puede observar la diferencia entre la vina y una trompeta

1 La vînâ es un instrumento musical hindú parecido al laúd.

hindú de tipo antiguo; para el europeo, casi siempre es motivo de sorpresa cuando oye por primera vez, quizás en una sala amplia y llena de gente, la música maravillosamente delicada de la vina que, al ser tocada sin esfuerzo alguno, llega a todos los rincones dando la impresión de un sonido semi-alejado de nuestros planos materiales.

El sonido más agudo de la serie se compara con el canto del ruiseñor; se dice que en algunas ocasiones la voz de este pájaro va subiendo cada vez más de tono hasta trascender el radio auditivo humano, lo que no priva de ver que la garganta del pájaro cantor sigue vibrando al emitir su canto. Para los estudiantes de ciencias es bien sabido que esos sonidos existen. La nota de una sirena, por ejemplo, puede elevarse aumentando la presión del aire o del vapor, hasta que uno tras otro de los que la escuchan declaran que ya no pueden oírla. Hay una clase de silbatos que se utilizan para llamar a los perros pastor alemanes. Al soplar este instrumento que parece un silbato ordinario, nadie puede oír el menor sonido; sólo el perro, retirado en alguna habitación o lugar apartado, levanta al instante las orejas y se lanza de un salto en dirección al lugar exacto donde se produjo el sonido.

Las interpretaciones de los sonidos pueden dividirse en dos grupos; el primero que se menciona en la lista puede representar el último que oye el candidato. Los sonidos se enumeran de arriba abajo en el orden de su creación, de acuerdo con la costumbre oriental, de tal manera que el primero en creación es el séptimo que alcanza el candidato al aproximarse al Señor de esa creación; y así, primero llega el sordo retumbar de una nube tempestuosa, es decir, un sonido que representa o es correlativo al principio físico del hombre; en el medio está la vina, que representa el Antahkara (según la clasificación de Madame Blavatsky) y, por último, viene la melodía del ruiseñor, asociada con atma, el silencio; éste simboliza el séptimo, el sonido sin sonido,

dentro del cual todos los demás tienen que elevarse hasta que se extingan y dejen de oírse. El candidato tiene que aprender a oír a Dios en el sordo retumbar del plano físico; luego, en el sonido de trompeta del plano astral; después, en el sonido del plano mental inferior, que se parece a la música de una flauta de bambú; y así, ascendiendo, hasta llegar al mundo de su principio más elevado.

Estos mismos sonidos pueden interpretarse de otra manera como típicos de la intensidad con la que el estudiante oye la voz de su Yo superior; es una voz, pero se escucha en siete *tonalidades*; al principio, es delicada y dulce como el canto del ruiseñor, y con frecuencia desaparece en el silencio: en seguida, se hace más fuerte, como “el címbalo argentino de los Dhyanis; se va haciendo cada vez más y más fuerte hasta que, finalmente, se oye constantemente como si llenara el aire, a la manera de “el sordo retumbar de una nube tempestuosa”. En las primeras etapas de nuestro progreso, la voz del Yo superior puede parecer débil y lánguida, pero después implicará para nosotros toda la realidad del trueno.

Además, la descripción que el texto hace de esos sonidos sigue la trayectoria mencionada para Kundalini, que es conducido a través de los chakras. Esta fuerza se despierta en siete etapas o grados y proporciona así, en poder creciente, los resultados psíquicos que ya se han mencionado. La voz que se oye cuando kundalini se eleva al entrecejo, se oirá, por lo tanto, con siete grados de intensidad, simbolizados por los siete sonidos que aquí se mencionan.

Concretemos: es natural que en el más denso de los planos, el candidato tendrá que oír la voz interna muy débilmente, como la voz del ruiseñor; cuando se eleva al plano siguiente, donde la envoltura del Ser ya no es tan densa, su voz será oída más fácilmente; hasta que, finalmente, cuando alcance el principio más elevado, se oirá como el retumbar

de una nube tempestuosa. Tan sólo la ilusión de los planos inferiores es la que nos hace atribuir delicadeza a las cosas superiores.

Finalmente, descubriremos que tiene la corporeidad y la realidad del trueno.

Estas interpretaciones no son excluyentes unas de otras; todas las experiencias que sugieren son posibles para el candidato, simultáneamente.

Recuerdo que en cierta ocasión, en una de nuestras pláticas en la terraza de Adyar, se hizo una pregunta relacionada con estos sonidos; la Presidenta y yo contestamos como sigue, respectivamente:

A.B.— En la meditación, uno de los sonidos que empiezan a oírse (por ejemplo, algo que yo oí con toda claridad) fue un sonido parecido al del tam-tam o tambor de una aldea india; lo describí a HPB quien me dijo: “Eso está muy bien, adelante”. Poco después oí unos bellísimos acordes musicales, y luego algo parecido al tintineo de una campanilla de plata; percibí otro sonido parecido al repicar de las campanas de una iglesia, como las que se oyen en Benarés, por ejemplo; pero nunca descubrí que esos sonidos fueran otra cosa sino que yo empezaba a ser capaz de oír en el mundo astral.

En la India hay una escuela fundada por un hombre del cual el Maestro M. hablaba con encomio. Los que pertenecen a esa escuela, después de cierta práctica, oyen claramente sonidos en el cerebro; pero jamás he sabido que alguna de esas personas hubiera progresado algo más en ese camino. Muchos venían a visitarme en el Norte para preguntarme qué significaban esos sonidos, a lo cual yo les respondía: “Creo que lo único que significa es que ustedes se están volviendo clariaudientes.”

Nunca he podido explicarme estos siete sonidos mencionados por HPB; puede que signifique que hay que despertar la conciencia plano tras plano y que con cada uno de

ellos quiera simbolizarse la nota de un plano en particular; del mismo modo que aquí abajo, la nota Fa es la combinación de los innumerables sonidos del mundo físico, mezclados entre sí; pero esto, en realidad, no aclara la cuestión.

C.W.L.— Yo no puedo consignar que ellos correspondan exactamente a los planos; posiblemente se trata de subplanos; también podrían simbolizar los sonidos que acompañan el despertar de los siete centros por medio de kundalini, porque el sonido es una de las expresiones que tienen lugar en ese caso determinado; pero nunca he podido estar completamente seguro de lo que ella quiso significar; uno se decantaría por decir que el címbalo de plata, en sus tonos diferenciados, bastaría para todos los sonidos; el trueno, ciertamente, no parece adaptarse muy bien a esto.

A.B.— Desde luego, en la cabeza hay un determinado número de sonidos que pertenecen enteramente al sistema vascular; cuando una persona los oye con mucha frecuencia, es síntoma de que está en un peligroso estado de anemia.

Los sonidos no son progresivos. HPB sitúa muy frecuentemente las cosas en círculo; algunas veces empieza por el número cuatro y luego da la vuelta hacia ambos lados. También puede ser que mencione estos sonidos no por su orden; tal vez pueda comenzarse con el trueno, continuar con el sonido de la trompeta y en seguida con el lamento del espíritu del océano; luego, podrá situarse el címbalo en el cuarto lugar; la flauta en el quinto y la vina, cuyo sonido es más delicado, en el sexto; y por último, el ruiseñor en el séptimo, el más elevado.

C.W.L.— Si nos fuese permitido darles la vuelta así, comenzarían a tener un claro significado.

A.B.— Al ser consultada HPB astralmente, dijo: "¡Cuán necios fuisteis todos al considerarlos de esa manera;

pudisteis haberlos ordenado antes: trueno, trompeta, concha de mar, címbalo, flauta, vina y ruiseñor!" Dijo que la forma literal en que tomábamos las cosas era abominable.

C.W.L.— En varios libros sánscritos pueden encontrarse listas parecidas de sonidos. Del *Shiva Samhita* hemos tomado el siguiente ejemplo:

El primer sonido es como el zumbido de una abeja pletórica de miel; el siguiente, como el de una flauta; luego, como el del arpa; después de éste, por medio de la práctica gradual del yoga destructor de la oscuridad del mundo, oye el hombre el sonido del repicar de campanas; luego, sonidos como el rugir del trueno. Cuando se fija toda la atención en este sonido, libre de temor, se alcanza la absorción: ¡Oh, amado mío! Cuando la mente del yogui se concentra totalmente en este sonido, olvida todas las cosas externas y se absorbe en este sonido.²

Cuando los seis han sido muertos y abandonados a los pies del Maestro, entonces el discípulo está sumido en el UNO, se convierte en este UNO, y en él vive.

Madame Blavatsky habla de los seis como sigue:

Los seis principios; alusión a cuando la personalidad inferior es aniquilada, y la individualidad interna se funde y pierde en el Séptimo o sea en el Espíritu.

Y del UNO que aquí se menciona, dice:

El discípulo es uno con Brahmán o ATMAN.

2 Op. Cit. V-27-9.

Cuando los seis principios son “Destruídos”, en otras palabras, cuando ya no ejercen su independencia, sino que se han vuelto totalmente obedientes a la voluntad del Ser, el aspirante vive en ese UNO; la séptima voz de Buddhi lo elevará hasta Atma. Madame Blavatsky aplica el término Brahman por analogía al atma humano. Brahman (Neutro) es el uno que contiene los Tres; así atma contiene dentro de sí mismo a Buddhi y a manas, cuando el hombre se ha vuelto un Arhat y ha aprendido a vivir en el triple espíritu.

Antes de entrar en ese sendero, debes destruir tu cuerpo lunar, purificar tu cuerpo mental y limpiar tu corazón.

Para explicar la expresión “Cuerpo Lunar”, Madame Blavatsky añade la nota siguiente:

La forma astral producida por el principio Kámico, el Kamarupa, o cuerpo de deseo.

La expresión “Cuerpo Mental” la comenta así:

Mánasa rûpa. Así como el Kâmarûpa se refiere al yo astral, o personal, el Mánasa rûpa se relaciona con la individualidad o Ego que se reencarna, cuya conciencia en nuestro plano, o sea el Manas inferior, tiene que ser paralizada.

Madame Blavatsky no le da al término *Planos* el sentido tan completo que le da la mayoría de los teósofos actualmente; ella pensaba más bien en principios y veía la materia de los distintos niveles tomando forma bajo la influencia de los primeros. Aquí habla de “nuestro Plano”, significando la región de la existencia personal, física, astral y mental inferior. La “forma astral” no es en absoluto el cuerpo astral, sino más bien la forma personal construida en las regiones subjetivas de nuestra vida personal (los planos astral y mental

inferior), en relación con nuestra forma personal y con los sentimientos y pensamientos relacionados con ella. En mi pequeño libro *El Devachán* y en el de la Dra. Besant titulado *La Sabiduría Antigua*, se da una descripción de los cuatro tipos de vida en el mundo celestial: (1) amistad personal, (2) devoción personal, (3) el verdadero espíritu misionero, y (4) realización humana. Todos ellos son motivos, porque, aunque inegoístas, no son impersonales, sino kármicos; toman su forma del carácter de las experiencias del plano físico. Pero el manas inferior puro sería el antahkarana; sería la mente del alma, no la mente del cuerpo; su actividad sería estimulada *únicamente* desde arriba; ahora debería estar limpio de todo karma para llegar a ser un canal puro para el alma.

Consideremos las condiciones del cuerpo astral de una persona adelantada. Prácticamente, no responde directamente a los impactos externos; de por sí, está muerto para el mundo; no tiene vida propia independiente; ha sido ya “destruido”. Si alguien golpea a un hombre de tipo corriente, probablemente su cuerpo astral estallará de súbito en llamaradas de cólera; esa sería su respuesta inmediata. No pasa lo mismo con el hombre adelantado; en su caso, el impacto pasará a lo interno a través del cuerpo astral, pasará al cuerpo búddhico, el cual responderá a su propio estilo; entonces, *su impacto* sobre el mundo astral hará que surjan los hermosos colores de las emociones de amor, que son *sus correspondencias* en el cuerpo astral. La Dra. Besant ha explicado a menudo que el aura astral de un hombre adelantado es incolora, o mejor dicho, es de color blanco, ligeramente lechoso cuando está en reposo, pero que a través de él fluyen todos los más agradables colores que el plano puede exhibir en contestación a la gran respuesta búddhica al mundo, del hombre superior.

Las puras aguas de vida eterna, claras y cristalinas, no pueden mezclarse con los cenagosos torrentes del tempestuoso monzón.

La gota de rocío celeste que, acariciada por el primer rayo de sol matutino, brilla en el seno del loto, una vez caída al suelo, se convierte en barro; mira: la perla es ahora una partícula de cieno.

Lucha con tus pensamientos impuros antes de que ellos te dominen. Trátalos como ellos pretenden tratarte a ti, porque si los toleras, y arraigan y crecen, ten presente que estos pensamientos te subyugarán y te matarán. Ten cuidado, Discípulo, no permitas que ni siquiera la sombra de ellos se acerque a ti. Porque crecerá, aumentará en magnitud y poder, y entonces esta criatura de las tinieblas absorberá tu ser antes que te hayas dado cuenta de la presencia del negro y abominable monstruo.

En el mundo hay personas que piensan que es posible conservar las cosas inferiores y progresar al mismo tiempo en el Sendero; algunas veces creen realmente que mediante diferentes formas de equívoca estimulación pueden generar una gran cantidad de energía que les ayudará a impulsarlos hacia adelante y a elevarlos. Tienen miedo a perder su carácter si reprimen por completo las actividades inferiores. Ciertamente, se ha dicho que una persona sin carácter, un hombre débil y bonachón no puede progresar: “Quisiera que fueras frío o caliente”, dice el Espíritu en “*la Revelación*”, y “porque eres tibio y ni frío ni caliente, te escupiré fuera de mi boca.”³

Esto representa muy bien la realidad; las personas que más prometen, en orden de preferencia, son: (1) el hombre enérgicamente bueno, (2) el hombre enérgicamente malo, y (3) el hombre normalmente bueno. Nadie puede ser un criminal realmente eficaz sin poseer alguna cualidad divina fuertemente desarrollada; su maldad es falta de equilibrio; por ejemplo, un gran poder de voluntad y valor o una gran inteligencia sin amor hacia sus semejantes; o bien un gran amor y una gran fuerza de voluntad, sin inteligencia, pueden hacer que un hombre sea igualmente peligroso y dañino, puesto que lo convierten en un fanático dirigente de las fuerzas de descontento y ruptura. El hombre simplemente bueno, débil en todas sus cualidades, en voluntad, inteligencia y amor, progresa poco aunque su progreso puede ser firme y constante. Los grandes hombres tienen grandes defectos; pero pueden librarse de ellos rápidamente; los hombres moralmente débiles, tienen pequeños defectos que a menudo parece que van a durar siempre. No hay en esto ninguna recomendación para vivir mal; se indica que para un progreso rápido no es suficiente la simple represión de las bajas inclinaciones, sino que deben realizarse esfuerzos directos y valientes en la expresión de lo que es bueno y elevado. Al realizar estos esfuerzos, una persona puede caer; si llega a faltarle el equilibrio; la misma fuerza de voluntad, el mismo conocimiento o amor que haya logrado mediante sus esfuerzos, hará que su caída sea profunda y terrible; y así, la misma magnitud del pecado de un hombre puede ser el signo de un posible progreso rápido para él; pero ese progreso sólo empezará cuando el hombre, por el sufrimiento kármico, haya comprendido el error y haya purgado las impurezas

inherentes a su caída. Sin embargo, no se puede conseguir demasiado hasta que no se ha realizado esa purificación.

Madame Blavatsky trata enérgicamente este punto en su libro *Primeros pasos en Ocultismo* del modo siguiente:

Hay algunas personas cuyo poder de raciocinio se ha deformado de tal manera debido a extrañas influencias, que imaginan que las pasiones animálicas pueden ser sublimadas y elevadas hasta tal punto, que su furia, su fuerza y su fuego puedan, digamos, volverse hacia lo interno; se imaginan que pueden ser albergadas y acalladas en su pecho hasta que su energía sea, no extinguida, sino dirigida hacia metas más elevadas y más santas; esto no sucede hasta que su fuerza acumulada y concentrada capacita a su poseedor para penetrar en el verdadero Santuario del Alma y permanecer allí dentro, en presencia del Maestro, el YO SUPERIOR. Para conseguir ese propósito no lucharán con sus pasiones, ni las destruirán; se limitarán, simplemente, mediante un enérgico esfuerzo de la voluntad, a atenuar sus ardientes llamas y mantenerlas a raya dentro de su carácter, dejando que su fuego se mantenga latente debajo de una delgada capa de ceniza. Se someten gustosos al suplicio del joven espartano que permitió que la zorra devorase sus entrañas antes que deshacerse de ella.

¡Oh, pobres y ciegos visionarios! Igual como pudiera esperarse que una pandilla de deshollinadores ebrios, acalorados y grasientos por su trabajo, puedan ser encerrados en un Santuario guarnecido con blancos y puros lienzos, y que, en lugar de ensuciarlos y convertirlos en un montón de mugrientas trapos, ellos se conviertan en los dueños del sagrado recinto y, finalmente, salgan de él tan inmaculados como el mismo recinto. ¿Por qué no imaginar que una camada de zorritos, encerrados en la atmósfera pura de un Dgon-Pa (monasterio) pueda salir de él impregnada de todos los perfumes de incienso que allí se usan? Extrañas aberraciones las de la mente humana.

Esta parte del texto termina con los siguientes pasajes que no admiten componendas:

Antes que el "místico Poder" pueda hacer de ti un Dios, ioh, Lanú! debes haber adquirido la facultad de destruir a voluntad tu forma lunar.

El Yo material y el Yo espiritual jamás pueden reunirse. Uno de los dos tiene que desaparecer; no hay lugar para ambos.

Antes de que el entendimiento de tu alma pueda comprender, debe extinguirse la raíz de tu personalidad, y el gusano de la sensación ha de ser aniquilado, sin resurrección posible.

De nuevo "el poder místico" es Kundalini, el representante en el cuerpo de "La Gran Fuerza prístina inmanente en toda la materia, tanto orgánica como inorgánica". La nota de Madame Blavatsky sobre este punto es como sigue:

Kundalini, el "Poder Serpentino" o fuego místico. Es denominado poder "serpentino" o anular, por razón de su modo de obrar o de su progreso en espiral, en el cuerpo del asceta que desarrolla en sí mismo ese poder. Es una fuerza eléctrica, ígnea, oculta o Fohática, la gran energía primordial, que existe en el fondo de toda materia orgánica e inorgánica.

CAPÍTULO XXXIX

CONVIÉRTETE EN EL SENDERO MISMO

No puedes recorrer el sendero, antes de que tú te hayas convertido en el Sendero mismo.

C.W.L.— Luego viene la siguiente nota:

Este Sendero se halla mencionado en todas las Obras Místicas. Como dice Krishna en el Dhyaneswari “Cuando este Sendero es percibido... ya parta uno hacia las magnificencias del Oriente o en dirección de las cámaras del Occidente, sin moverse. ¡Oh! tú que sostienes el arco, eres el corredor en esta ruta. En este Sendero, a cualquier lugar que uno quiera ir, ese lugar se convierte en el propio yo de uno mismo”. “Tú eres el Sendero, se le dice al Adepto Gurú, y este último lo dice al discípulo después de la iniciación.” “Yo soy la ruta y el Sendero” dice otro MAESTRO.

En los comentarios al libro “A los Pies del Maestro”, ya se explicó que los pensamientos y los sentimientos que al principio difícilmente se alcanzan y se mantienen, con el paso del tiempo nos resultan fáciles. Cuando el aspirante se ha capacitado y se ha desarrollado de tal manera que la perspectiva búddhica y la respuesta a la vida sean para él perfectamente naturales y espontáneas, podemos decir que se ha convertido en el Sendero mismo. Con frecuencia, este resultado del esfuerzo y de la práctica continuos, recibe el nombre de “Segunda naturaleza”. Sin embargo, esa expresión causa la

impresión de que nos hemos revestido de nuevas cualidades, que después se convierten en hábito; esto no es así; se trata de nuestra naturaleza original, de nuestra naturaleza superior, la naturaleza que se manifiesta en la vida superior; nos parece que es algo nuevo porque hasta ahora había estado oscurecida por nuestra envoltura material y por la presión de las circunstancias en los mundos de nuestra existencia personal.

En esa nota se señala una interesante realidad metafísica; nuestra evolución no es un tránsito, ni siquiera un desarrollo; no se trata de un proceso para llegar a alguna parte, ni de crecer en tamaño; es un desarrollo tácito de los poderes de nuestras vidas. Como ya se ha dicho, en los planos del Ego, la materialidad pasa a un segundo lugar, y los poderes de la conciencia, voluntad, sabiduría y actividad (o voluntad, amor y pensamiento) dominan casi por completo la materia de los planos; por lo tanto, el espacio no es el carcelero de aquí abajo, y la conciencia no necesita viajar a través de él para poder aparecer en otro lugar. Para ilustrar este punto se ha contado la siguiente anécdota entre un Gurú y su discípulo. El Gurú le dijo al discípulo que caminara a través de la habitación y luego le preguntó: “¿Qué estabas haciendo? —¿Te estabas moviendo?” Después de meditar sobre ello, el discípulo dio la siguiente respuesta, que fue considerada correcta: “No, no estaba avanzando, estaba observando que el cuerpo se movía; yo estaba pensando, sintiendo y deseando; sólo el cuerpo se movía”.¹ Esto es verdad para todos nosotros; sabemos que el cuerpo está en movimiento sólo porque lo observamos por medio de lo sentidos, lo mismo que hacemos con cualquier otro objeto. Por ejemplo, la

1 Véase *Los Siete Rayos*, de E. Wood.

sensación que experimentamos al viajar en un automóvil descubierto si cerramos los ojos, se reduce a la simple percepción del aire que se precipita sobre nosotros, y a un sentimiento de poder que, por medio de la imaginación, produce una alegría corporal. Podría reproducirse la misma experiencia por medio de aparatos apropiados, compuestos de ventiladores y de movimiento, sin ningún traslado del cuerpo; además, la mayoría de los que han viajado de noche en coche-cama, han tenido la sensación de caminar y se preguntan si lo han hecho con la cabeza o con los pies hacia adelante, e incluso si el tren se movía o no y, por lo general, han solucionado el problema subiendo la persiana de la litera y deduciendo la dirección que llevan por la observación de las luces y de las sombras que pasan.

El hecho de que para el Ego no sea necesario viajar para ir de un lugar a otro, también se pone de manifiesto por la manera en que pueda aparecer simultáneamente en diferentes partes del mundo en las imágenes devachánicas de cierto número de personas, en el plano mental inferior.

Si bien en la etapa de desarrollo que representa esta enseñanza, el candidato se halla trabajando en el perfeccionamiento de su personalidad, al mismo tiempo, su labor interna está especialmente relacionada con el desarrollo del Buddhi, el alma espiritual. Para decirlo en otras palabras, está ascendiendo a través del plano búddhico; por eso, su conversión en el Sendero se manifiesta por un gran desarrollo de comprensión y amor hacia los demás, tal como se indica en los siguientes versículos:

Haz que tu alma preste oído a todo grito de dolor, igual que el loto pone al descubierto su corazón para absorber el sol de la mañana.

No permitas que el sol ardiente seque una sola lágrima de dolor antes de que tú no la hayas enjugado en el ojo del que sufre.

Pero deja que las ardientes lágrimas humanas caigan una a una en tu corazón, y allí permanezcan; no las enjugues, hasta que se haya desvanecido el dolor que las causara.

Estas lágrimas, ioh, tú! Corazón muy compasivo, son los arroyos que riegan los campos de la caridad inmortal. En este suelo es donde crece la flor de media noche, la flor del Buddha, más difícil de encontrar y más rara de ver que la flor del árbol Vogay. Es la semilla que libera del renacimiento. Pone al Arhat a cubierto de toda lucha y concupiscencia, y le guía a través de las regiones del Ser hacia la paz y la bienaventuranza conocidas únicamente en la región del Silencio y del No-Ser.

Cuando Cristo dijo: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida; nadie llega al Padre sino por mí,"² declaró una verdad mística, porque el Cristo es uno con el aspecto búddhico de la conciencia universal. Sólo existe una conciencia para alcanzar el pleno conocimiento de esta realidad; el Iniciado puede convertirse en Arhat, pero, a menos que lo haga a través de este principio crístico no puede alcanzar al Padre, el Atma, que está arriba. Esta verdad, expuesta con maravillosa inspiración y claridad en *El Cristianismo Esotérico* de Annie Besant, no es sin embargo más que un aspecto de la cuestión, porque

2 San Juan, 14-6.

el Cristo encarnado personificó el mismo principio en su vida externa en Palestina que ha inspirado a millones de seres humanos porque no se substrajo al dolor. La mayor parte de los hombres tratan de escapar al dolor hasta donde les sea posible; pero Cristo aceptó el suyo, añadiéndole el de todos los demás. Los que siguen el sendero búddhico, cuando la pena los aflige, instintivamente dicen: "Son muchos los que sufren, ¿por qué tendría yo que desear ser eximido?" Más todavía: en la plenitud de su comprensión, ellos sienten en el máximo de su viveza el dolor ajeno antes de alcanzar la serenidad del Arhatado, la iluminación que los coloca por encima de la muerte, que los hace brillar con el gozo de la libertad, cualesquiera que sean las penas que les sobrevengan. Esa libertad conduciría a un reposo exento de cuidados si los hombres pudieran alcanzarla antes de experimentar los sufrimientos del Cristo, en quien el dolor de la cruz es como nada ante su compasiva respuesta al lamento de un mundo que sufre. Entonces llega el momento en que el Hombre dice: "¿Qué importa que yo sufra o no?" Su mente está tan ocupada en el servicio que apenas puede cuidarse de sí mismo.

Expresiones como "La paz y la bienaventuranza conocidas únicamente en la región del silencio y del no-ser", sólo pueden ser comprendidas por aquellos que quieren pensar en las realidades metafísicas; la mayoría de las expresiones orientales semejantes a ésta, se basan en la idea fundamental de que el Dios Universal se expresa a sí mismo como *sat*, *chit* y *ánanda*, es decir, como ser, conciencia y bienaventuranza.

El ser se comprende bien; la gente lo mira por doquier a su alrededor, conoce además la conciencia por experiencia; pero a la felicidad el hombre *la busca*. Todos se buscan a sí mismos. La felicidad no es una cosa que se pueda ganar, conseguir y poseer; es nuestro verdadero estado de Ser; pero más allá de ambos, materia y conciencia, está la verdadera vida interna, que es silencio y no-ser, desde el punto de vista

de lo externo; a pesar de lo cual es la felicidad del verdadero ser.

Mata el deseo; pero si lo matas, vigila atentamente, no sea que de entre los muertos se levante de nuevo.

Mata el amor a la vida, pero si matas a Tanha, procura que no sea por la sed de vida eterna, sino para substituir lo pasajero por lo perdurable.

No desees nada. No te irrites contra el Karma ni contra las leyes inmutables de la Naturaleza. Lucha tan sólo contra lo personal, lo transitorio, lo efímero y lo perecedero.

El amor por las cosas externas en obsequio al goce astral o sensorial es el deseo común. Ya hemos visto que el discípulo no debe buscar la satisfacción de esos deseos, sino dedicar toda la energía de la personalidad —física, emocional y mental— a la obra de la evolución espiritual y al servicio de la vida interna en sí mismo y en los demás.

Tanha es la raíz de estos deseos, porque es la sed de vida consciente. En su propio plano, el Ego está lejos de ser plenamente consciente; pero la conciencia que tiene le proporciona un sentimiento de gran placer y le despierta una especie de sed por una realización más plena de la vida; eso es lo que se halla detrás del gran clamor del mundo por una vida más intensa. Tal como hemos explicado antes, en el caso de las personas comunes, las fuerzas del plano mental superior pasan por el cuerpo causal en su mayor parte sin afectarlo, porque el Ego todavía no está lo suficientemente desarrollado y preparado para responder a más de unas

cuantas de las vibraciones de su propio nivel. No hay vibraciones groseras en ese plano, como aquellas a las que pudiera dar respuesta en sus días juveniles, por lo cual desciende a los planos inferiores para sentir que vive más ampliamente. Así pues, durante mucho tiempo, su conciencia es más vívida cuando se le presentan las cosas del plano físico; pero más tarde, al despertar la naturaleza astral, los placeres de ese plano demuestran ser mucho más intensos todavía.

En el cuerpo físico no es posible darse cuenta de cuán intensas son las exquisiteces de la vida astral, tanto es así que con frecuencia distraen y detienen a personas que ya mataron el deseo de esa misma clase de placeres del plano físico. Sin embargo, ese peligro no es muy grande para aquellos que en la vida física están buscando decididamente las cosas del Sendero, cuando se trata de personas de avanzada evolución, porque están en condiciones de experimentar exquisiteces todavía superiores, de mucho mayor atractivo. Esto es lo mismo para cada plano en su momento correspondiente.

A pesar de todo, el discípulo debe tener en cuenta la renuncia a los placeres inferiores, no simplemente pensando en los relativamente superiores; tiene que tener siempre puesta la mirada en su meta ideal, más allá de todos los placeres transitorios; no tendrá que anhelar el goce de los prolongados placeres del mundo celestial, sino que deberá desechar todo lo que sea transitorio y personal. Si por un lado no debe tratar de conseguir los objetos de deseo, por el otro no deberá temer las lecciones que Karma ponga en su camino; no debe desear que el campo experimental sea diferente de lo que es. Sabe que, por el hecho de que las leyes naturales son inmutables, puede servirse de la experiencia para progresar. Si no fuera por el orden que la naturaleza establece en el mundo, al intelecto le resultaría imposible desarrollarse, ni tampoco el hombre podría utilizar sus poderes en absoluto. De modo que

no siente ningún resquemor contra el Karma, que es la personificación de la Ley.

Ayuda a la Naturaleza y trabaja con ella, y la Naturaleza te considerará como uno de sus creadores y te obedecerá.

Y ante ti abrirá de par en par las puertas de sus recintos secretos, y pondrá de manifiesto ante tus ojos los tesoros ocultos en las profundidades mismas de su seno puro y virginal. No contaminados por la mano de la Materia, ella sólo muestra sus tesoros al ojo del Espíritu —el ojo que jamás se cierra, el ojo para el cual no existe ningún velo en ninguno de sus reinos.

Entonces te indicará los medios y el camino, la puerta primera y la segunda y la tercera, hasta la misma séptima. Y luego te mostrará la meta, más allá de la cual, bañadas en la luz del sol del Espíritu, existen glorias inefables únicamente visibles a los ojos del Alma.

Todos los estudiantes de las ciencias materiales están familiarizados con el hecho de que “la naturaleza se conquista por la obediencia”. Todas las fuerzas que utilizamos en la vida moderna, como la presión del vapor o la electricidad, son ejemplos de nuestra colaboración con la naturaleza; tal vez sea poco apropiado emplear la palabra ‘conquista’, puesto que el hecho es que todo nuestro poder en el mundo es la resultante de la armonía entre el hombre y la naturaleza. El hombre que en su barca coloca la vela de manera que pueda navegar con el viento en contra, no está venciendo al viento; está armonizando sus actividades con las leyes que lo rigen;

actuando de acuerdo con las leyes y no oponiéndose a su acción, es cuando el hombre gana en poder. El ocultista sabe que este mismo principio es válido en todos los planos; y no sólo por lo que se refiere a la materia de cada mundo, sino también de acuerdo con las formas de vida que allí existen, superiores o inferiores en la escala de evolución; por consiguiente, el conocimiento de las leyes mecánicas de la Naturaleza, del que tanto poder se ha derivado y que han sido de tanta ayuda para la humanidad, representa tan sólo un aspecto de la armonía que debe existir entre ambos. Un sentimiento de amistosa simpatía hacia los animales, las plantas, e incluso hacia los minerales, así como hacia los espíritus de la naturaleza y los devas, es tan importante, si no más, para el progreso humano; la naturaleza está compuesta tanto de vida como de materia y sólo por medio de un sentimiento de comprensión con esa vida, ella se deja conocer y se armoniza con la vida del hombre. La desastrosa costumbre de nuestra época es considerar al mundo como un lugar lleno de elementos hostiles; pero el hombre que se encara a la vida con sentimientos de benevolencia para todo ser viviente, no tan sólo verá y aprenderá más que los otros, sino que su paso por el océano de la vida será más suave para él; en la India existe la tradición de "la buena Mano" de algunas personas que tienen esa comprensión y para las cuales las plantas crecerán bien, mientras que para otros esas plantas se secarán. También se ha explicado muchas veces por parte de autoridades en materia oculta, que a causa de su amor hacia todos los seres, el verdadero yogui o sannyasi puede caminar entre montes y selvas sin ningún peligro, que provenga de los animales feroces o de los reptiles. En la vida ordinaria, esta comprensión actúa de diferentes maneras; el hombre de negocios moderno sabe que el primer requisito para el éxito consiste en establecer relaciones amistosas con aquellos con los que tiene que tratar. La misma cualidad se

necesita para la enseñanza de los niños que, con frecuencia, consideran a sus mayores como seres extraños y arbitrarios, distintos por completo de ellos; como seres algo exóticos; como un hombre de nuestro planeta podría considerar a uno de aquellos marcianos creados por la fantasía del señor Wells; pero, cuando se establece la comprensión, desaparece todo lo extraño y se hace posible la verdadera educación.

Los espíritus de la naturaleza se encuentran en la misma posición que los niños; excepto que ellos no nos necesitan y pueden esquivar fácilmente nuestra vecindad; como lo hacen, en general, los ejemplares más agradables cuando el hombre 'civilizado' llega a sus regiones, con sus toscas y rudas maneras y su crueldad, la repelente impureza de su aura y el nubarrón de sus formas de pensamiento; es un hecho que si el hombre sintiera simpatía hacia los demás reinos de la naturaleza, si repoblara los bosques y no solamente los destruyera, y si fuera bondadoso hacia la naturaleza en general, disfrutaríamos de situaciones climáticas más regulares y de cultivos más prósperos; hemos de reconocer, desde luego, que el movimiento en favor de la creación de jardines alrededor de las casas y la plantación de árboles y flores incluso en las calles de nuestras ciudades, marcha por ábuen camino, y hay que reconocer ademásé, que los hombres ya han hecho mucho en favor del trabajo de los espíritus de la naturaleza al crear nuevas formas de cultivo de las tierras, especialmente por lo que se refiere a las flores, los cereales y los árboles, así como en el cuidado de los animales; sin embargo, con una mayor comprensión, se conseguirían unos resultados todavía mejores. Esta comprensión se ha puesto de manifiesto en ocasiones, en especial por parte de los poetas; los ensayos y las poesías de Rabindranat Tagore la expresan en un grado muy elevado; en efecto, la difusión de esta cualidad suya de la comprensión puede considerarse como una contribución a la civilización moderna. Otro ejem-

plo muy conocido es el del filósofo Emerson, quien al volver de sus giras de conferencias de invierno a su casa de Concord, acostumbraba saludar a las ramas más bajas de sus árboles estrechándolas con su mano, y decía que podía sentir la alegría que experimentaban los árboles por su regreso; y no cabe duda de que la cualidad de la comprensión contribuía en gran manera a su inspiración.

Algunos hombres que viven en sus jardines, como Luther Burbank, de California, suelen decir que tienen perfecta conciencia del sentimiento que les llega de algunas plantas, arbustos y árboles; algunos canadienses a quienes su deber obliga a vivir constantemente en los bosques para inspeccionarlos, marcar los árboles y llevar a cabo otros trabajos, me han dicho que sienten una vida en los bosques completamente distinta de la que experimentan en cualquier otra parte, y que saben que hay ciertos lugares y ciertos árboles que quieren al hombre, y que hay otros que no lo quieren. Esa simpatía es perfectamente natural; si sentís un amor y una admiración especiales por un ser humano en particular, hay una inclinación por parte de él para interesarse por vosotros y para corresponder a vuestro afecto; en menor grado, si sentís afecto hacia un animal, éste se aficionará fuertemente a vosotros; más abajo todavía, en los reinos minerales y vegetales, prevalece la misma ley, aunque sus efectos sean menos notorios; de aquí nace la tradición de que, en condiciones y circunstancias similares, algunas plantas y flores crecen mejor para una persona que para otra; el magnetismo personal es lo que las atrae, y esto es lo que, a nivel más elevado, nosotros denominamos afecto.

No es necesario decir ahora nada con relación a las siete partes que se mencionan en este mensaje, puesto que el tercer fragmento está enteramente dedicado a los siete portales, y cuando lo comentemos trataremos de ellas en detalle.

CAPÍTULO XL

LA VÍA ÚNICA

Sólo existe una ruta hacia el Sendero; sólo al término de ella puede oírse la Voz del Silencio. La escalera por la cual asciende el candidato está formada por peldaños de sufrimiento y dolor; éstos únicamente pueden ser acallados por la voz de la virtud. ¡Ay de ti, oh discípulo, si queda un solo vicio que no hayas dejado atrás! Porque entonces la escalera cederá bajo tus plantas y de derribará; su asentamiento descansa en el profundo cenagal de tus pecados y defectos, y antes que puedas aventurarte a cruzar este amplio abismo de materia, tienes que lavar tus pies en las Aguas de la Renunciación. Sé precavido, no sea que pongas un pie todavía manchado en el peldaño más inferior de la escalera. ¡Ay de aquel que se atreva a ensuciar con sus fangosos pies un solo escalón! El cieno inundo y pegajoso se secará, se adherirá, y entonces pegará sus pies en aquel sitio; y como el pájaro atrapado en el viscoso hilo del cazador de pájaros, quedará imposibilitado para un nuevo progreso. Sus vicios adquirirán forma, y le arrastrarán hacia el fondo. Sus pecados levantarán la voz, como la risa y el plañido del chacal después de la puesta del sol; sus pensamientos

*se convertirán en un ejército, y lo conducirán
hacia la esclavitud*

C.W.L.— Hemos visto en *Los Maestros y el Sendero* que hay cuatro maneras de llegar al principio del sendero probatorio, es decir: por el contacto con aquellos que ya se encuentran en el Sendero; por el pensamiento profundo; por escuchar y leer sobre la palabra sagrada, y por la práctica de la virtud.¹ Entonces, en el Sendero probatorio hay que conquistar cuatro cualidades, la última de las cuales se indica en *A los Pies del Maestro*, como AMOR y se dice que sin ésta, las demás cualidades son en vano. Ésta, pues, es la única vía que conduce al Sendero propiamente dicho; la vía del *amor*, del altruismo en el pensamiento, en la palabra y en la acción.

Todos los antiguos hábitos del cuerpo y de la mente tendrán que ser superados mediante la virtud positiva. La palabra virtud, tal como aquí se utiliza, no puede significar la simple bondad pasiva o la ausencia de malas acciones; tiene que tomarse en el antiguo significado de fortaleza. Las virtudes son formas de la fortaleza del alma. Cuando el alma domina la vida personal se verá que ésta está llena de esa virtud. Mientras tanto tiene que librarse una gran batalla. En muchísimos casos el candidato al Sendero necesita poner en juego toda su determinación para erradicar por completo cualquier defecto egoísta que pueda encontrar en sí mismo, en el examen diario de su conducta. Esto puede hacerse más fácilmente pergeñando una escena en la que se haya puesto de manifiesto el defecto, reconstruyéndolo entonces con la imaginación, de modo que se manifieste en ella la virtud correspondiente; entonces se podrá considerarla detenidamente durante algún tiempo y decidir que a partir de entonces

1 op. cit. Cap. VI.

y en esas circunstancias, se pondrá de manifiesto la virtud y no el defecto.

Algunas veces resulta muy duro superar los defectos habituales; de aquí la frecuente mención de sufrimiento y dolor. Por ejemplo, al aficionado al alcohol le produce un gran sufrimiento resistirse a “sólo la última copa, una sola”. Pero si aguanta con firmeza su decisión de no volver a tomar nunca más ni siquiera una sola copa, con el tiempo el sufrimiento desaparecerá, y saboreará una clase de placer superior al que conseguía del estímulo de la bebida. Es exactamente lo mismo que pasa con las emociones y los pensamientos impuros o egoístas; muchos hombres fracasan porque se complacen en un pensamiento indigno “sólo por una vez”; precisamente es ese último el que deben rechazar, negándose a cobijarlo en la mente. Para poder dejar atrás sus defectos, la gente tiene que soportar algunas veces grandes sufrimientos en su orgullo; en todos estos casos la humildad resulta de gran ayuda, porque ello hace que las personas deseen cambiar. Además, hay muchas personas que sienten nada o poco de este dolor al haber purificado considerablemente su vida. Es verdad que se ha llegado a sugerir que en este pasaje Aryasanga ha exagerado el sufrimiento; en realidad no es así, sino que más bien lo ha expresado en términos extremos con el fin de que nadie se extrañe de encontrar sufrimiento en el Sendero cuando se esperaba lo contrario, y de que todos estén dispuestos a rendir tributo al pasado, a enfrentarse a cualquier sufrimiento y a ponerle fin para siempre con la práctica de la virtud. Es oportuno recordar aquí las alentadoras palabras del *Gitá*: “Aunque fueres el más pecador de todos los pecadores, atravesarás por sobre todo pecado en la balsa de la sabiduría. Así como el fuego ardiendo reduce a cenizas el combustible, oh Arjuna, así el fuego de la sabiduría reduce todos los karmas a cenizas”.² Y también: “Jamás tuvo que

cruzar la senda de la pesadumbre aquel que procedió con rectitud, oh Amado".³

Como ya hemos mencionado, todos los sistemas de Yoga han insistido en la necesidad de liberarse de los vicios desde el principio. Sólo cuando las virtudes han quedado firmemente asentadas, se le podrá permitir al estudiante adelantar los pasos siguientes en el Sendero, incluyendo las prácticas de las posturas, la respiración, el control de los sentidos y la meditación. La razón de esta exigencia es que, a medida que el discípulo va progresando en el Sendero, la fuerza de su voluntad y de su mente se fortalecen más que antes, y llegará el momento en que el Ego hará descender su energía hasta el cuerpo. Si en éste todavía quedaran huellas de algún vicio, esa energía le proporcionará nueva fuerza hasta el punto de que la caída del aspirante será mucho más sonada de lo que sería para alguien que no estuviera tan adelantado: los poderes son poderes, tanto para el bien como para el mal, y por eso el candidato tendrá que purificarse antes de buscar esos poderes, porque de otro modo perjudicaría a los demás y se perjudicaría a sí mismo. Hay una etapa en el Sendero, precisamente después de la Segunda Iniciación, en la que el peligro es mayor, especialmente por lo que se refiere al pecado del orgullo, tal como se ha explicado detalladamente en *Los Maestros y el Sendero*.

Mata tus deseos, Lanú; reduce tus vicios a la impotencia, antes de dar el primer paso en el solemne viaje.

2 op. cit. IV, 36-37

3 ibid. VI, 40

Ahoga tus pecados, haz que enmudezcan para siempre, antes de levantar un pie para ascender por la escalera.

Haz callar a tus pensamientos y fija toda tu atención en tu Maestro, a quien todavía no ves, pero a quien percibes.

Funde tus sentidos en un solo sentido, si quieres estar seguro contra el enemigo. Es por medio de este sentido único que yace escondido en la cavidad de tu cerebro, que puede revelarse ante los empañados ojos de tu Alma el escarpado sendero que conduce hasta tu Maestro.

La repetición que hace Aryasanga del precepto de liberarse de deseos y vicios, pone de manifiesto la importancia que concede a esta parte del trabajo. No sólo se intensifican enormemente los defectos del candidato según se van desarrollando sus poderes, sino que también aumenta su responsabilidad y se vuelve capaz de generar más Karma que antes.

El sexto sentido, la mente, tiene su órgano físico en el cerebro; por lo general la gente no lo utiliza cuando se enfrentarse a los distintos objetivos y experiencias de la vida; viven demasiado en su cuerpo astral; les “gustan” algunas cosas y les “disgustan” otras , absolutamente sin ninguna razón, sin tener en cuenta para nada lo que son, ni cuales son realmente buenas o malas, útiles o inútiles; desde luego, esto no es bastante para cualquiera que pretenda hollar el Sendero oculto; esta persona tendrá que considerarlo todo desapasionadamente y valorar las cosas según sean de útiles para el alma.

En el cerebro también se encuentran los órganos mediante los cuales se puede obtener una percepción directa de las

cosas más allá del alcance que pudiera abarcar los sentidos físicos. El cuerpo pituitario es un eslabón entre el cuerpo físico y el cuerpo astral, y así sucesivamente; en la misma cavidad cerebral pero un poco más atrás, se encuentra la glándula pineal, directamente conectada con el cuerpo mental y que sirve para atraer las impresiones del plano mental. Algunas personas desarrollan primero el cuerpo pituitario; otras, la glándula pineal; cada uno tiene que seguir el método prescrito por su propio Gurú.

Largo y penoso es el camino que tienes ante ti, ¡oh Discípulo! Un solo pensamiento sobre el pasado que has dejado atrás, te arrastrará hacia abajo y tendrás que empezar a subir de nuevo.

Mata en ti todo recuerdo de las pasadas experiencias. No mires atrás, o estás perdido.

De nuevo encontramos que Aryasanga insiste en el peor aspecto de la cuestión, con el fin de que nadie encuentre el Sendero más arduo de lo que había pensado antes de entrar en él; relativamente, ese sendero no es largo si tenemos en cuenta que sólo son las últimas catorce vidas de una serie de muchos cientos de ellas, o incluso de miles, las que transcurren normalmente entre la Primera y la Quinta Iniciaciones. Más incluso: en muchos casos, el trabajo de estas catorce vidas se realiza en unas cuantas, tomadas consecutivamente sin intermedios devachánicos, lo cual reduce en mucho el tiempo.

Es verdad que “El camino serpentea cuesta arriba en todo su trayecto”, pero no tiene que ser forzosamente fatigoso; el viaje es cansado únicamente cuando se piensa en la meta final. Un estudiante, que entra en la facultad, encontrará enormemente fastidiosos sus tres o cuatro años si sólo piensa en conseguir un título y salir con él al mundo, sin estar

realmente interesado en sus estudios. Pero si ha planificado bien su tarea, la cual le llevará, naturalmente, a conseguir su título, si la lleva a cabo debidamente, y si está realmente interesado en las materias de sus estudios, entonces podrá olvidarse de todo lo relativo a los años que le esperan a partir de ahí y podrá emplear su tiempo en una fascinadora actividad. Así también, en el Sendero el trabajo está lleno de interés para el corazón y para la mente, y el que lo interpreta así hará que resulte más corto en realidad de lo que es en apariencia para aquel que sólo se preocupa por alcanzar una meta determinada.

Lo mismo ocurre con la meditación; algunos de los que la practican fielmente sienten que resulta una cosa tediosa, pero la llevan a cabo teniendo en cuenta sus resultados; otros la encuentran llena de interés y es por este motivo que consiguen mucho más de ella. Que el candidato no piense en su propio progreso en el Sendero, como se recomienda con mucha frecuencia; que se olvide de sí mismo y trabaje para el mundo, y el progreso llegará por sí solo. Son necesarios la introspección y el auto-entrenamiento, pero eso es sólo como una preparación y un lubricado de la maquinaria; no deberá emplearse en esto mucho tiempo, porque lo que realmente importa es el trabajo.

Es verdad que a veces algunos discípulos necesitan esforzarse al principio para llevar a cabo ciertos tipos de trabajo, de pensamiento o de meditación, que ellos piensan que deberían emprender. Muy bien, adelante con la pesada tarea si tal parece que así es, porque si el motivo es puro pronto os daréis cuentas de que la pesadez desaparece y surge un nuevo interés y el trabajo se convierte en una verdadera delicia.

La afirmación de que un solo pensamiento sobre el pasado puede arrastrar de nuevo al candidato hacia lo terrenal, es evidente que hará vacilar a todo aquel que, al proponerse

entrar en el Sendero, no se decida todavía a desechar algún vicio en particular, por trivial que parezca; No es tanto el hecho en sí, como el pensamiento de ello lo que nos perjudica. Dice Madame Blavatsky en *La Doctrina Secreta*:

“La pureza de la mente es de mucha mayor importancia que la pureza del cuerpo... un acto puede llevarse a cabo sin dedicarle una gran atención, lo cual es de una importancia relativamente mínima; pero si se piensa en este acto, si la mente le da cabida, el efecto es mil veces superior; los pensamientos tienen que mantenerse puros.”⁴

Recuerdo una anécdota del Coronel Olcott que ilustra este punto. Un joven que deseaba ansiosamente vivir la vida superior fue un día a buscarle y le preguntó si debería dejar de fumar. El Coronel respondió: “Bien, si no puedes, tienes que hacerlo; pero si puedes, ya no lo necesitas”. Ciertamente, la fuerza de voluntad y la pureza de pensamiento son de máxima importancia y sin ellas no podrá haber progreso, independientemente de cuán limpio esté el cuerpo. Las palabras del Coronel remarcaron con éxito la cuestión. Pero también se hubiera podido añadir que el vicio de fumar es una costumbre inmundada; ensucia los cuerpos y, frecuentemente, es causa de muchas molestias e incomodidades para los demás. Lo peor de su egoísta suciedad es que el humo se humedece con la saliva y luego se arroja para que penetre en los pulmones de los demás; es una horrible necesidad de la vida moderna el vernos a veces obligados a respirar el humo contaminante.

4 op. cit. Tomo III

Respecto al efecto de un pensamiento cuyas características pertenezcan al pasado, Madame Blavatsky también dice:

El estudiante tiene que vigilar sus pensamientos; cinco minutos de pensamiento pueden anular la labor de cinco años; y aunque la tarea de esos cinco años pueda recuperarse más rápidamente la segunda vez, sin embargo, el tiempo se desperdició.⁵

Aquí hemos de distinguir entre un pensamiento que sea simplemente una forma flotante que haya penetrado en la mente, y un pensamiento propiamente dicho que sea un acto deliberado; este último es el que puede ser causa de gran daño. Podrá penetrar en la mente un mal pensamiento, pero si no se le da cabida, si no se le anima y se le fortalece, poco perjuicio causará.

Es alentador que aquel que sufra una de esas caídas pueda levantarse de nuevo rápidamente. Aquella antigua alegoría griega de que cada vez que el héroe cae al suelo, vencido en el combate, saca nuevas fuerzas de esa caída, también es aplicable al progreso humano. Lo mejor sería que sin caer el hombre ganara la batalla de una vez por todas pero, sea como sea, está destinado al triunfo final. El discípulo bien dotado de inteligencia y voluntad puede aprender mucho sin que tenga necesidad de una experiencia amarga, de la misma manera que se puede aprender que el fuego quema sin que sea preciso poner la mano en la llama; pero todo lo que sea necesario tendrá que aprenderse más pronto o más tarde, de una manera o de otra.

No creas que pueda extirparse la concupiscencia satisfaciéndola o saciándola, pues esto es

5 op. cit. Tomo III

una abominación inspirada por Mâra. Alimentando al vicio es como se desarrolla y adquiere fuerza, como el gusano que se ceba en el corazón de la flor.

La rosa tiene que convertirse nuevamente en el capullo, debe nacer de su tallo generador, antes de que el parásito haya roído su corazón y chupado su savia vital.

El árbol de oro produce las yemas preciosas antes de que la tormenta haya deteriorado su tronco.

El Discípulo ha de recuperar el estado infantil que perdió, antes de que el primer sonido pueda alcanzar su oído.

Sir Edwin Arnold habla de Mara, tal como lo interpretan los budhistas, en términos vigorosos y gráficos, en relación con la tentación que sufrió el Buddha poco antes de Su iluminación:

Pero el que es Príncipe de las tinieblas, Mara, sabiendo que allí estaba Buddha y que al encontrar la Verdad salvaría al mundo, dio órdenes a todos sus poderes malignos, por lo que, salidos de todos los profundos abismos se reunieron los demonios que combaten contra la Sabiduría y la Luz; eran Arati, Tyrishná, Raga y sus hatos de pasiones, horrores, ignorancia y concupiscencia; la ralea de las tinieblas y el terror, todos odiando a Buddha y tratando de perturbar su mente.”⁶

Sin embargo, Madame Blavatsky dice: “Pero Mara es también quien inconscientemente apresura el nacimiento de

lo espiritual”. La resistencia que Mara opone al aspirante, lo capacita para desarrollar su fuerza; un atleta podría subir y bajar los brazos más fácilmente sin ninguna pesa gimnástica que con ella, pero en esas condiciones no desarrollaría la misma fuerza tan rápidamente, si es que lo hiciera. Que el mismo mal se emplea para producir el bien, ya se expuso una vez por un hombre muy espiritual que había alcanzado una elevada iniciación. Tiempo antes, había sido terriblemente difamado, y el importante trabajo en el que había puesto su corazón se había malogrado. Un día, alguien lo confortó con palabras de simpatía que fueron del todo innecesarias puesto que respondió: “El hecho es que tengo una deuda de gratitud hacia aquellas personas que intentaron perjudicarme, si bien no me dí cuenta en aquel momento; porque sin su ayuda yo no hubiera recibido aun esa iniciación.” Un hombre corriente se hubiera dejado llevar por la desesperación y por la ira; pero en una persona así, Mara hace nacer una fuerza igual, sólo que en forma de amorosa piedad o compasión. Y de ese modo puede convertirse en nuestro amigo incluso el mayor de nuestros enemigos, mientras caminamos con él.

Evidentemente que no es la ignorancia sino la inocencia de la niñez lo que se necesita para el verdadero progreso espiritual; la simple bondad no es progreso, es sencillamente una purificación preparatoria; el progreso es el desarrollo del Ego en sus propios planos, que al mostrarse en la personalidad se manifiesta como fuerza de carácter, así como en voluntad y amor y pensamiento. En las tres etapas de las relaciones de un discípulo con su Maestro, es la tercera y más elevada la que contiene la idea de la niñez, ya que primera-

mente se es discípulo a prueba, luego discípulo aceptado y en tercer lugar, un Hijo del Maestro.

CAPÍTULO XLI

LOS ÚLTIMOS PASOS

La luz del MAESTRO UNO, la luz áurea e inextinguible del Espíritu, lanza desde el mismo principio sus refulgentes rayos sobre el Discípulo. Sus rayos atraviesan las densas y oscuras nubes de la Materia.

Ora aquí, ora allí, estos rayos la iluminan, de igual modo que a través del espeso follaje de la selva los rayos del sol alumbran la tierra. Pero, ¡oh Discípulo! A menos de ser pasiva la carne, fría la cabeza, y el Alma tan firme y pura como un deslumbrante diamante, las radiaciones no alcanzarán la cámara¹, sus rayos no calentarán el corazón, ni los místicos sonidos de las alturas Akhásikas llegarán al oído, a pesar de todo su entusiasmo, en la etapa inicial.

C.W.L.— Así como el Sol brilla sin cesar detrás de las nubes, así el Yo superior está derramando constantemente sus rayos sobre el aspirante. Los destellos de inspiración y de intuición que llegan, una y otra vez, hasta la oscuridad de nuestras mentes en aquellos momentos que consideramos

1 La cámara interna del corazón.

los mejores, se derivan de esa fuente superior. Actuamos con sabiduría al esforzarnos por capturar estos momentos mejores, retenerlos en la imaginación y alejarnos de ellos durante la meditación, instilando así toda nuestra vida en esa condición 'diamantina' que se menciona en el texto.

Con relación a "los místicos sonidos de las alturas akhá-sicas", Madame Blavatsky añade la nota siguiente:

Los místicos sonidos, o la melodía que oye el asceta en los comienzos de su ciclo de meditación, llamado Anâhadshabd por los Yoguis.

El cuarto centro o chakra es el del corazón. En el curso de la meditación, cuando la conciencia se concentra en el corazón, es más susceptible a la influencia del alma espiritual o Ego superior; el corazón es el centro del cuerpo para la triada superior, atma-buddhi-manas; la cabeza es el asiento psico-intelectual del hombre; tiene sus diferentes funciones en siete cavidades, incluyendo el cuerpo pituitario y la glándula pineal.

Aquel que en la concentración pueda hacer descender su conciencia del cerebro al corazón, será capaz de unir Kama-manas al Manas superior a través de manas inferior, el cual, cuando es puro y está libre de Kama, es el antahkarana. Entonces se estará en condiciones de captar algunas de las inspiraciones de la triada superior; porque esa mayor conciencia trata de guiarlo pero; no puede hacerlo hasta que el candidato se haya unificado con buddhi-manas. La explicación precedente es un resumen de anotaciones sobre enseñanzas verbales de la señora Blavatsky que se han añadido al tercer volumen de *La Doctrina Secreta*.

La tradición hindú sobre este tema dice que cuando Kundalini asciende, disuelve las cualidades de los diversos chakras a través de los que pasa y conduce su esencia hacia

arriba; cuando llega al cuarto chakra, el chakra del corazón, el yogui oye el sonido de lo alto, llamado *anáhata-shadbá*. Shadbá es sonido, *an-aháta* significa 'no golpeado', así pues, se trata del sonido que se consigue sin golpear una cosa contra otra. El término es, pues, un símbolo de aquello que está más allá de los planos de la personalidad. El contacto de los practicantes con la triada superior empieza en este punto; los que, durante la meditación, aspiran a aumentar el contacto entre el manas superior y el inferior, no deberían ocuparse de nada que estuviera por debajo de ese contacto. La meditación que viene a continuación, traducida del *Gheranda-Samhitá*, es una de las que se prescriben para el centro cardíaco: ilustra la manera en que el yogui va retirando gradualmente su atención de las cosas que le rodean y la concentra en un ideal:

“Que en su corazón encuentre un inmenso mar de néctar y dentro de él, una bella isla cuajada de gemas donde las arenas sean reluciente oro rociado de joyas, y rodeen sus playas selectas plantas llenas de flores. Y, en el centro, variados arbustos, juncos y lianas, exhalando por doquier una fragancia muy grata al olfato.” “Quien gustar quisiera la dulzura de la perfección divina deberá imaginarse allí un árbol prodigioso de cuyo frondoso ramaje penden fantásticos frutos:

Las cuatro poderosas Doctrinas que salvan al mundo. Allí, ni frutos ni flores sufren muerte ni tristeza. La abeja zumba para siempre y canta el suave cucú.”

“Bajo la sombra de aquella apacible enramada se mira un Templo de fulgurantes rubíes, donde, quien busca, descubre en nítido asiento a su tierno Amado, como reliquia escondida... Que su mente, como lo enseña el Maestro, repose en esa Forma Divina, con sus Dones y Sus signos...”²

A menos que oigas a tu propio corazón, tú no puedes ver.

A menos que veas, tú no puedes oír. Oír y veer: he aquí la segunda etapa.

.....

Hemos considerado ya la importancia de ver y oír.³ A menos que el candidato sea capaz de responder a la voz interna, es decir, a menos que comprenda las leyes espirituales, nunca podrá ver las cosas externas tal como son; tendrá que aprender a mirar las cosas de la materia con los ojos del espíritu, como dijo el Maestro en una ocasión. Cuando vea de esa manera las cosas materiales o externas, irá comprendiendo cada vez más la voz interna; algo parecido a la necesidad de que la meditación y la experiencia se vayan alternando. Lanzarse a la vida apresuradamente, sin detenerse a reflexionar sobre ella, es perder mucho del significado de sus acontecimientos; hay que dedicar algún tiempo, cada día, para que los clarifique la luz interior.

Por otra parte, limitarse al estudio de uno mismo y dedicar todo el tiempo a la mente, produciría poco provecho, porque de esa manera el hombre cometería innumerables equivocaciones, puesto que la experiencia es necesaria para corregir y ampliar nuestra meditación. Lo que el discípulo tiene que buscar es el equilibrio del juego de lo interno con lo externo; tiene que aspirar a ser 'armónico,' para usar la palabra que se usa una y otra vez en el *Gitâ*.

2 "Concentración mental", de E. Wood, cap. X.

3 "Concentración Mental", E. Wood, cap. X.

En el sistema de Dios los mundos interno y externo se corresponden perfectamente uno a otro, punto por punto. En *La Doctrina Secreta*, Madame Blavatsky dice:

En el reino de las fuerzas ocultas, un sonido audible no es sino un color subjetivo; y un color perceptible es un sonido inaudible.⁴

Aquí se habla de color, no de forma; lo cual hace que la afirmación sea más exacta, porque lo que realmente vemos son únicamente colores, no formas.

Es imposible decir con toda seguridad por qué a este estado de armonización del ver y del oír se le llama la segunda etapa. No podemos decir cuál era el sistema de etapas que estaba exponiendo Aryasanga, porque en ese punto se corre un velo sobre sus instrucciones; la línea de puntos indica que se perdió una parte relativa a la tercera etapa. Cuando la enseñanza vuelve a aflorar, después de este vacío o hueco, Aryasanga continúa hablando de las últimas etapas en el mismo orden exacto en que las colocan los *Yoga-Sutras*, es decir, (5) pratyáhara, dominio total de los sentidos; (6) dhâra-na, concentración; (7) dhyâna, meditación, y (8) samâdhi, contemplación.

Cuando el Discípulo ve y oye, y cuando huele y gusta teniendo cerrados los ojos, los oídos, la boca y la nariz; cuando los cuatro sentidos se mezclan y están listos para pasar al quinto, al de la percepción interna, entonces el Discípulo ha pasado a la cuarta etapa.

4 Op. Cit. Vol III.

Hay algunos yoguis que, literalmente, obstruyen la boca y la nariz cuando practican la meditación o el trance; los dedos están colocados de tal modo que mantienen cerrados los ojos, las fosas nasales y la boca; y estos hombres también han entrenado la lengua para que puedan voltearla hacia arriba y hacia atrás en la parte superior de la cavidad bucal, y de ese modo impedir la entrada del aire; esto se llama *Khecharî mudrá* y lo practican algunos hatha-yoguis. Los raja-yoguis no lo hacen, y nosotros no lo recomendamos. Hay una etapa en la que el discípulo puede cerrar sus ojos y reproducir dentro de sí (o experimentar en la región astro-mental) las sensaciones de olor, gusto, vista y tacto; entonces, con objeto de retraerse a un estado todavía superior, debe prestar su atención al toque *interno*, que es "oír". Prestando su atención al oído interno y siguiéndolo hasta lo más recóndito de todo, se coloca en el punto en que le es posible practicar *pratyahâra*, el refinamiento de *toda* sensación, tanto interna como externa, la etapa del vestíbulo del conocimiento, así como la del de la ignorancia. Esta práctica se describe en el versículo siguiente:

Y en la quinta, ¡oh matador de tus pensamientos! Todos ellos tienen que ser muertos de nuevo, sin esperanza alguna de reanimación.

La mayoría de la gente suele abstraer su atención hasta un punto determinado cuando, por ejemplo, tiene un interés especial en la lectura de un libro; entonces no responden a las impresiones producidas en los sentidos por diversos olores, por objetos visuales y por los sonidos de su alrededor. Colocarse a voluntad en esa condición es *pratyahâra*, y es prepararse para una meditación realmente fructífera. "Matar los sentidos sin reanimación" no significa otra cosa sino que éstos, como perros obediente, se echan al suelo cuando se les ordena, y no se mueven de allí hasta que se les llama.

Sobre este punto viene la siguiente nota:

Esto significa que en la sexta etapa de desarrollo, que en el sistema oculto es el Dhâranâ, cada sentido, como facultad individual, ha de ser "muerto" (o paralizado) en este plano, pasando al Séptimo sentido, el más espiritual y fundiéndose en él.

Dhâranâ es el sexto peldaño del yoga, tal como se explica en los *Yoga Sutras*; es la concentración de la mente que ya hemos estudiado y que sigue a pratyâhara. Puesto que la mente o *chitta* se conceptúa como un sexto sentido, cuando Dhâranâ ya se ha completado y por lo tanto la mente deja de funcionar por lo que se refiere a las cosas del mundo externo, aflora la intuición, llamada aquí el séptimo sentido. La vida nos enseña de dos maneras: por la enseñanza o instrucción que recibimos del mundo, y por la intuición, la actividad del ser interno. A medida que los hombres avanzan en su peregrinaje evolutivo, su intuición va en aumento y ya no dependen tanto como antes de la instrucción que el mundo les proporciona. Esto es sólo otra manera de decir que el hombre que utiliza sus poderes internos puede aprender mucho más de una pequeña experiencia de lo que pueda aprender el hombre común de muchas de ellas. Con motivo de la actividad de su inteligencia innata, el hombre desarrollado es capaz de advertir el importante significado incluso de las cosas muy pequeñas, mientras que la mente no desarrollada está llena de una curiosidad que constantemente la lleva a busca cosas nuevas, porque, al no ser capaz de pensar, pronto termina con el evidente significado de las cosas comunes y corrientes; esta mente es la que ansía "milagros" relacionados con su experiencia religiosa, mientras que sigue ciega ante los innumerables milagros que constantemente suceden a su alrededor.

Aparta tu mente de todos los objetos externos, de toda visión externa. Aparta las imágenes internas, no sea que proyecten una negra sombra en la luz de tu Alma.

Tú estás ahora en el DHARANÁ, la sexta etapa.

En la práctica de la concentración siempre es necesario tener en cuenta tanto las fuentes de interrupción internas como externas; hay que impedir que la mente se interese por cualquier cosa externa, porque si no se hace así, el más ligero sonido despertará su curiosidad y la concentración se desbaratará; también hay que impedir que la mente despierte dentro de sí misma imágenes relacionadas con el pasado o el futuro; durante la práctica debe perderse por completo el interés por lo que sucedió o por lo que pueda suceder mañana; cuando se ha logrado con éxito esta concentración empieza la práctica de la etapa siguiente, la séptima, que se denomina *dhyána*, es decir, meditación.

Una vez hayas pasado a la séptima, ¡oh dichoso de ti! No verás ya más el sagrado Tres, porque tú mismo te habrás convertido en dicho Tres. Tú mismo y la mente, como gemelos de la misma estirpe, y la estrella, que es tu meta, brillando sobre tu cabeza. Los Tres que moran en la gloria y bienaventuranza inefables, han perdido ahora sus nombres en el Mundo de Mâyá. Se han convertido en una estrella única, el fuego que arde pero que no consume, aquel fuego que es el Upâdhi de la Llama.

Y esto, ¡oh Yogui afortunado! Es lo que los hombres denominan Dhyána, el inmediato precursor del Samâdhi.

Al pasar de dhâranâ a Dhyâna, de la concentración a la meditación, en este sendero, el aspirante penetra en la conciencia búddhica; eso es, entonces, “tú mismo”. La mente de la que aquí se habla, es el manas superior, porque el manas inferior ha quedado silenciado, el principio manásico se ha elevado hasta el principio búddhico, siendo ya los dos como “gemelos de la misma stirpe”, los dos vértices inferiores de un triángulo, tal como se señala en la siguiente nota:

Cada etapa de desarrollo está simbolizada en el Râja Yoga por una figura geométrica. De la que aquí se trata, es del *Triángulo sagrado* y precede al *Dhâranâ*. El \triangle es el signo de los chelas superiores, al paso que otra especie de triángulo es el de los altos Iniciados. Es el símbolo “I” del que habla Buddha, y utilizado por él como símbolo de la forma encarnada de Tathâgata (Buddha) cuando se ha eximido de los tres métodos del *Prajnâ*. Una vez superadas las etapas preliminares e inferiores, el discípulo ya no ve el \triangle sino el..., abreviación del..., el Septenario completo. (No se expresa aquí su verdadera forma, pues casi con seguridad se apoderarían de ella algunos charlatanes y... la profanarían, usándola para fines *ilícitos*.)

La estrella que brilla por encima de la cabeza, es el atma; pero también se refiere, como dice Madame Blavatsky en otra nota, a la estrella de la Iniciación que brilla sobre la cabeza del iniciado. Como sea que el objetivo que ha de alcanzarse es la Cuarta Iniciación, o sea la de Arhat, la estrella de esa iniciación es la que conduce al plano átmico o nirvánico, que es su meta.

En esta etapa, en lugar de mirar hacia arriba en pensamiento y de considerar la triada superior (Atma-Buddhi-Manas) como por encima de uno mismo, como se ha venido haciendo hasta aquí, el hombre se encuentra ya en el estado búddhico, manas unido con buddhi, como *manas-taijasi*.

La “meditación” del iniciado al alcanzar esta etapa lo conducirá finalmente a una subsiguiente unión de buddhi con atma. Al realizar esa unión, la triada superior habrá llegado a constituir una estrella, descrita en una nota al margen como “la base (Upadhi) de la jamás alcanzable llama, mientras el asceta se encuentra todavía en esta vida”. El combustible es la personalidad; el fuego es ese triple espíritu; la llama es la Mónada. Ni siquiera el Adepto entra plenamente en la naturaleza de la Mónada mientras permanezca en su encarnación física. Dice Madame Blavatsky:

Dhyâna es la penúltima etapa en *esta tierra*, a no ser que se convierta uno en MAHATMA completo. Conforme ya se ha dicho, en ese estado el Rajâ Yogui permanece todavía espiritualmente consciente del Yo y de la actuación de sus principios superiores. Un paso más, y se encontrará en el plano más allá del Séptimo, el cuarto, según algunas Escuelas. Estas últimas, después de la práctica del Prathyâhara —una preparación preliminar para controlar la mente y los pensamientos de uno— tienen en cuenta el Dhâsenâ, el Dhyâna y el Samâdhi, comprendiendo a los tres bajo el nombre genérico de SANNYAMA.

Samâdhi es el estado en el cual el asceta pierde la conciencia de toda individualidad, incluyendo la suya propia. Él se convierte en el TODO.

Es significativo que los tres hayan de perder sus *nombres*. No son formas, pues su región es la región de la conciencia; los planos inferiores de la personalidad son planos de forma; luego vienen los planos de nombre o de ‘significado’, pero la Mónada está más allá del nombre, más allá de lo que los hombres llaman conciencia.

El texto indica a continuación que al haber logrado la práctica de samadhi, el aspirante se ha convertido ahora en

un Arhat, y ha llegado a la meta de los esfuerzos, de los cuales se trata en este fragmento.

CAPÍTULO XLII

LA META

Y ahora tu Yo se halla perdido en el YO, Tú mismo en TI MISMO, fundido en AQUEL YO del cual tú emanaste primitivamente.

¿Dónde está tu individualidad, Lanú? ¿Dónde está el Lanú mismo? Es la chispa perdida en el fuego, la gota en el océano, el rayo siempre presente convertido en la Radiación universal y eterna.

Y ahora, Lanú, tú eres el autor y el testigo, el que irradia y la irradiación, la Luz en el Sonido y el Sonido en la Luz.

C.W.L.— Así como el hombre se eleva en la vida a la comprensión de que la personalidad es simplemente 'eso', y por lo tanto eleva su centro de conciencia hasta el Yo superior, así también llega el momento en que, experimentalmente descubre, que esa conciencia es solamente 'tú', no 'yo'. Cuando eso ocurra en, o alrededor de la cuarta Iniciación, el yo inferior se funde en el verdadero Yo, y desaparece lo que el hombre había pensado o sentido que era su individualidad. Y precisamente, así como el que ha alcanzado el estado búddhico reconoce y acepta la conciencia de los demás como suya, y siente sus alegrías y sus penas como suyas, así este hombre descubre ahora un solo YO verdadero en todo.

La diferencia entre la realización alcanzada por el iniciado de grado inferior y la del Arhat; entre la conciencia del plano búddhico y la del átmico, ya se ha explicado en el *Bhagavad-Gitâ*. En el primero de ambos estados el hombre ve el mismo Ser morando por igual en todos los seres; en el segundo, ve que todos son el Ser Uno.

Según los *Yoga Sutras*, esto es el estado de Kaivalya, de "Unicidad", de libertad, en cuya plena consecución se destruye la diferencia entre el que ve y lo visto, entre el sujeto y el objeto.

Conoces ya los cinco obstáculos, ioh tú, bienaventurado! Tú eres su vencedor, el Maestro del sexto, el transmisor de los cuatro modos de Verdad. La luz que sobre ellos se difunde irradia de ti, ioh tú! Que fuiste discípulo pero que ahora eres Maestro.

Y en cuanto a estos modos de Verdad:

¿No has pasado tú por el conocimiento de todo el sufrimiento, la primera Verdad?

¿No has vencido al Rey de los Mâras en Tsi, el pórtico de la asamblea, la segunda Verdad?

¿No has destruido el pecado en la tercera puerta, y adquirido la tercera Verdad?

¿No has entrado en el Tau, el "Sendero" que conduce al conocimiento, la cuarta Verdad?

Madame Blavatsky añade:

Los “cuatro modos de Verdad”, en el Buddhismo del Norte, son: Ku, “sufrimiento o miseria”; Tu, “el conjunto de las tentaciones”; Mu, “su destrucción”, y Tau, el “sendero”. Los “cinco obstáculos” son: el conocimiento del sufrimiento, la verdad sobre la fragilidad humana, las limitaciones opresivas y la absoluta necesidad de la separación de todas las ligaduras de la pasión e incluso de los deseos. El “Sendero de Salvación” es el último.

Hay cuatro nobles verdades que enseñó el Señor Buddha al Mundo, que son: el Sufrimiento, la causa del sufrimiento, la cesación del sufrimiento y el camino: estas verdades han sido explicadas al mundo occidental con una belleza y precisión maravillosas, en el inigualable poema de Sir Edwin Arnold, *La Luz de Asia*, del cual citamos aquí los versos que vienen a continuación. Sin embargo, todos aquellos que busquen inspiración en el Sendero no deberían dejar de leer el libro entero.

Vosotros, los que anheláis seguir el Sendero del medio, trazado por la clara Razón y alisado por la suave Tranquilidad; vosotros, los que queréis conocer la calzada real del Nirvana, escuchad las cuatro excelsas Verdades:

La primera Verdad es la *Aflicción*. ¡No os engañéis! La vida que amáis es `prolongada agonía. Sólo quedan las penas, porque los placeres son como brillantes aves en vuelo. Sufrir al nacer; sufrir en los días aciagos; sufrir en los helados y grises años de la vejez, y sufrimiento final en la muerte. He aquí lo que llena vuestra mísera existencia.

Dulce es el amor; pero las fúnebres llamas besarán el seno en que reposáis y los labios que se juntan con vuestros labios.

Valerosa es la virtud guerrera; pero los buitres devorarán los miembros del caudillo y del rey. Magnificante es la

tierra; pero los moradores de sus selvas, ansiosos de vivir, conspiran para su recíproca muerte. De zafiro son los cielos; pero los hambrientos hombres no pueden destilar de ellos ni una gota de agua con sus clamores. Preguntad a los enfermos, a los afligidos, preguntad al que solo y abandonado se tambalea apoyado en su bastón: "¿Te place la vida?" Y todos responderán que razón tiene el niño al llorar en el momento de nacer.

La segunda Verdad es la *Causa de la Aflicción*. ¿Qué sufrimiento proviene de sí mismo y no del Deseo? Los sentidos rozan con los objetos que perciben, y del roce brota la viva chispa del fuego de la pasión. Así se inflama *Trishna*, la concupiscencia y sed de placeres. Ansiosamente os apegáis a las sombras, os encariñáis con sueños, levantáis en medio de entrambos un falso yo y lo rodeáis de un mundo quimérico. Ciegos estáis para las lejanas cumbres, sordos para el rumor de los suaves hálitos que soplan de mucho más allá del cielo de Indra, mudos para las intimaciones de la verdadera vida, reservada a quien desecha la falsa.

Así medran las luchas y concupiscencias que encienden la guerra en el mundo; así penan los pobres corazones engañados y fluyen lágrimas amargas; así crecen las pasiones, envidias, odios e iracundias; así los años empujan con pies enrojecidos a los años manchados de sangre. Donde debiera brotar la semilla, medra la siniestra hierba con su maligna raíz y ponzoñosas flores, y a duras penas halla la buena simiente terreno propicio donde caer y germinar. Y el alma se va del cuerpo narcotizada con emponzoñados brebajes y reaparece Karma. De nuevo excitado por los sentidos, el fogoso yo reanuda su actividad para recibir nuevos desengaños.

La tercera Verdad es el *Cese de la Aflicción*. La paz ha de vencer el apego al yo y el apetito de vida, arrancar del pecho la pasión hondamente arraigada y apaciguar la lucha interna. Por amor, abrazará estrechamente la Be-

lleza eterna; por gloria, será dueño de sí mismo; por placer, vivirá más allá de los dioses; por inmensas riquezas, amontonará el perdurable tesoro de los servicios plenamente prestados, de los deberes en caridad cumplidos, de las palabras afables y de la conducta pura. No se consumirán estas riquezas en el transcurso de las vidas ni la muerte será poderosa para malograrlas. Entonces cesará la Aflicción porque también cesaron la Vida y la Muerte. ¿Cómo puede alumbrar la lámpara cuyo aceite se consumió? Saldada está la antigua cuenta cargada de deudas. Limpia está la cuenta nueva. Así halla el hombre la felicidad.

La cuarta Verdad es el *Camino*. Anchuroso, llano y fácil se abre para cuantos pies quieran hollarlo, y cercano al *Excelso Sendero Óctuple* que conduce rectamente al refugio y a la paz.

¡Escuchad! Múltiples sendas guían a esos picos gemelos cubiertos de nieve en cuyo torno se enmadejan las doradas nubes. Por cuestas suaves o escarpadas se trepa hasta llegar a la cumbre desde donde se descubre otro paisaje. Los fuertes y vigorosos pueden emprender el áspero y peligroso camino que asalta en derechura el pecho de la montaña; pero los débiles han de ir dando rodeos por más largos caminos, con muchos parajes de descanso.

Tal es el Sendero Óctuple que conduce a la paz. Se extiende por alturas más o menos escarpadas. El alma animosa se apresura. El alma débil se rezaga. Todas llegarán a las soleadas nieves.¹

Los cinco impedimentos en el camino del candidato a Arhat pueden ser enunciados de varias maneras, son los

1 op. cit. cap. VIII.

cinco que menciona Madame Blavatsky en la nota que acabamos de citar, o bien las cinco ataduras o los cinco “Kleshas” mencionados en los *Yoga-Sutras* y que ya hemos explicado.

Y ahora, reposa bajo el árbol Bodhi, que es la perfección de todo conocimiento; porque, has de saber que tú eres Maestro de SAMADHI, el estado de visión perfecta.

¡Mira! Tú has llegado a ser la Luz, te has convertido en el Sonido, tú eres tu Maestro y tu Dios. TÚ MISMO eres el objeto de tu búsqueda, la incesante VOZ que resuena a través de las eternidades, libre de cambio, exenta de pecado, los Siete Sonidos en uno,

LA VOZ DEL SILENCIO

OM TAT SAT

La terminación Om Tat Sat es una de las “Mahavakyams” o “Grandes Sentencias” de los hindúes. El significado de Om ya lo hemos considerado; Tat se refiere a lo Supremo. Filosóficamente los pronombres Él y Ella son inapropiados para referirse a lo Supremo; y así se emplea Tat, que significa *Aquello* que es “Yo”. Por lo tanto, la expresión significa que “*Aquello*” es lo que es *Real*.

Todas las buenas obras comienzan y terminan con este pensamiento.

PARTE VII

FRAGMENTO II

LOS DOS SENDEROS

CAPÍTULO XLIII

LA VÍA LIBRE

C.W.L.— Ahora llegamos al segundo Fragmento traducido por Madame Blavatsky del *Libro de los Preceptos de Oro*, con el título de *Los Dos Senderos*. No es precisamente una continuación del primer Fragmento, llamado *La Voz del Silencio*, aunque sí que empieza dirigiéndose a aquel que acaba de alcanzar la meta del Arhat. No hay nada que permita establecer una relación especial entre los tres fragmentos; desde todos los puntos de vista y para todo propósito, estos tres fragmentos son tres libros separados que tratan de manera muy parecida el mismo tema. Sin embargo, para el estudiante resulta muy ventajoso escuchar las enseñanzas sobre el Sendero una y otra vez, bajo formas ligeramente distintas, porque con esto se renueva su entusiasmo, se fija su atención en puntos que pueden haber pasado por alto y, en general, le aporta una amplitud de visión.

El presente Fragmento empieza dirigiéndose a aquel que acaba de ascender a la cima del Sendero y ante quien surge esta pregunta: ¿avanzará hasta la bienaventuranza nirvánica, sin preocuparse de los que quedan atrás, o bien se parará en el umbral y ayudará a los que todavía siguen ascendiendo? ¿Aprovechará la liberación para sí mismo o se quedará para ayudar al mundo?

Y ahora, ¡oh Maestro de Compasión! Indica el camino a los demás hombres. Contempla a todos

aquellos que, llamando para ser admitidos, esperan en la ignorancia y en las tinieblas para ver abierta repentinamente la puerta de la Dulce Ley.

La voz de los Candidatos:

¿No revelarás tú, Maestro de tu propia Clemencia, la Doctrina del Corazón? ¿Rehusarás guiar a tus servidores hasta el Sendero de la Liberación?

El párrafo inicial de este Fragmento podrá parecernos por de pronto un poco extraño en estos tiempos modernos; ya estamos familiarizados con la idea de que el Sendero está abierto para aquel que quiera, en todas partes, independientemente de raza, credo, sexo, casta o color, siempre que se viva la vida que se prescribe para encontrarlo. ¿Entonces, por qué algunos tendrían que esperar en la ignorancia y en las tinieblas a que se abra una puerta para ellos?

La realidad es que en la época en que el Señor Buddha predicó sus enseñanzas en la India, la religión de los brahmanes se había vuelto muy rígida; en su origen, esa fe había sido intensamente gozosa y libre; pero con el transcurso del tiempo, los sacerdotes y los legisladores fueron extendiendo el sistema de castas a toda clase de pormenores. Las llanuras de la India estaban densamente pobladas por atlantes y atlanto-lemures, cuando los Arios descendieron al país, unos 10.000 años antes de Jesucristo; por eso el Manú juzgó necesario prohibir que todas esas razas se mezclaran por medio del matrimonio, y hacia el año 8.000 antes de J.C. estableció el sistema de castas, con el fin de que no hubiera posteriores mezclas y para que pudieran perpetuarse las ya existentes. Al principio, solamente fundó tres castas, la brah-

mana, la Rajan y la Vish; la primera formada por arios puros; la segunda por arios y toltecas., y la tercera por arios y mongoles.

Por esto las castas se llamaron Varnas o colores; los arios puros, blancos, los arios y toltecas, entremezcla roja y los arios y mongoles, entremezcla amarilla.

A las castas se les permitía el matrimonio entre los miembros de unas y otras, pero en seguida creció la opinión de que el matrimonio debía limitarse a su práctica dentro de cada casta..Más adelante, los que no eran arios puros quedaron incluidos en la denominación general de Shûdras, pero incluso aquí, en muchos casos, solía encontrarse algo de sangre aria. Muchas de las tribus de las montañas son parcialmente arias, algunas de ellas, muy pocas, lo son por completo, como la gente de Siaposh y las tribus gitanas.

En las escrituras hindúes hay algunos pasajes en los que se pone de manifiesto que, para algunos individuos de carácter y habilidad excepcional , era posible elevarse en su categoría de casta; pero esto debió haberse producido en casos muy raros, y lo cierto es que durante algún tiempo antes del advenimiento del Señor Buddha existía la creencia generalizada de que sólo un brâhmana podía esperar la liberación, y que todo aquel que quisiera alcanzar esa meta primero debería buscar un medio para nacer como brâhmana. Para la mayoría del pueblo ésta no era una doctrina que ofreciera muchas esperanzas; porque los brâhmanes nunca fueron numerosos; incluso en nuestros días sólo se cuentan unos trece millonesááé de ellos en una población de unos trescientos millones; yí a la casta inferior no se le permitía estudiar los libros sagrados.

Pero la enseñanza del Buddha abrió las puertas de par en par, enseñó que el mismo respeto debía concederse a cualquiera de la casta que fuere que viviera la vida que le corres-

pondría; y que, por el contrario, un brahmán que no viviese esa vida, no sería acreedor a ese respeto, tal como se expresa en los siguientes versículos tomados del *Vasala-Sutta*:

*No se es de casta inferior por el nacimiento;
Ni por nacimiento se hace uno brahmán;
Sólo por las acciones nace uno en casta inferior,
Sólo por las acciones se vuelve uno brahmán.*

Muchos brâhmanes me han dicho que ellos sienten realmente la verdad de esto en la vida práctica; se sienten mucho más atraídos por las personas de casta inferior que viven los ideales de la vida brahmánica, que por los miembros de su propia casta que abandonan sus ideales y llevan una vida de tipo inferior.

La finalidad del Señor Buddha no fue fundar una nueva religión, sino reformar el Hinduismo. Durante algún tiempo, casi toda la India se llamaba a sí misma budhista; había hindúes budhistas igual como actualmente en la región noroccidental hay quienes se denominan hindúes sikhs. El budhismo, como religión, hace ya tiempo que desapareció de la India; los veinte y pico de millones que mencionan las estadísticas, corresponden a la provincia de Burma que, tanto geográfica como etnográficamente, representa una región totalmente aparte. Pero el efecto que el Señor Buddha trató de crear, todavía subsiste en grado muy importante en la religión hinduista de nuestros días. Como ejemplo, podemos mencionar el efecto de sus enseñanzas respecto a los sacrificios de animales que el Señor Buddha combatió tan enérgicamente: antes de su tiempo estos sacrificios eran muy corrientes; en la actualidad son muy raros. Asimismo, en la India de hoy, cualquier hombre que viva santamente, independientemente de la casta a la que perteneciere antes de

convertirse en sannyasi, es mirado con reverencia por todos los demás. Y toda la gente del país considera al *Bhagavad-Gitá* como la autoridad más elevada, a pesar de ser un libro de carácter muy liberal. En él, dice el Señor:

Para todos los seres soy el mismo; no hay para mí ninguno odioso ni querido. Aquellos que verdaderamente me adoran con devoción, están en mí y yo también estoy en ellos. Aún el más depravado que me adore con todo el corazón será considerado justo, pues ha tomado una justa decisión; prontamente se volverá obediente al deber e irá a la Eterna Paz. ¡Oh Kaunteya, ten por cierto que mi devoto jamás perecerá. Quienes en mí se refugian, ¡oh Partha! aunque sea de la matriz del pecado, mujeres, Vaishyas (mercaderes) y aún Shudras (sirvientes), también hollarán el Sendero más elevado.¹

No debemos interpretar estas palabras en el sentido de que Shri Krishna coloca a la mujer y a otros en un nivel inferior, sino como una refutación a ciertas supersticiones populares, entre ellas la idea de que los que están encarnados en cuerpos femeninos son necesariamente inferiores y por ello no pueden alcanzar metas espirituales superiores.

En una nota, Madame Blavatsky explica que hay dos Escuelas de la doctrina del Buddha: la esotérica y la exotérica, llamadas respectivamente, la doctrina del "Corazón" y la doctrina del "Ojo"; y que la primera de ellas emanó del corazón del Buddha, mientras que la segunda fue obra de Su cerebro o cabeza. Otra interpretación que se me dio relaciona los términos con el "corazón" y los "ojos" del candidato de esta manera: los ojos pueden conocer el esquema de las

1 Op. Cit. IX - 29,32.

cosas, pero al camino superior sólo se puede entrar cuando el corazón se ha armonizado con la vida interna.

Todo este pasaje se basa en la supuesta vacilación que se atribuye al Señor Buddha respecto a cuál debería ser su predicación. Se dice que al sentarse bajo el árbol Bodhi, en la mañana siguiente a Su iluminación, dudó de que el mundo pudiera comprenderlo y seguirlo, hasta que oyó una voz, como de la tierra atormentada por el dolor, que exclamaba: "Sí, ¡estoy perdida; yo y mis criaturas!" Y luego, otra voz: "¡Oh, Supremo, predica tu gran Ley!"²

Dice el Maestro:

Los Senderos son dos: las grandes Perfecciones tres: seis son las Virtudes que transforman al cuerpo en el Árbol del Conocimiento.

A lo que antecede, Madame Blavatsky añade la siguiente nota:

"Árbol del conocimiento" es el título con el cual los que siguen el Bodhi-Dharma (Religión-Sabiduría) designan a los que han alcanzado las cimas del conocimiento místico, los adeptos. Nagarjuna, fundador de la escuela Madhyamika, era llamado "El Árbol Dragón", siendo el Dragón el símbolo de la sabiduría y del conocimiento. El árbol es objeto de veneración porque bajo el árbol Bodhi (Sabiduría) fue donde Buddha recibió su nacimiento e iluminación, predicó su primer sermón y murió.

El Swami T. Subba Rao hizo una interpretación algo distinta de este símbolo del árbol. Dijo que el cuerpo del

2 "La Luz de Asia", cap. VII.

candidato había llegado a ser un canal de conocimiento (y podríamos añadir que también de fuerza) de manera que era una de las ramitas del Árbol que es la total Sabiduría del mundo.

También puede añadirse la idea de que el Iniciado es parte del gran Árbol que es la Jerarquía, la Gran Fraternidad Blanca, que tiene sus raíces muy lejos, en los planos superiores, y cuyas ramas alcanzan todas las partes de la vida humana, e incluso los reinos inferiores. Los que hayan leído los últimos capítulos del libro *Los Maestros y el Sendero*, podrán apreciar debidamente este gran símbolo del árbol, porque allí se muestra cómo las “ramas” de la Jerarquía Oculta se extienden desde una gran raíz.

En este enunciado sobre los Dos Senderos, las Tres Grandes Perfecciones y las Seis Virtudes, tenemos un ejemplo del carácter metódico de la enseñanza del Buddha: siempre ayudaba a sus oyentes a recordar sus prédicas, dándoselas en forma tabular. Así, por ejemplo, habló de las Cuatro Nobles Verdades, cada una de ellas representada por una sola palabra que traería a la memoria un puñado de ideas bien definido. También habló del Noble Óctuple Sendero; de los Diez Pecados, clasificándolos en tres del cuerpo, cuatro de la palabra y tres de la mente; y de las Doce Nidânas o causas sucesivas de vida material y de sufrimiento para el hombre.

Las virtudes trascendentales, o Pâramitâs, algunas veces se contabilizan como seis; otras veces como siete; pero lo más corriente es como diez; Cuando estuve en Ceilán, el sumo sacerdote Sumangala me las explicó. Las primeras seis, me dijo, son: Caridad perfecta; Moralidad perfecta; Verdad perfecta; Energía perfecta; Bondad perfecta y Sabiduría perfecta; las otras cuatro que se añaden a veces, especialmente para los sacerdotes, son: Paciencia perfecta; Resignación perfecta; Firmeza perfecta y Abnegación perfecta. En *El Despertar de*

la *Fe*, de Ashvagosha, traducido al inglés por Tetaro Zuzuki, las paramitas se enumeran como sigue: Caridad (*dâna*); Moralidad (*cila*), Paciencia (*Ksanti*); Energía (*Viryâ*); Meditación (*dhyana*); Sabiduría (*Prajna*), y las cuatro adicionales: Tacto (*Upaya*); Plegaria o voto (*Pranddhâna*); Fuerza (*Bala*) y Conocimiento (*Jnana*). En la nota de *La Voz del Silencio*, edición de 1924 en inglés, aparece la siguiente lista tomada del *Buddhismo Chino* de Eitel: caridad, moralidad, paciencia, energía, contemplación y sabiduría; y adicionales para los sacerdotes: utilización de medios correctos, ciencia, votos piadosos y fuerza de propósito.

Cuando estuve en Ceilán comparé las aserciones de los orientalistas con los sentimientos y pensamientos de los mismos budhistas. Entre unas y otras hay una gran diferencia, porque las primeras son, en general, muy rudas, mientras que los segundos están llenos de vida; sin embargo, los monjes cultos tiene una exactitud de conocimiento por lo menos igual a la de los orientalistas más ilustrados. Sir Edwin Arnold, en su libro *La Luz de Asia* ha dado una explicación con notable exactitud de la manera de vivir del budhismo. Algunos han opinado que él introdujo en el Budhismo ideas y sentimientos del cristianismo; pero esto no fue así en absoluto; puedo dar fe de que los sentimientos descritos en el citado poema existen realmente entre el pueblo budhista.

¿Quién se aproximará a ellos?

¿Quien será el primero que entrará en ellos?

¿Quién oirá primero la doctrina de los dos Senderos en uno, la verdad sin velo acerca del Corazón Secreto? La Ley que, rehuyendo el estudio, enseña la Sabiduría, revela una historia de angustias.

¡A! ¡Triste cosa es que todos los hombres posean Álaya, que sean uno con la gran Alma, y que, poseyéndola, Álaya les aproveche tan poco!

Contempla cómo, a semejanza de la luna que se refleja en las aguas tranquilas, Álaya es reflejada por lo pequeño y por lo grande, se reverbera en los átomos más diminutos y, sin embargo, no logra alcanzar el corazón de todos. ¡Ah! ¡Que tan pocos hombres se aprovechen del don, del inapreciable beneficio de aprender la verdad, de lograr la verdadera percepción de las cosas existentes, el conocimiento de lo no existente!

El “Corazón Secreto” es la Doctrina esotérica; es un símbolo que llega hasta nosotros desde la época de los atlantes. En el santuario más recóndito del gran Templo de la Ciudad de las Puertas de Oro, yacía sobre el altar una pesada caja de oro, en forma de corazón, y únicamente el Sumo Sacerdote conocía el secreto para abrirla. Se la llamaba “El Corazón del Mundo” y para ellos significaba los más recónditos misterios conocidos; en ella guardaban los objetos más sagrados y mucho de su simbolismo estaba relacionado con ella. Sabían que cada uno de los átomos late como un corazón y consideraban que el Sol tenía un movimiento similar que hacían coincidir con el período de las manchas solares. En sus libros, con frecuencia se encuentran pasajes que nos dan la impresión de que ellos sabían más en materia científica, de lo que nosotros sabemos ahora, aunque ellos lo consideraban más bien desde el punto de vista poético que del científico. Por ejemplo, pensaban que la tierra respira y se mueve ; y es absolutamente cierto que los hombres de ciencia acaban de descubrir ahora que hay un desplazamiento regular diario de la superficie terrestre que podría interpretarse , en cierto modo, correspondiente a una respiración.

Cuando Aryasanga utiliza el término “Corazón Secreto”, significa también con eso los misterios internos. A este respecto, la nota de Madame Blavatsky dice:

El “Corazón Secreto” es la Doctrina Esotérica.

Aquí, el Instructor, con las palabras “rehuyendo el estudio” con toda seguridad nos da a entender que hay ocasiones en que hemos de apartar nuestra atención de la simple adquisición de conocimiento del exterior por conducto de los sentidos, y que podemos emplear el tiempo en el desarrollo del conocimiento interno a través de la intuición. No podemos ser sabios sin el suficiente aprendizaje o conocimiento respecto a las cosas con las que tenemos que tratar en el mundo, en nuestra esfera particular de obligaciones; pero, por otro lado, caeríamos en muchos errores si creyéramos que lo más importante de la vida es acumular una gran cantidad de conocimientos, o si nos imaginamos que ese conocimiento tiene un valor intrínseco, aparte del uso que podamos hacer de él en servicio de la humanidad.

En Europa existe la tendencia a considerar y estudiar las cosas desde lo externo, mientras que el método oriental es más bien considerarlas desde lo interno; en nuestro actual estado de evolución, los dos métodos son necesarios. Cuando se haya desarrollado el vehículo búddhico y la intuición descienda desde ese nivel hasta el cerebro físico, nos proporcionará una sabiduría verdadera y un conocimiento perfecto; pero sólo en muy pocas personas está ya suficientemente desarrollado.

Aunque seamos capaces de mantener nuestra cabeza en las nubes, es necesario que nuestros pies se apoyen con firmeza en la tierra, y hemos de someter las impresiones que nos lleguen de lo interno a un juicio sereno, del mismo modo que aplicamos el sentido común a las experiencias de la vida

diaria; esto es necesario porque, con mucha frecuencia, los impulsos que proceden del cuerpo astral se confunden con las intuiciones que proceden del Yo superior. Por ejemplo, suele pasar que algún ser desencarnado que se da cuenta de que estamos interesados en algo determinado, nos haga una sugerencia desde el plano astral, y esto puede llegar hasta el cerebro y hacernos creer que se trata de una intuición. Sin embargo, es una realidad que la persona fallecida podría ser un observador muy incompetente del plano astral y, por consiguiente, podría transmitirnos una información completamente errónea.

El consejo de rehuir el estudio es útil, no solamente para los que se encuentran en el Sendero, sino para todo aquel que sea un estudioso, siempre que lo entendamos en el sentido que realmente tiene, es decir, en el de rehuir el *simple* almacenamiento de conocimiento; estudiar mucho únicamente la parte externa de las cosas conduce con frecuencia al materialismo. Mucha gente, debido a que ven a su alrededor los grandes cataclismos, los sacrificios, la opresión, las angustias y los sufrimientos, y advierten que, por lo que parece, una gran cantidad de plegarias quedan sin respuesta, llegan a creer que la ley de la vida son el conflicto y la lucha, que la naturaleza no es compasiva. Pero estudiar el mundo, tan exhaustivamente como sea posible, y considerándolo siempre, en sus múltiples facetas, como una gran escuela para la vida interna, conduce a la sabiduría que nos capacita para comprender que todas las cosas actúan armónicamente para el bien. Cuando se desarrollan la visión astral y las formas superiores de percepción, este hecho de que todo va bien, ya no es cuestión de comprenderlo mediante un cuidado razonamiento: salta a la vista; nadie, con esa visión, podría ser un materialista.

La palabra *Álaya* significa simplemente mansión o casa. Esotéricamente, dice Madame Blavatsky, tiene por lo menos

un doble sentido, siendo a la vez el alma universal y el Ser de un Adepto avanzado; es la verdadera morada o casa del hombre, el aspecto universal de lo que es buddhi en la triada espiritual humana; es el aspecto varonil o positivo del alma universal, el Logos. Es la "Super-alma" de Emerson; el Yo superior universal de todos los seres; es lo que Platón llamó *Nous*, un principio exento de materia y que actúa con desig-nio; el jivatma de los hindúes; la fuente del pensamiento creador divino. En otras palabras, es, en el Segundo Logos, el alma espiritual Universal, de la cual el *Buddhi* es un rayo en cada hombre.

El que uno haya de tener "Conocimiento de lo no existente" sin duda que deberá parecer algo raro para los que no conozcan el significado filosófico exacto de la palabra "no existente". Existir significa estar fuera de, ser objetivo o externo. La calidad de ser que se llama existencia pertenece a todo el mundo que es visto como aparte de nosotros; pero la vida inmanente o conciencia, tiene su propio estado de ser; llamémoslo "*Istencia*", si os parece bien, pero no "*existencia*". Nada podría ser más real que la realidad de esa vida consciente que también nosotros poseemos, porque formamos parte del mismo Logos, y eso es lo "no-existente". De lo cual el aspirante tiene que adquirir conocimiento. Todos los hombres son esencialmente divinos; pero, para comprobarlo, tienen que encontrarse fuera de su propia luz; entonces, no habrá ninguna sombra, ninguna ilusión.

CAPÍTULO XLIV

EL CONOCIMIENTO CEREBRAL Y LA SABIDURÍA DEL ALMA

Dice el Discípulo:

Oh, Maestro, ¿qué debo hacer para alcanzar la Sabiduría?

Oh tú, Sabio, ¿qué haré para obtener la perfección?

Dice el Maestro:

Ve en busca de los Senderos. Pero, ¡oh Lanú! sé limpio de corazón antes de emprender el viaje. Antes de dar el primer paso, aprende a discernir lo verdadero de lo falso, lo transitorio de lo perdurable. Aprende, sobre todo, a distinguir la Sabiduría de la Cabeza de la Sabiduría del Alma; la doctrina del "Ojo" de la doctrina del "Corazón".

C.W.L.— Aquí no podemos añadir nada más, sobre el tema de lo real y lo irreal, a lo ya expuesto ampliamente en los comentarios sobre *A los Pies del Maestro*, al referirnos a la expresión: "De lo irreal condúceme a lo real".¹